
La *Epistolica Institutio*
de Justo Lipsio
Edición crítica, traducción
española e inglesa
anotada e índices



Studia Aurea Monográfica
10

Studia Aurea Monográfica, coeditada
por la Universitat Autònoma de Barcelona
y la Universitat de Girona,
es una colección auspiciada por
*Studia Aurea. Revista de Literatura Española y
Teoría Literaria del Renacimiento y Siglo de Oro*

Studia Aurea se fundó, en 2007,
con el propósito de ofrecer un instrumento
de intercambio científico y de colaboración
a los investigadores, y de propiciar
una aproximación supradisciplinar
a los estudios literarios.

Desde 2010, *Studia Aurea Monográfica*,
dirigida por Eugenia Fosalba y María José Vega,
publica volúmenes dedicados a analizar,
desde diversas perspectivas críticas,
los temas y problemas capitales
de la investigación más reciente
sobre las letras altomodernas.

La *Epistolica Institutio*
de Justo Lipsio
Edición crítica, traducción
española e inglesa
anotada e índices



ENRIC MALLORQUÍ RUSCALLEDA
DELIA MACÍAS FUENTES
(EDS)

Comité científico

Marina S. Brownlee
(Princeton University)

Antonio Dávila Pérez
(Universidad de Cádiz)

Francisco García Jurado
(Universidad Complutense de Madrid)

Bienvenido Morros Mestres
(Universidad Autónoma de Barcelona)

Universitat Autònoma de Barcelona - Servei de Publicacions
ISBN 978-84-10202-46-7 (PDF)

Universitat de Girona - Oficina Edicions UdG
ISBN 978-84-8458-693-7 (PDF)

Este libro se publica bajo los términos y condiciones
de la licencia Creative Commons Atribución 4.0 (CC BY)



Índice

Monográfico

LÍA SCHWARTZ

Prólogo 11

JORGE GARCÍA LÓPEZ

Estudio preliminar. Justo Lipsio y la *Epistolica Institutio*: contexto y sentido de una poética de la prosa 15

ENRIC MALLORQUÍ RUSCALLEDA y DELIA MACÍAS FUENTES

Criterios de edición 35

Edición bilingüe latín-español del *Tratado sobre cómo escribir cartas*

Treatise on letter writing by Justus Lipsius (English translation) 41

Índices 123

Monográfico

Prólogo¹

Lía Schwartz †

The Graduate Center
The City University of New York

Estudiar la influencia de Justo Lipsio sobre las generaciones de escritores españoles nacidos en torno a 1580 y en los años siguientes al cambio de siglo se ha convertido en una importante empresa filológica, ya de gran envergadura en nuestro contexto hispánico. Lipsio atrajo sin duda la atención de los humanistas y de los lectores cultos coetáneos por sus ediciones, en las que ofreció lecturas actualizadas de la obra de dos autores que se convertirían en figuras señeras de los clásicos antiguos: Tácito, el gran historiador del imperio romano, y Séneca, el famoso pensador estoico a quien Quevedo siempre nombraría con el sintagma “nuestro Séneca”, para expresar su total identificación con el autor de las epístolas a Lucilio y de tantos otros tratados que cita y comenta en su obra original. Sin embargo, la fama de Lipsio se consolidó con sus tratados filosóficos en los que desarrolló una visión de la antigua *Stoa*, pronto acogida por los escritores barrocos. El neoestoicismo lipsiano, se ha reiterado ya frecuentemente, fue acogido por los literatos, filósofos y pensadores de la República de las Letras en unos años difíciles en los que se sucedieron una serie de crisis políticas y religiosas que trastornaron el espacio europeo. Dos traducciones al español considerablemente tempranas demuestran el interés que suscitaron en el país su tratado *De constantia*, ya accesible en español en 1616, y aun años antes, *Politicorum libri sex*, en la versión del diplomático Bernardino de Mendoza, publicada en 1604. Pero aun más importante aunque menos estudiado es el hecho de que, con sus ediciones, sus estudios sobre las antigüedades romanas y sus tratados neoestoicos, Lipsio había ofrecido a los jóvenes humanistas de su época un modelo de filólogo-filósofo que trataron de replicar no pocos autores, de Quevedo y Saavedra Fajardo a Gracián. Lipsio mismo se había caracterizado de este modo en una carta a su amigo Woverius, que Mark Morford ya había señalado en 1991, constituía un “fiable autorretrato”: *E Philologia, Philosophiam fecit*. Ávido corresponsal, ade-

1. Se trata del prólogo, redactado por Lía Schwartz, tristemente fallecida hace unos años, que encabezaba la primera edición de nuestro trabajo sobre la *Epistolica* de Lipsio.

más, es este extenso epistolario latino de Lipsio, que lo vinculó a tantos españoles coetáneos, el que nos revela no sólo sus inquietudes y tendencias ideológicas, sino otro aspecto de sus intereses literarios y estilísticos, menos estudiados en nuestro ámbito hispánico. Debe celebrarse, pues, este volumen en el que Enric Mallorquí-Ruscalleda nos ofrece la primera traducción a una lengua romance del texto titulado *Epistolica institutio*, compuesto por Lipsio en 1590. Al filólogo y filósofo que fue Lipsio se lo conocerá ahora de cerca por sus estudios sobre retórica y estilo, que ofreció a sus jóvenes lectores pronto interesados en la práctica de un nuevo humanismo que transformaría la tradición renacentista en el plano filológico y estilístico a partir de la superación del modelo ciceroniano.

La edición, traducción y notas de la *Epistolica institutio* llevada a cabo por Enric Mallorquí-Ruscalleda constituye, por tanto, un testimonio fundamental para reconstruir la influencia que ejerció Lipsio sobre el desarrollo de la retórica en el Barroco. Este volumen incluye, por un lado, el texto original latino que podrá compararse con su excelente traducción: precisa y fiel en la conservación del estilo lacónico que puso de moda Lipsio e imitaron nuestros autores barrocos en sus obras en prosa. La anotación sitúa en contexto esta obra y la relaciona con otras de la ingente producción que nos legó el humanista flamenco. Las vastas publicaciones de Mallorquí-Ruscalleda avalan su conocimiento del latín clásico y del neolatín en la temprana edad moderna, así como de los contextos de producción de la literatura y la historia de aquellos siglos. Será pues, sin duda, un valioso documento para reevaluar “la poética de la prosa” a partir de aquel temprano *libellum* que Lipsio minimizó en su dedicatoria a Raphelengius, recordándole que fue compuesto para instruir a la juventud, *discentibus, non doc-tis*. Con todo no vacila en concluirlo con su aceptación del pedido: *Sed, ut initio dixi, quoniam uis, fiat.*

Muy importante es asimismo la introducción de Jorge García López, gran experto en la obra de Lipsio por sus trabajos sobre Saavedra Fajardo y sus estudios sobre el laconismo en general. Se inicia con una reivindicación del autor de *Politicorum*, considerado injustamente mero “anticuario” a partir del XVIII, frente a Erasmo, el “gran humanista”, aunque ambos se destacaron en la edición de textos clásicos. Filólogos ambos y defensores de dos sistemas filosóficos relacionados pero no idénticos, Lipsio recogió algunas ideas de Erasmo sobre el estoicismo, pero las desarrolló en la construcción de un nuevo neoestoicismo nacido después de Trento en circunstancias históricas diferentes.

El propósito de García López en este estudio, sin embargo, es recuperar a Lipsio en otra dimensión, que deriva por cierto de su labor filológica. Sus ediciones de Tácito y Séneca que tanto éxito tuvieron en el siglo XVII lo llevaron a asimilar un nuevo estilo, el latín lacónico que se imitará en las lenguas vernáculas europeas. En España, como señala García López, definió a los que designa “lectores asiduos” de Tácito: Quevedo, Saavedra Fajardo y Gracián; los tres, asimismo, lectores de Justo Lipsio, cuyas diversas obras García López examina en detalle a continuación. A la vez, recuerda acertadamente que, más allá de es-

tos nuevos modelos que imitaron los humanistas del xvii, Lipsio fue asimismo responsable de la extensión del canon de los clásicos romanos, ya accesibles desde fines del xvi en las nuevas ediciones que difundió la imprenta. Estas promovieron la entusiasta respuesta de quienes incorporarían a su lista de *auctores* a Plauto, Plinio el Joven, Propertio, Persio y Juvenal. La interpretación de la *Epistolica institutio* que desarrolla García López parte de una comparación efectiva de esta obra con *De conscribendis epistolis* de Erasmo, quien sólo llegó a criticar la práctica de la imitación de la prosa de Cicerón impuesta en Italia desde el Renacimiento temprano sin llegar a proponer una alternativa. El análisis del ciceronianismo que García López presenta en esta introducción destaca las diferencias marcadas que lo separan definitivamente de la nueva retórica lipsiana, basada en la defensa del valor de la *breuitas* en el nuevo estilo y en una reconsideración de la *imitatio* dentro de los parámetros establecidos por Lipsio en la *Epistolica institutio*. Sus observaciones incluyen un recorrido atento de los trece capítulos en los que está dividido este manual teórico de Lipsio y concluyen con una comparación entre los preceptos que desarrolla el autor de este tratado y aquellos que forjaron los nuevos teóricos del xviii, defensores de un nuevo clasicismo que se oponía a la retórica barroca practicada en el siglo precedente. Es esta, por tanto, una excelente e importante contribución al conocimiento del estilo lacónico promovido por Lipsio que los poetas y escritores barrocos habían adoptado en sus discursos en prosa hasta casi fines del xvii.

La publicación de este volumen permitirá a los especialistas volver sobre el manifiesto de Lipsio para ampliar nuestra comprensión del cambio de paradigma retórico que subyace tanto a los discursos en prosa de Quevedo, de Saavedra Fajardo y de Gracián como al de otros de sus contemporáneos. Un estilo que prestigiaba la *breuitas*, la concentración de la escritura, *sermo humilis* pero no conversacional sino con valor artístico; la sucesión de conceptos que revelarían el *ingenium* de quien los inventara, su *acumen*, y una particular práctica de la *imitatio* de un canon modificado ya por Lipsio con la inclusión de autores de la latinidad posclásica fueron recursos característicos de los estilos barrocos. A propósito del estilo de Quevedo, ya lo había dicho en otra ocasión, imitar a Lipsio tanto en sus epístolas y cartas personales como en sus tratados filosóficos e históricos, implicaba su intento de asumir la autoridad que el autor de las *Políticas* había construido como humanista laico en las sociedades católicas posteriores a la Contrarreforma. La lectura directa de la *Epistolica institutio* sin duda llevará a reevaluar la importancia de las relaciones que los discursos europeos barrocos mantuvieron entre sí y que se desarrollaron en respuesta a los neolatinos y bajo su influencia, discursos que Lipsio había promovido como filólogo, filósofo y retórico.

Estudio preliminar. Justo Lipsio y la *Epistolica Institutio*: contexto y sentido de una poética de la prosa¹

Jorge García López

Universidad de Girona

Justo Lipsio (1547-1606) fue sin lugar a dudas el más importante humanista europeo de la segunda mitad del siglo xvi. Nacido pocos años después de la desaparición de Luis Vives, discípulo del gran Erasmo, encarna quizá como nadie una generación de humanistas de nuevo cuño nacidos con el humanismo y producto de sus métodos educativos. De hecho, su vida simboliza este cambio como la de pocos y debe compararse con contemporáneos suyos como Michel de Montaigne que buscaron abrir nuevos caminos a partir del humanismo del siglo xvi y cuya obra será un elemento decisivo para entender la cultura de la centuria siguiente. Sin embargo, la historia, especialmente a partir de la Ilustración, que ha sido tremendamente bondadosa con Erasmo, prácticamente ha borrado del mapa la memoria y la obra de un humanista de gran ascendiente en los años finales del siglo xvi —que más de una vez no es denominado “humanista”, sino simplemente “anticuario”— y que será uno de los referentes más importantes de la cultura europea hasta los años ochenta del siglo xvii. No deja de ser curioso que la misma actividad científica —la edición de textos clásicos— haya convertido a Erasmo en “gran humanista” y a Lipsio en “anticuario”. Muy al contrario de esa valoración extravagante, su obra constituye uno de los tramos esenciales para entender la prosa moderna, por mucho que esta idea tradicional de Croll (1966) pueda ser matizada en abundancia (Jehasse 1974; Fumaroli 1980; Gerlo 1988; Mouchel 1990, 1996)

Josse Lipps —o Joest van Lipps, Justus Lipsius en su forma latinizada— nació en Overysse, una pequeña población a unos 24 kilómetros al sureste de

1. Este estudio, que hizo las veces de Estudio Preliminar a la primera edición de nuestro trabajo sobre la *Epistolica* de Lipsio, se inscribió en el proyecto FFI2015-64021-P, “Contextos y posteridad de la obra de Diego de Saavedra Fajardo: estética literaria y revolución científica (1600-1750)”, del Ministerio de Economía y Competitividad (España).

Bruselas (Bélgica), el 18 de octubre de 1547 y morirá en Lovaina en marzo de 1606. Nace, pues, el mismo año que Cervantes y morirá diez años antes, a los cincuenta y nueve. Descendiente de una familia ilustre, comienza sus estudios en Ath, ciudad a 60 kilómetros de Bruselas, donde intenta entrar en la Compañía de Jesús (1562), sin embargo, su padre lo enviará al colegio trilingüe de Lovaina, donde estudiará sobre todo autores latinos y se apasionará con el problema de las variantes textuales entre los testimonios de la antigüedad. Y esto hasta el punto de que en 1566, es decir, a los diecinueve años, ya tiene compuesto un libro que será su primera obra, las *Variae lectiones* (Amberes, 1569). El volumen, escrito todavía en la prosa ciceroniana típica de la época, ya nos muestra una de las inclinaciones más conocidas y famosas del autor: la edición de textos clásicos, algunos de ellos, quizá no inéditos en sentido literal, pero sí mal conocidos o muy mal editados, son puestos en circulación y comentados por Lipsio y constituyen elementos centrales de la cultura del siglo XVII. Ahí se hará Lipsio un nombre como humanista de primera línea y alcanzará un envidiable nivel científico en la *selectio* de variantes clásicas, sólo comparable en la época con la calidad de un Isaac Casaubon o un Joseph Escaliger, con los que constituirán el “triumvirato” humanista del cambio de siglo.

No vamos a seguir por lo menudo la vida de nuestro hombre, sino tan sólo insistir en aquellos elementos esenciales que caracterizan después su vivencia intelectual y científica. Tras la publicación de las *Variae lectiones*, se le abren las puertas del secretariado junto a Granvela, al que está dedicada la obra, y donde pasa dos años (1569-1570), aunque vuelve a Lovaina, de la que tiene que huir tras las guerras del duque de Alba. Este último hecho es fundamental en su vida, que se la pasa huyendo de la guerra y de una precisa definición religiosa. Así, tras el profesorado en Lovaina, pasa sucesivamente a Lieja, Viena, Dole y Jena, ciudad ésta última donde se convierte a las iglesias evangélicas. Tras su matrimonio renuncia a su profesorado en Jena y se establece en Colonia, publicando su primera versión de Tácito (Amberes, 1574). Se suele remarcar que Lipsio no utilizó en esta edición los manuscritos mediceos de Tácito, pero sí en su versión de 1604. En verdad la edición de Tácito realizada por Lipsio tiene una importancia fundamental en la cultura del siglo XVII, tanto por su texto como por sus comentarios. De ahí surgirá el género literario del “comentario a Tácito”, que era una de las formas del ensayo político a principios del siglo XVII —en autores como Álamos de Barrientos o Virgilio Malvezzi—, al tiempo que el nivel científico de la edición es extraordinario, sugiriendo numerosas correcciones que se han incorporado al texto del historiador romano. Por lo demás, la lectura y asimilación estilística de Tácito va a dar en uno de los fenómenos estéticos más curiosos del siglo XVII, es decir, el latín lacónico, cuyo máximo exponente teórico es la *Epistolica institutio* que ahora veremos. Este latín pasará al romance a partir de los años veinte de la nueva centuria de la mano de los comentaristas de Tácito y tendrá un florecimiento extraordinario en Italia y sobre todo en España en las obras de Quevedo, Diego de Saavedra y Baltasar Gracián, todos ellos

lectores asiduos de Cornelio Tácito y de Justo Lipsio. Las sucesivas ediciones de Tácito, pues, no son simplemente un hecho de “anticuario” o de “erudito” de despacho, como en ocasiones se quiere definir a Lipsio, sino un suceso estético y cultural de primera magnitud que pasará a definir sectores enteros de la cultura del siglo XVII. A partir de esa edición, se va a ir abriendo paso en Lipsio la idea de un nuevo paradigma estético de la lengua latina que germinará con los años. Por cierto, que tanto la idea como la edición, y tal y como han demostrado rigurosas investigaciones sobre sus métodos de *selectio* de variantes, no debe nada a Muretus, que lo acusó de plagio (Ruyschaert 1949). De esos años son también las *Antiquae lectiones* (1575), crítica miscelánea dirigida sobre todo a Plauto, que será otro de sus autores preferidos. En los años siguientes lo encontramos como profesor en Lovaina (1576-1577) y, tras la victoria de Juan de Austria, enseñando en Leiden (1578-1591). En ese momento, los líderes de las iglesias evangélicas le piden un mayor compromiso con el credo religioso y Lipsio opta por reconciliarse con el catolicismo en Maguncia (1591) y finalmente es nombrado profesor en Lovaina (1592). De esos años datan algunas de sus obras más celebradas, aparte de una intensa actividad en el estudio de la antigüedad romana. Así tenemos el *Somnium. Satyra Menippaea* (1581), una fantasía literaria donde se critica el abuso por parte de los humanistas de la *diuinatio* como fórmula para editar textos clásicos; dentro de un tratamiento burlesco y satírico, los poetas de la antigüedad piden respeto a los humanistas y les ruegan que editen sus textos tal como están en sus testimonios manuscritos sin necesidad de inventárselos (Matheussen-Heesakkers 1980; Schwartz 1990; De Smet 1996). Ahí el gran editor de textos aboga explícitamente por una rigurosa práctica textual y critica la anarquía metodológica de algunos sectores del humanismo. Puede hoy parecernos una obra muy “erudita” y “anticuaria”, pero en realidad hará escuela y creará paradigma a lo largo del siglo XVII, que está inundado de sueños literarios, comenzando por los de Quevedo. La última parte de la obra lipsiana, por cierto, se reproduce de forma bastante literal en la parte final de *República literaria*, obra generalmente atribuida a la juventud de Diego de Saavedra (García López 2006). A finales de la centuria, se publican incluso antologías de sueños, género culto por excelencia del humanismo seiscentista. En 1584 y en Amberes se publica el *De constantia*, primera formulación de una especial lectura del estoicismo antiguo que hoy conocemos como neoestoicismo y que es tanto una ética de la resistencia frente a los infortunios históricos, como una forma de adaptar el estoicismo tardío a la moral cristiana (Morfröd 1991; Lagrée 1994; Ettinghausen 2009). De esos años son también sus *Políticas (Politicorum libri octo)*, 1589; Peña-Santos 1997), que en la época constituyeron un escándalo entre los ensayistas ortodoxos por su admisión de la “prudencia compuesta”, que creían demasiado próxima al pensamiento de Maquiavelo (*Lipse maquiavelisant*, que decía Gentilet). De hecho, tanto Lipsio como Michel de Montaigne constituyen etapas en la asimilación del pensamiento de Maquiavelo. Y eso hasta el punto de que en una idea clásica de la italianística, los intelectuales de la

época se apuntan a la moda de Tácito, a partir de los años ochenta del siglo xvi, como una forma de continuar por otras vías la reflexión maquiaveliana, puesto que Nicolás Maquiavelo estaba prohibido por el Concilio de Trento. Si tal intención no estaba presente de forma tan clara en la edición de Lipsio, sí que puede añadirse que, en efecto, durante la primera mitad del siglo xvii la utilización de Tácito esconde una aproximación teórica al pragmatismo político y al pensamiento de Maquiavelo. De su actividad como erudito de la antigua Roma se recuerdan obras como sus estudios sobre el ejército romano y los sistemas defensivos de las ciudades (*De militia Romana*, Amberes, 1595; *Poliiorceticon*, Amberes, 1595; *Admiranda*, Amberes, 1598). En sus últimos años publicó obras de difusión del pensamiento estoico tales como la *Manuductionis ad Stoicam philosophiam* y la *Physiologia stoicorum* (ambas de 1604; Hirai-Papy 2011), que viene a ser un compendio completo de la filosofía estoica y de su posición en el pensamiento de la antigüedad, y que tienen un sentido muy preciso en la coyuntura de finales del siglo xvi, como ahora comentamos. En fin, de principios de los años noventa es la *Epistolica institutio* (1591), un arte de escribir cartas que logrará gran fama a lo largo del siglo xvii en cuanto solía acompañar las colecciones de carta latinas de Lipsio, escritas en estilo lacónico que recogía aspectos de Plauto, la elegancia de Plinio el Joven y el latín tortuoso de Tácito, tres autores que constituyen tres claves de bóveda de la cultura del siglo xvii. Ahí condensa Justo Lipsio la reflexión de años en torno a la imitación de los autores clásicos que se halla ya en textos suyos anteriores como las *Epistolicarum quaestionum* (1577) o el primer volumen de su epistolario (1585). Y es que, junto a esta obra oficial, Lipsio fue también, como gran parte de los humanistas de su tiempo, un gran escritor de epístolas que finalmente se imprimirán en colecciones. En esas epístolas es donde de forma más llamativa, además de sus obras filosóficas y eruditas, pone en práctica Justo Lipsio su estilo lacónico y por lo general se publicaban desde finales de siglo acompañadas de *Epistolica institutio* como una suerte de apéndice de poética de la prosa epistolar. Así, pues, despreciado por la historiografía, que lo acusa de “anticuario”, “oscuro” y “barroco”, la obra de Justo Lipsio está por todas partes en el siglo xvii: sin salir de la literatura española, en gran parte de la obra de Quevedo y en especial en sus *Sueños*, en la prosa de Gracián —que adora a Tácito— o en el pensamiento y en el estilo de Diego de Saavedra, pero estos son sólo tres ejemplos entre los autores de primera línea: en realidad, buena parte de las inclinaciones literarias del siglo xvii, incluso las de apariencia secundaria —la lectura del historiador francés Philippe de Commines, por poner otro ejemplo, que está muy de moda a lo largo del siglo xvii—, parten de la obra y del gran ascendiente intelectual y literario de Justo Lipsio (García López 2013).

La obra y los problemas de recepción que ha sufrido su nombre nos permiten interrogarnos sobre el tipo de humanismo que él encarnó y que viene a ser el de finales del siglo xvi y que nos servirá para entender en todas sus motivaciones *Epistolica institutio*. Se trata de un humanismo que se mueve en una Europa

diferente a la de Erasmo, pero que también tiene unos problemas diferentes y que busca respuestas que ya no son las del humanismo erasmiano (Bowsma 2001; García López 2006, 2013). En efecto, la época que le tocó vivir recoge y sistematiza las convulsiones de la primera mitad de la centuria y a partir de ahí busca soluciones nuevas e inéditas. En el medio siglo se están consolidando de forma definitiva las iglesias evangélicas y ello supone que una vuelta atrás de la división religiosa de Europa es imposible. Esta situación será subrayada por entonces por el Concilio de Trento (1543-1563), que se abre cuatro años antes del nacimiento de Justo Lipsio, pero que cuando se cierra su tercera sesión en 1563, nuestro futuro humanista tiene ya diecisiete años y está en el Colegio de la Compañía de Jesús en Colonia recitando el *Cum subit illius* y el *Tityre, tu patulae recubans*. El dato archiconocido de eso que llamamos “Contrarreforma” incide en su vida de una forma hoy difícil de calibrar, pero definitoria de su obra y de sus inclinaciones intelectuales. De hecho, Lipsio cambió de bando confesional varias veces siguiendo sus intereses académicos, pero prefigurando también futuras actitudes. La división irremediable de Europa da lugar a las guerras de religión y a la fuerte inestabilidad política que se vive en el continente durante la segunda mitad de siglo. Esa situación afecta sobre todo a Francia, pero también a los Países Bajos, donde en 1568 comienza una larga guerra, la Guerra de los Ochenta Años, contra la monarquía Habsburgo. Serán guerras crueles, llenas de matanzas de población civil, como la de San Bartolomé (1572), que sobreviene cuando Lipsio tiene veinticinco años y es ya un afamado humanista. Ese será el contexto histórico que vivirá desde su temprana juventud: no nos extrañemos, pues, que sea el maestro del “neostocisimo”, es decir, de una lectura de la antigüedad clásica inclinada a resistir los infortunios históricos y a templar un mundo propio de interioridad personal al margen de los vaivenes sociales. Desde su juventud, Lipsio no vivió en un mundo con promesas de *renouatio* y de reforma, como la Europa de un Erasmo, un Budé o un Ulrich von Hutten, sino en un continente repleto de divisiones confesionales, de matanzas e insurrecciones civiles, de persecuciones y sambenitos. La *renouatio* del primer humanismo quinientista deja paso a un mundo donde es necesario ser prudentes; la *prudentia* es ahora la actitud más valorada. Y eso es precisamente lo que cree que hay que hacer y hace Justo Lipsio: ser prudentes, vivir retirado en el estudio, negarse a la apología religiosa que le exigen las iglesias evangélicas. Quizá no se trata todavía de nicodemismo, pero comienza a parecersele mucho. Al contrario que el humanista de la primera mitad de la centuria o que el propio Erasmo, Lipsio no es un hombre comprometido públicamente, no entra en polémicas: vive en un mundo peligroso y opta por la prudencia. Esa característica de su vida y de su actitud también ha incidido negativamente en su valoración frente al carácter polemista de un Erasmo, líder de un sector de la opinión pública europea; para la Ilustración, la actitud de Lipsio es incomprensible, frente a la simpatía con que vislumbraba el compromiso polémico de Erasmo. Sin embargo, podemos considerar a Lipsio en la línea de aquellos líderes moderados de la Reforma como Melanch-

ton, que afirmaban que las diferencias entre las distintas confesiones cristianas eran superficiales, de detalle e indiferentes —*adiáforas*— al verdadero sentimiento religioso. Así, pues, esa aparente *indiferencia* ya tiene una tradición propia en el momento mismo en que se abre el Concilio de Trento.

Pero aparte de una coyuntura histórica diferente, Lipsio vive también un humanismo diferente. Lo hemos citado ya: de joven crece recitando el *Cum subit illius* ovidiano y todos los textos conocidos de la antigüedad, en especial los de los grandes clásicos. Para Erasmo, se trataba de una conquista personal y peligrosa, pues él mismo tuvo que aprender a escribir como Cicerón y se espabiló leyendo a Valla y aprendiendo griego por su cuenta, que le costó no poco, e incluso intentándolo con el hebreo, que abandonó por imposible. Lipsio, por el contrario, ha conocido todo eso en la escuela, donde se lo han hecho aprender de memoria: a sus veinte años ya juguetea con las *uariae lectiones*. Para él los clásicos grecolatinos no son una conquista peligrosa y que confiere identidad y carácter frente a la universidad escolástica, sino una parte de su juventud pasada en la escuela. El saber clásico constituye una vivencia normalizada. A partir de ese dato escueto, y sin necesidad de renegar de los presupuestos del *Quattrocento*, surge ya un humanista diferente. En efecto, cuando ese joven que ha crecido atiborrado de Cicerón, Virgilio y Ovidio por los cuatro costados llegue a ser un humanista profesional, buscará fuentes de inspiración en *otros* autores clásicos, que o bien adaptará a sus necesidades históricas o bien se adaptan ellos de maravilla a esas necesidades personales o sociales. Lo veremos más abajo al analizar el texto de *Epistolica institutio*: la lengua de Cicerón es una lengua infantil, una lengua de escuela, lo que aprenden los críos a los diez años; pero los verdaderos escritores buscan otra cosa. Tal es, en efecto, justamente lo que ocurre cuando Lipsio pone sus ojos en el texto de Plinio el Joven, en la obra de Tácito o en el latín de Plauto o Séneca. Como todas las generaciones jóvenes, busca una diferencia que lo singularice respecto de la generación anterior. Y así, si Livio permitía a Maquiavelo reflexionar sobre la república de Florencia, Tácito le permite a Lipsio repensar las monarquías absolutas que dominan Europa en la segunda mitad de la centuria, mientras que Séneca le proporciona una filosofía moral de resistencia frente a los infortunios y los desastres históricos. La actividad *técnica* y *erudita*, pues, refleja las inquietudes y las necesidades de esos humanistas de segunda o tercera generación formados ya en el humanismo y que rebuscan en la antigüedad identificando nuevas fuentes de interés. Ni la actividad “anticuaria”, ni las más recónditas *uariae lectiones* constituyen nunca una inclinación gratuita: late en ellas las exigencias perentorias de una época y la vivencia de un humanismo diferente.

Hemos hablado de su vivencia pedagógica, pero Lipsio es un humanista diferente por otros varios motivos que inciden en la valoración de una época. En efecto, la Europa de la segunda mitad del siglo xvi está al final de un proceso de intensa investigación histórica que se ha dilatado cerca de setenta años, llevando hasta el final las propuestas epistemológicas de un Valla y de un Poliziano. Y en

ese camino realiza un descubrimiento asombroso que va a ir tomando cuerpo a partir de los años ochenta: ni Platón, ni Aristóteles eran los únicos filósofos de la antigüedad; es más, no eran ni siquiera los más interesantes. Y todavía más: gran parte del texto de Plinio el Viejo era pura patraña. E incluso más datos que podríamos amontonar en un sagaz inventario: el derecho romano no era lo que habían pensado los primeros humanistas; la epístola o el diálogo no eran las únicas opciones literarias y así sucesivamente. Es decir, que al llevar hasta el final las propuestas epistemológicas del *Quattrocento*, al humanismo finisecular se le funden entre los dedos sus principales evidencias estéticas y filosóficas: la antigüedad era infinitamente más rica y más interesante de lo que habían supuesto los grandes humanistas italianos del *Quattrocento* o el mismo Erasmo. Había un número importante de autores que planteaban problemáticas desconocidas para el canon quinientista y que, sin embargo, respondían muy bien a las inquietudes de finales del siglo XVI. El proceso, por supuesto, es lento, complejo, casi imperceptible para quienes lo vivieron, pero que, en el cambio de siglo, en la ya madurez de Justo Lipsio, allá por el año de 1600, es evidente e irreversible y va a condicionar toda la cultura europea de los siglos XVII y XVIII hasta el mismo romanticismo (García López 2013).

Para decirlo de una forma escueta y rápida, a partir de los años 1540-1570 la investigación humanística comienza a descubrir y valorar la inaudita riqueza intelectual del mundo helenístico y sobre este hecho se fundamenta la cultura del siglo siguiente. Autores casi desconocidos y que, sin embargo, se descubrían con una obra de enorme interés, son puestos en circulación o vertidos por primera vez al latín o simplemente editados. Así, por ejemplo, en 1557 se publica en París la primera edición latina de las *Hipotiposis pirrónicas* de Sexto Empírico; unos años antes, en 1544, se había publicado la primera edición completa en la época de Arquímedes. A lo largo de la segunda mitad de la centuria son leídos, estudiados y asimilados y van a tener un protagonismo decisivo en ese complejo proceso que llamamos revolución científica, que, a su vez, podemos contemplar como un desarrollo que forma parte de un cambio más complejo en las motivaciones y en las creencias de la Europa de finales del siglo XVI. El humanismo de la segunda mitad del siglo protagoniza y al mismo tiempo está influido por este cambio profundo en las creencias y sobre todo en la percepción de la realidad. En el primer caso podemos documentar las nuevas inquietudes intelectuales en el tipo de humanista que surge por entonces; en el segundo, podemos observar su influencia en las ilusiones de un humanismo de nuevo trazado.

En efecto, en los últimos veinte años del siglo XVI se da un cambio significativo en el tipo de literatura que escribe el humanista. Por ejemplo, se ponen de moda los manuales del pensamiento helenístico y casi cada humanista publica el suyo. Y de esta forma tanto la *Manuductionis*, como *Physiologia* de Lipsio anteriormente citadas, no son ejemplos aislados, como tampoco su neostoicismo, sino parte de un proceso más general de valoración del pensamiento helenístico. Por entonces se publican también obras como *Quod nihil scitur*

de Francisco Sánchez, médico de Montpellier (Rabade 1984), o *Academica* de Pedro de Valencia (Amberes, 1595; Oroz 1987), donde ambos humanistas explican qué es el escepticismo de la Academia Media, que por entonces se pone de moda. De forma complementaria al neoestoicismo de Lipsio o a la moda del pensamiento académico, la figura de Diógenes hace su aparición en el cambio de siglo. En el caso de la literatura española tenemos citados a los filósofos cínicos en *El coloquio de los perros* de Cervantes y el personaje de Diógenes aparece en *República literaria* como el único filósofo de la antigüedad que vale la pena estudiar (García López 2006, 2009 y 2015). Podrían citarse numerosos ejemplos de humanistas que de pronto se nos muestran cercanos a corrientes del helenismo antiguo o bien publican “su” manual de pensamiento helenístico, un pensamiento que está de moda y que se intenta concretar en sus múltiples facetas y perspectivas. Y la verdad es que no se tenía tan claro como ahora cuáles eran esas facetas y por lo general se subrayaba más la distancia frente a los clásicos Platón y Aristóteles que las diferencias entre los distintos helenismos. Esta constatación del nivel científico de la época es importante porque nos explica cómo algunos humanistas intentan llevar el agua a su molino sin sonrojarse. Y así, por ejemplo, Quevedo intenta demostrar que Epicuro es un filósofo estoico (Acosta 2008).

Asimismo, cambian también los géneros en los que escribe este nuevo espécimen de humanista. Por ejemplo, en 1584 se publica la primera edición de los *Essays* de Michel de Montaigne, creando así un nuevo género literario que hará escuela a lo largo del siglo XVII. Como se recordará, la propuesta literaria e intelectual de los *Essays* consiste en focalizar la antigüedad en torno a la experiencia individual y poner el yo como el eje del discurso. Unos tres años antes, en 1581, Lipsio había publicado su *Somnium. Satyra Menippaea*, que hará también escuela a lo largo del siglo XVII, una centuria plagada de sueños literarios. Pero un *somnium* no es nada más que un diálogo, sólo que ha cambiado la noción de verosimilitud. En efecto, mientras que un diálogo es una pieza que quiere ser realista, el *somnium* es una experiencia cultural, de igual forma que la égloga pastoril, pero que salva la verosimilitud al encerrar la experiencia dentro de los límites de un proceso onírico. De esta forma, en un *somnium* puede pasar cualquier cosa, incluso podemos discutir con Aristóteles, pero siempre dentro de los límites de la verosimilitud. De esta forma, el humanista de finales del siglo XVI tiene unas inquietudes muy diferentes a las de la generación anterior, centra su atención en autores clásicos diferentes y, por tanto, también escribe en un latín diferente. Una muestra clara sería, sin salirse de los límites de la literatura española, el caso de Francisco de Quevedo. Como sabemos, don Francisco siempre se consideró discípulo de Justo Lipsio, con quien se carteó en su juventud, allá por el año 1604, y como tal nos sirve para ejemplificar el nuevo tipo de humanista del siglo XVII. Escribe en nuevos géneros literarios emulando a Lipsio (*Sueños*, 1608-1622), tantea el pensamiento de la antigüedad exponiendo sus ideas sobre filósofos helenísticos (*Defensa de Epicuro*, 1633) y escribe en un estilo que

recuerda el de Tácito (*Rómulo*, 1632; *Marco Bruto*, 1642). El estilo lacónico en el que escribe Quevedo sus últimas obras es reflejo del tipo de latín diferente que pone de moda Lipsio y que es también muestra de los cambios de una época, no mero antojo estético. El cambio de estilo latino es la señal superficial de un cambio más vasto y profundo en la *episteme* de la Europa finisecular.

Justo Lipsio es también recordado, en efecto, por haber dotado al latín de un estilo diferente del mero ciceronianismo anterior, un estilo que logró poner de moda, que marcaba tendencia a finales del siglo XVI y que veinte años después penetra en el romance de la mano de los comentadores de Cornelio Tácito para dar lugar a creaciones extraordinarias como por ejemplo *El criticón*. Por ello mismo, por su ruptura con el clasicismo ciceroniano quinientista, Justo Lipsio ha sido denigrado hasta la extenuación en los manuales de filología clásica y de literatura neolatina, enfrentándolo con el clasicismo erasmiano, como si la propuesta estilística de Justo Lipsio fuera una suerte de antojo personal o algo por el estilo y desconociendo que obedece a inquietudes muy de época y sentidas con gran generalidad en la Europa de aquellos días: más de una y dos veces, los estudios *sobre* Lipsio de los manuales de literatura neolatina renacentista son en realidad diatribas *contra* Lipsio. Esos estudios están escritos por especialistas formados en el clasicismo erasmiano y ciceroniano potenciado por la filología clásica alemana del siglo XIX que, a su vez, heredó sus principales prejuicios de la Ilustración. Sin embargo, debemos tener en cuenta que las motivaciones que están detrás del estilo lacónico son radicales y profundas y son las mismas que empujan a Montaigne a escribir sus *Essays* o que están en la base de otras producciones de la época. No se trata, pues, de un producto personal y “raro”, ni de un “antojo”, ni de una “desviación intelectual”, ni de un producto “oscuro”, ni de nada que se le parezca. En cuanto historiadores, tenemos la obligación de entenderlo enmarcado en las tendencias de una época y preguntarnos por qué gran parte de la Europa del siglo XVII se quedó admirada y embobada ante el estilo latino de Lipsio.

La historia arranca de lejos, de las mismas raíces del *Quattrocento*, cuando algunos humanistas italianos logran que el estilo de Cicerón se perciba como preponderante y modélico. Que sea Cicerón el escritor preferido por la Italia del siglo XV tiene fácil explicación. Se trata de un filósofo y lo que hoy denominaríamos “ensayista”, es un polígrafo muy preocupado por la actualidad del pensamiento griego, pero también un hombre público que habla y discute en el Senado y al que incluso la refriega política llega a costarle la vida. Se trata, pues, del símbolo ideal de unos intelectuales que apostaban por una cultura latina cercana a las preocupaciones sociales y a la vida cotidiana. Era ejemplo perfecto para unos humanistas que despreciaban el latín abstracto de la escolástica y estaban pendientes de los problemas ciudadanos e incluso algunos de ellos eran Secretarios de la Señoría. Para ellos, Cicerón era el ejemplo perfecto del intelectual atento a los problemas sociales y a la vida política; tenía obras de especulación filosófica, otras de técnica literaria y de filosofía moral, pero también escribía

cartas y discursos y defendía públicamente en el Senado sus ideas y su pensamiento sobre la ciudad y el futuro de Roma: un modelo ideal, pues, para esos humanistas que ocupaban cargos públicos y que habían convertido el pensamiento de Petrarca en seña de identidad italiana. A partir de ahí, a lo largo del siglo xv el estilo de Cicerón se convierte en modelo literario y durante el siglo xvi se va a consolidar como el paradigma estilístico latino por excelencia y en seña de identidad del humanismo italiano, que va a comenzar a echar en cara al resto de Europa su “desviación” respecto a Cicerón. Por tal motivo ya Erasmo en 1528 toma la pluma para escribir *Ciceronianus*, una crítica del ciceronianismo cerrado y dogmático. Erasmo será duramente criticado entre otros por Escalígero padre, que fue defensor de un ciceronianismo cerrado. Y por ahí anda la cuestión en la segunda mitad del siglo xvi, cuando humanistas conscientes de las limitaciones del ciceronianismo buscan una alternativa en los autores clásicos. Así, pues, podemos contemplar *Epistolica institutio* como un tratado epistolar más en la línea de los que eran habituales en el siglo xvi, comenzando por el *De conscribendis epistolis* de Desiderio Erasmo, pero también como una obra que se enmarca dentro de las polémicas sobre el estilo latino y que retoma la cuestión en las décadas finales del siglo xvi para articular, por fin, una respuesta sistemática al ciceronianismo italiano.

Así, en muchos aspectos, en efecto, *Epistolica institutio* nos recuerda los manuales epistolares del siglo xvi con sus diferentes secciones dedicadas al origen histórico, la etimología, al culto a la *brevitas*, etc., pero damos un salto cualitativo de envergadura cuando encaramos la teoría de la imitación (Martín Baños 2005). Y en efecto, dos centros de interés fundamentales de *Epistolica institutio* son tanto el carácter del proceso de imitación de autores clásicos, como qué autores han de ser imitados y ambos se concentran en el capítulo XI —“Estilo familiar visto en detalle: su adquisición por medio de la imitación; tres preceptos sobre esto, de los cuales el primero concierne al cómo y el cuándo de la lectura”—. En el primer caso, Lipsio se opone a la imitación cerrada de Cicerón; en el segundo, nos presenta un elenco de autores poco utilizados por el humanismo quinientista y que viene a ser la base de la poética de la prosa del siglo xvii. Lipsio, en efecto, comienza descalificando el ciceronianismo, que identifica con el humanismo italiano. Para pulir un estilo deben leerse todos los autores clásicos, no únicamente Cicerón, tal como afirman algunos humanistas italianos —“¿Quién discute que valga la pena leerlos a todos ellos? Al menos, tal vez unos pocos italianos que recientemente han limitado la elocuencia por la restricción de leer únicamente a Tulio. ¡Oh, qué vanos y pedantes!”—. La verdad es que el ciceronianismo se convirtió en una suerte de seña de identidad del humanismo italiano a lo largo del siglo xvi y como una especie de seña de ortodoxia: las críticas que recibe Lipsio recuerdan muy de cerca las que recibió Erasmo. A partir de aquí nos describe el proceso de adquisición de un estilo en tres fases que tiene como virtud, no eliminar a Cicerón del currículum literario, sino de convertirlo en una parte del proceso, una parte importante, pero no

única. Para Lipsio, Cicerón es encomiable, pero es un medio para la formación del estilo, no un fin en sí mismo. Su doctrina retórica, por tanto, no se basa en eliminar a Cicerón, sino en considerarlo una etapa del aprendizaje literario y del crecimiento personal. De esta forma distingue tres etapas en la adquisición del estilo: para los niños —*imitatio puerilis*—, para alumnos formados —*imitatio crescens*— y para los que están adelantados en el uso de la lengua latina —*imitatio adulta*—. En los primeros pasos de la *imitatio puerilis* se debe avanzar con la vista puesta en el estilo ciceroniano, pues es el autor que en verdad, nos dice Lipsio, resulta más grato para dar los primeros pasos. Ahí abre la mano y propone como complemento la lectura de algunos ciceronianos, especialmente italianos, del siglo xvi: “Y añadido este consejo práctico: inmediatamente después de esta tarea, se pueden leer las cartas de Manuzio, de Sadoleto, de Bembo, de Brunelo, y, especialmente, las de nuestro propio Longolio; no porque estos —para ser franco— sean muy superiores, sino porque, con un cierto espíritu infantil, ellos han pisado con pie firme el camino aplanado por Cicerón”. Nótese, pues, la ironía: estos autores tienen un cierto espíritu infantil —*puerili quodam affectu*— y pueden acompañar a Cicerón; ahí está presente la visión escolar que tiene Lipsio de Cicerón: el Arpinate es para que aprendan los niños, para poco más. El humanista belga Longolio —es decir, *Longolii nostri*—, por cierto, era el personaje central del *Ciceronianus* (1528) de Erasmo, y una probable cita afectuosa por parte de Lipsio, y esta faceta no debía pasar desapercibida para sus lectores, como tampoco la ironía que comportaba. Recordemos, en efecto, que Christophe de Longueil enloquecerá después de haber leído, durante años y años, sólo y exclusivamente a Cicerón para perfeccionar su estilo latino y evitar contaminarse con excrecencias. Así, pues, sumando ironía, citas encubiertas y admitiendo la distancia con los “italianos” nos describe la primera etapa en la adquisición de un estilo latino. El ciceronianismo del que se precian los humanistas italianos y de cuya ausencia acusan al resto de Europa —*Tullianum tu non esse* es la crítica de la que se queja Lipsio de continuo— no es más que una forma pueril e infantil de enfrentar la aproximación a los autores clásicos. Vale, sí, como una propedéutica para la consecución de un estilo elegante, pero no como un fin en sí mismo; en ningún caso es un punto de llegada, sino tan sólo una etapa de tránsito. No se trata, pues, de denigrar al Arpinate, sino de admirarlo dentro de los límites de la propia tradición clásica; se trata de poner en contexto histórico a Cicerón. Y ello por dos razones que ya estaban claras para algunos humanistas en las polémicas del *Quattrocento* y que se evidencian también en el *Ciceronianus* de Erasmo, pero que ahora resuenan con mayor fuerza todavía a tenor del cambio de los tiempos: Cicerón es sólo un hombre, un momento histórico, no puede ser, pues, una regla universal y eterna. El estilo de un escritor o de un momento histórico no pueden ser válidos sin más como un discurso cerrado sobre sí mismo. Como nos dice Lipsio, tal razonamiento es contrario no solo al pensamiento de los antiguos maestros —*praeter mentem magistrorum ueterum*—, sino también a la

razón y a la costumbre —*praeter rationem praeterque usum*—. Más de un humanista del *Quattrocento* italiano, en efecto, como Valla o Poliziano, ya había alertado sobre el absurdo lógico de convertir en paradigma un autor histórico, como ahora observa Lipsio, y por ese camino precisamente se cuela Erasmo en su *Ciceronianus*. Más importante a la altura del cambio de siglo es afirmar que tal razonamiento subvierte a la razón, puesto que será precisamente la razón y la lógica la que saldrá vencedora en el siglo xvii del historicismo humanista. Pero el mismo uso, recuerda Lipsio, hace imposible la ortodoxia ciceroniana. Estas observaciones pueden parecernos evidentes, pero se trata de polémicas muy significativas en la época. Recordemos, por poner un ejemplo famoso entonces, el caso de la polémica tan simbólica entre Escalígero padre y Girolamo Cardano. Aquél, crítico del *Ciceronianus*, habla en representación de la ortodoxia humanista; Cardano, por el contrario, representa a los médicos filósofos del siglo xvi y le recuerda a Escalígero en el *De libris propriis* a la altura de los años setenta que “las palabras se han hecho para las cosas, no las cosas para las palabras” (Socas 2002). El discurso ciceroniano, cerrado sobre sí mismo, era también a finales del siglo xvi símbolo de un humanismo caduco y que se aferraba a las evidencias de un *Quattrocento* ya superado. Justamente esa polémica centra la discusión sobre el futuro y la naturaleza del mismo humanismo a finales del siglo xvi: el discurso —cualquier discurso (*uerba*), de la poesía a la ciencia— no puede estar cerrado sobre sí mismo, sino abierto a su relación con la realidad (*res*); no puede basarse en un inventario cerrado de palabras, sino en una relación dinámica con la realidad, puesto que “las palabras se han hecho para las cosas”. Si observamos con cuidado, *Epistolica institutio* nos viene a decir lo mismo que los *Essays* y otros productos finiseculares: la razón y el uso condenan el horizonte limitado del dogmatismo ciceroniano.

Pero vayamos a la segunda etapa; superamos así la crítica al dogmatismo humanista y encaramos las soluciones que nos propone Lipsio. En una segunda etapa propone una serie de autores que están próximos al estilo ciceroniano —Quinto Curcio, Livio, César—; como buen docente —y la obra es en su origen unas clases de retórica del propio autor—, Lipsio se nos muestra muy preocupado por evitar saltos en el vacío: quiere un progreso matizado y bien escalonado. De ahí que nos proponga autores que, no siendo ya el Arpinate, suenan a su estilo, para que el cambio sea mesurado y huya de toda ruptura. Pero ahí ya nos encontramos con una gran novedad. Y es que se concentra en los autores dramáticos y especialmente en Plauto, del que hace un largo elogio que en cualquier otro contexto, y mucho más en el contexto de una poética de la prosa, parece por completo desorbitado: *Plautum enim hic solum intellego; et praepono (nec impono: quia ex animo ita sentio) omnibus, qui in Latio aut Graecia imbuerunt chartaceum hoc aequor*. Admirable, ciertamente. Sin embargo, basta leer entera *Epistolica institutio* para darse cuenta de la meticulosidad con que Lipsio ha leído a Plauto y cuya explicación veremos con detalle. Y a continuación una segunda novedad en el elogio de Plinio el Joven, “terso, ingenioso, refinado, pero no sin

delicadeza, incluso delicado en diferentes momentos, aunque con poca fuerza” —*tersum, acutum, nitidum: sed non sine deliciis molliculum interdum, et parum uirum*—. Aquí estamos ya en el corazón de lo que después será el estilo lacónico en las formas más personales de Lipsio: su epistolario muestra de forma rotunda su claro seguimiento de Plauto y sobre todo de Plinio el Joven. Ahora, lo que parece sin ironía, Lipsio compara a Poliziano, “más grande que muchos moderanos” —*maiolem nouis*—, con el latín de Plinio.

Pero será la tercera etapa donde nos encontremos con los autores que más claramente se identifican con el estilo lacónico, especialmente Séneca y sobre todo Tácito. En esta tercera etapa, concede Lipsio una libertad total en la búsqueda de líneas estilísticas —*libere permittam exerat se et uagetur per scriptorum omne genus. Legat, uideat, et flores ex omni prato carpat ad eloquentiae hanc corollam*—. Hay, sin embargo, una serie de autores en los que Lipsio pone sus ojos y de los que destaca la fuerza de su estilo y la sutileza: “especialmente te animo a la lectura de Salustio, Séneca, Tácito y ese tipo de escritores concisos y sutiles cuyo garfio de podar afilado recorta el lujo y la exuberancia por un breve momento, y el discurso se hace terso, fuerte y viril de verdad”. Es importante, pues, subrayar que esta tercera etapa se divide en dos afirmaciones complementarias: en primer lugar, propone la libertad de búsqueda personal y en un segundo momento se atreve a enunciar un canon. Así, pues, *Epistolica institutio* no propone un canon cerrado, por más que el ascendiente intelectual de Lipsio lo convierta precisamente en eso a lo largo de los cincuenta años siguientes. La poética de Lipsio propone la libertad creativa, la búsqueda personal y ahí expone una elección que es también personal y que coincide con sus inclinaciones filosóficas en un sentido amplio.

Así, pues, un recorrido por ese fundamental capítulo XI de *Epistolica institutio* nos da algunas de las claves principales de la cultura literaria del siglo XVII y nos permite singularizar con más nitidez su propuesta literaria. En primer lugar, no elimina a Cicerón, sino que lo considera únicamente un autor para iniciarse. Lipsio identifica a Cicerón con la escuela, con lo infantil y lo primerizo, con lo que hay que superar cuando uno llega a la edad adulta. Y eso es así porque Lipsio fue, como ya hemos comentado, alumno de la *Ratio studiorum* de la Compañía de Jesús, donde Cicerón es el alma del currículum literario junto con Horacio, Virgilio y Ovidio. Ese recuerdo de la escuela está en sus ironías cuando habla de los ciceronianos italianos con burlas de humanista consagrado, pero también en su mirada atrás, a su juventud. Él mismo nos lo dice: no quiero atacar a los humanistas italianos, pues yo también fui ciceroniano y sólo la madurez me permitió encontrar mi propio camino —*Quos nunc non refello; et adhaesisse olim me scio paullo iuuenilius, donec repressit et reuocauit maturioris iudicii frenum*—. Esa madurez consiste para Lipsio en el encuentro con cuatro autores que van a centrar el sistema literario de la siguiente centuria: Plauto, Séneca, Plinio y Tácito. ¿Qué hay de común entre ellos? ¿Qué elemento común llama la atención de Lipsio y del siglo XVII?

Durante la segunda mitad del siglo *xvi* y en especial en su última década asistimos a una lenta pero continua desestructuración del estilo ciceroniano en varios laconismos más o menos conscientes o más o menos formulados como teorías explícitas. Quizá puede decirse que Justo Lipsio es el humanista más consciente en este punto de un proceso más general y que afecta incluso a autores en romance. Pensemos en el denominado senequismo estilístico de Montaigne o en la agudeza que se generaliza en las primeras décadas del siglo *xvii* y que es parte de un proceso más general y al tiempo reflejo del latín de Lipsio. Y es que en estas décadas finales del siglo *xvi* se perciben los largos períodos ciceronianos, llenos de musicalidad y de oraciones subordinadas, como un discurso cursi y acartonado, que la mayoría ha aprendido en la escuela y le suena a pueril, tal como nos dice Lipsio, pero también de una pesadez y una lentitud realmente inaguantables. Para percibirlo en toda su extensión, pongamos un ejemplo más próximo a nosotros: a estos humanistas jóvenes de principios del siglo *xvii* el estilo ciceroniano les sonaba algo parecido a como nos suena a nosotros el estilo de Pérez Galdós, un castellano ampuloso, lento, inútilmente complicado y falto de vida; podemos admirarlo en términos históricos, pero nunca escribiríamos así. Y para decirlo en otros términos: el humanismo europeo simplemente se cansa de Cicerón y busca una expresión más ajustada, más basada en golpes de efectos, jugueteos léxicos y paradojas llenas de sentido, donde, como nos dice Lipsio, se encuentra una expresión llena de “fuerza y virilidad”, dos adjetivos que acompañarán a lo largo de la centuria al estilo lacónico en todas las poéticas. Es más: eso es lo que justamente está documentado y no solo por el uso de las primeras figuras literarias. Se sabe, por ejemplo, que los estudiantes de latinidad en la Polonia de los años cuarenta del siglo *xvii* se admiraban al leer las cartas de Lipsio, que les parecían llenas de un vigor y de una expresión latina pletórica de vida y de fuerza expresiva, de golpes de efecto que causaban la misma sensación que las suspensiones narrativas de la novela bizantina, de relaciones inusitadas en las palabras, de un léxico nuevo que ya no era el resabido y consabido del Arpinate (Backvis 1988). Todo eso es lo que el lector culto del siglo *xvii* encuentra en los epistolarios lipsianos y ese lector, que ha crecido recitando a los clásicos grecolatinos y es capaz de valorar las dificultades, los entresijos y las estrategias de esa forma de escribir, se admira y encuentra placer en su lectura. Y todo eso y más será lo que el lector culto de la época encontrará después en el estilo lacónico de los grandes escritores romances. Hay, pues, un componente psicológico y pedagógico de fondo en la propuesta lipsiana y es también un desarrollo normal del humanismo de segunda o tercera generación, que acepta sus fundamentos, pero los modula de acuerdo con un mejor conocimiento de la antigüedad.

Pero si analizamos con más detalle la propuesta estilística lipsiana, encontramos algunas constantes que seleccionan el tipo de autor prescrito. En efecto, Lipsio se ha ido a fijar en Plauto, un autor dramático de la antigua Roma (siglos *iii* y *ii* a. C.) y en tres escritores posteriores a Augusto —Séneca, Plinio el

Joven y Tácito—. En los tres casos estamos ante autores que o bien escriben de una forma cercana a como se hablaba en Roma —Plauto— o tienen un tipo de latín más parecido al habla cotidiana que la frase ampulosa de Cicerón —Tácito, Plinio el Joven, Séneca—; tres escritores que se basan en las frases entrecortadas que evocan el habla cotidiana. Es decir, Lipsio ha ido a buscar a cuatro autores que evocan la *perspicuitas* y el realismo de lo cotidiano, justamente lo que buscaban en el latín ciceroniano los humanistas del *Quattrocento*. Por tanto —y esta característica no es exclusiva de Lipsio, sino más general en las décadas finales de siglo— lo que buscan estas propuestas estilísticas y poéticas es un renovado realismo del discurso latino —y romance—, alimentándose de fuentes clásicas que se perciben mucho más próximas a la vida cotidiana que el latín de Cicerón. Se buscan nuevos lenguajes literarios más próximos a la vida real y social, y menos identificados con la escuela y el mero clasicismo literario. Así, pues, una tal propuesta estilística se identifica de maravilla con el cambio en la *episteme* que hemos visto en las décadas finales del siglo xvi. El puro clasicismo se percibe como acartonado y se busca una autenticidad realista en otras propuestas literarias. Ahí notamos finalmente que tanto los *Essays*, como el estilo lacónico de Lipsio obedecen a idénticas motivaciones estéticas e históricas.

Claro está que podríamos seguir profundizando en esta cuestión, pero ello nos llevaría mucho más allá del límite de estas páginas. Tomemos, por ejemplo, a Plauto, un autor dramático. ¿Es mera casualidad que le guste tanto a Lipsio en un momento en que en toda Europa está de moda el teatro a gran escala y casi se ha convertido ya en la forma literaria dominante? ¿Es casualidad que el culto a Plauto por el primer humanista del momento y Lope de Vega o Shakespeare sean contemporáneos? E incluso podríamos añadir nuevos matices que vienen a concretar cuanto venimos explicando. A finales del siglo xvi, la fórmula literaria teatral es vista simplemente como un nuevo realismo frente al texto leído o impreso. Basta seguir las elaboraciones de numerosos autores de los años 1580-1620 para darse cuenta de que buscan en la visualidad del teatro una nueva autenticidad, como también en la numismática o en la literatura emblemática. Teatro equivale a “realismo literario” a finales del siglo xvi. ¿Es, pues, una casualidad que Plauto encabece la lista de autores de una poética de la epístola que busca la expresión realista y cotidiana y el latín “de nervio” y “viril”? En ningún caso, obviamente, se trata de convergencias casuales, sino simplemente de los diversos caminos que nos permiten definir una época y esa nueva *episteme* que surge a finales del siglo xvi, producto y motor del nuevo humanismo seiscentista.

Así, pues, en términos generales la obra de Lipsio quiere ser una respuesta amplia y completa a los problemas del humanismo a la altura de los años setenta y ochenta del siglo xvi. Por una parte, rescata autores esenciales de la antigüedad helenística para proponer una filosofía cercana a las inquietudes históricas que está viviendo —neostoicismo—. Por otra, edita historiadores romanos que le permiten comprender mejor el mundo político en el que vive

y la compleja imbricación entre ética y actuación política en la figura de Tiberio —Tácito—. Y de forma paralela y complementaria, elige un nuevo canon de autores clásicos capaces de fundamentar una propuesta estilística que sea la base de un latín de gran elegancia, pero también más flexible que la frase ciceroniana y más cercano a las inquietudes cotidianas —Tácito, Plinio el Joven, Plauto—. A partir de ahí se entienden muchas otras facetas suyas, como divulgador del pensamiento helenístico —*Physiologia, Manuductionis*— o escritor de obras como el *Somnium*. Se trata, por tanto, de un corpus completo que quiere extraer lecciones renovadas de la antigüedad clásica, ángulos todavía inéditos que le permitan encarar los nuevos tiempos. Tal es, precisamente, lo que vieron los jóvenes que nacieron en el cambio de siglo —Quevedo, Gracián— en la figura de Lipsio. La propuesta estilística, pues, ni está aislada, ni es la única “ruptura” conocida frente al corpus quinientista ni nada que se le parezca. El laconismo estilístico acoge las ilusiones de una época y las llena de contenido culto, resume las esperanzas de un cambio de época y anuncia un nuevo humanismo seiscentista que asume un nuevo nivel de complejidad en su relación con la tradición clásica. Es simplemente el emblema de una época.

Para terminar, podemos interrogarnos acerca del destino de este estilo culto del siglo XVII originado en un intento de adaptarse a los nuevos tiempos, pero que será rechazado y quedará “aplanado” entre el humanismo erasmiano y la modernidad europea que surge a lo largo del siglo XVII y que desemboca en las Luces. ¿Cómo es posible que un estilo literario nacido de la búsqueda de la *perspicuitas* y de la *brevitas* se acabe considerando un estilo oscuro e inútilmente complicado? ¿Qué proceso histórico nos lleva a la condena en bloque del laconismo estilístico del siglo XVII, tanto latino como romance? No es fácil, desde luego, articular una respuesta sencilla, pero podemos proponer alguna dirección en la que sí es posible rastrear un principio de explicación. Y es que durante el siglo XVII la cultura europea conoce una aceleración extraordinaria que hace empalidecer las grandes conquistas del humanismo del siglo anterior. Siendo hijo de tal padre, el siglo XVII abrirá amplios caminos y encontrará la joya de la corona: la revolución científica. Las propuestas de Justo Lipsio eran revolucionarias en 1590, pero amenazaban caducidad en 1680. Quizá uno de los motivos centrales es que la siguiente generación de escritores en estilo lacónico pertenecía a subtradiciones europeas que se mantendrán ajenas a la revolución científica. Los grandes escritores lacónicos del medio siglo intentan la naturalización de Maquiavelo, pero desconocen parcialmente la revolución científica y acaban identificándose, en Italia y en España, con un imperio derrotado y un mundo caduco y sobrepasado. Habría que introducir ahí un mundo de matices y observaciones, pero en esencia las propuestas estéticas del siglo XVII que no son capaces de articularse con la revolución científica, serán finalmente consideradas caducas y “barrocas” durante el Siglo de las Luces. Tal será el destino del clasicismo lacónico. Acaso Diego de Saavedra en su obra es parcialmente consciente del problema, y especialmente en la preciosa *República*

literaria. Pero desde luego una golondrina no hace verano. Las décadas finales del quinientos y primera mitad del siglo xvii conocen una auténtica inflación radiactiva de propuestas estilísticas, como sucede siempre que estamos ante un cambio de paradigma —la poesía estilo Góngora y Marino, el *Somnium*, la novela bizantina, los *Essays*, el *Quijote*, el laconismo estilístico, la comedia nueva, etc.—, y sólo aquellas que acaban articulándose con la revolución científica llegarán vivas al siglo siguiente. Y entonces, durante el setecientos, renacerá el Erasmo polemista en la imaginación de un Voltaire y el mundo del “anticuario” Lipsio que escribía en un latín inútilmente complicado —igual que hacía el marqués de Malvezzi, culpable, según Luzán en su *Poética*, de la extensión de la peste lacónica—, será arrinconado como un mundo caduco y superado. Los estilos, los hombres, los libros tienen sus hados.

Bibliografía

- ACOSTA, Eduardo. Ed. Francisco de Quevedo. *Defensa de Epicuro contra la común opinión*. Madrid, 2008. Impreso.
- BACKVIS, Claude. “La fortune de Juste Lipse en Pologne”. *Juste Lipse (1547-1606)*. Ed. Alois Gerlo. Colloque international tenu en mars 1987. Bruxelles: Université Libre de Bruxelles & Gerlo, 1988. 37-51. Impreso.
- BLANCO, Mercedes. *La Rhétorique de a Pointe. Baltasar Gracián et le Conceptisme en Europe*. Paris: Champion, 1992. Impreso.
- BOWSMA, William. J. *El otoño del Renacimiento 1550-1640*. Barcelona: Crítica, 2001. Impreso.
- CROLL, Morris. W. *Style, Rhetoric and Rhythm*. Ed. J. M. Patrick et alia, Princeton: Princeton UP, 1966. Impreso.
- DE SMET, Ingrid. A. R. *Menippean satire and the republic of letters 1581-1655*. Genève: Droz, 1996. Impreso.
- ETTINGHAUSEN, Henry. *Quevedo neoestoico*. Pamplona: EUNSA, 2009. Impreso.
- FUMAROLI, Marc. *L'âge de l'éloquence. Rhétorique et “res literaria” de la Renaissance à seuil de l'époque classique*. Genève/Paris: Droz, 1980. Impreso.
- GARCÍA LÓPEZ, Jorge. Ed. Diego de Saavedra. *República literaria*. Barcelona: Crítica, 2006. Impreso.
- , “Reflexiones en torno al estilo lacónico: historia y variaciones”. *La poética barroca a Europa. Un nou sistema epistemològic i estètic*. Ed. Josep Solervicens. Barcelona: Punctum and Mimesis, 2009. 121-47. Impreso.
- , “El nacimiento de Berganza y los podridos del Hospital: una lectura de *El coloquio de los perros*”. *Estudios sobre Quevedo y la sátira en el siglo XVII*. Eds. Carlos Vaíllo y Ramón Valdés. Barcelona: PPU, 2012. 23-47. Impreso.
- , “Philippe de Commines en España: materiales para un estudio”. *Boletín de la Real Academia Española* 93 (2013): 45-67. Impreso.
- , “Corrientes intelectuales del siglo XVI”. *Historia de la Literatura Española. 2. La conquista del clasicismo (1500-1598)*. Jorge García López, Eugenia Fosalba y Gonzalo Pontón. Barcelona: Crítica, 2013. 15-99. Impreso.
- , “El laconismo en los prólogos del siglo XVII”. “*De brevitare optimus sermo qui brevissimus*”: *Estudios sobre prosa lacónica*. Coord. Enric Mallorquí-Ruscalleda. Editor ad hoc: Sònia Boadas Cabarrocas. *Revista Internacional d'Humanitats* 30 (2014): 79-88. Impreso.
- , “Brujería y literatura en *El coloquio de los perros*”. *Los malos saberes*. Coords. Mechthild Albert & Folke Gernert. Toulouse: Presses Universitaires du Midi, 2015. Impreso.
- GERLO, Alois. Ed., *Juste Lipse (1547-1606)*. Bruxelles: Université Libre de Bruxelles, 1988. Impreso.
- HIRAI, Hiro, y Jan PAPY. Eds. *Justus Lipsius and Natural Philosophy*. Brussels: Royal Academy of Belgium, 2011. Impreso.

- JEHASSE, Jean. *La Renaissance de la critique. L'essor de l'Humanisme érudit de 1560 à 1614*. Sainte-Etienne: Université Saint-Etienne, 1974. Impreso.
- LAGRÉE, Jacqueline. *Juste Lipse et la restauration du stoïcisme*. Paris: Vrin, 1994. Impreso.
- MAÑAS NÚÑEZ, Manuel. Ed. Erasmo de Rotterdam. *El ciceroniano*. Madrid: Akal, 2009. Impreso.
- MARTÍN BAÑOS, Pedro. *El arte epistolar en el renacimiento europeo 1400-1600*. Bilbao: Universidad de Deusto, 2005. Impreso.
- MATHEEUSSEN, Constantinus, y Christiaan Lamberg HEESAKKERS. *Two Neo-Latin Menippean Satires*. Leiden: Brill, 1980. Impreso.
- MORFORD, Mark. *Stoics and Neostoics. Rubens and the Circle of Lipsius*. Princeton: Princeton UP, 1991. Impreso.
- MOUCHEL, Christian. *Cicéron et Sénèque dans la retorique de la Renaissance*. Marburg, Hitzeroth, 1990. Impreso.
- , Ed. *Juste Lipse et son temps (1547-1606)*. Paris: H. Champion, 1996.
- NÚÑEZ GONZÁLEZ, Juan María. *El ciceronianismo en España*. Valladolid: Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Valladolid, 1993. Impreso.
- OROZ, José. Ed. Pedro de Valencia, *Academica*. Badajoz: Diputación, 1987. Impreso.
- PEÑA ECHEVARRÍA, Javier y Modesto Santos López. Eds. Justo Lipsio. *Políticas*. Madrid: Tecnos, 1997. Impreso.
- RABADE, Sergio, José María ARTOLA y Manuel Francisco PÉREZ, eds., Francisco Sánchez, *Quod nihil scitur*, CSIC, Madrid, 1984.

Criterios de edición

Enric Mallorquí Ruscalleda
Delia Macías Fuentes

En el año 2016, como anejo 5 de la revista *e-Humanista*, vio la luz la que por entonces fue la primera traducción a una lengua romance de uno de los textos fundamentales del humanismo europeo, la *Epistolica institutio* de Justo Lipsio, publicada en 1591 en Leiden, en la imprenta que Plantino tenía en esa ciudad, de la cual estaba encargado su yerno Francis Raphelengius. Aquella primera edición iba acompañada de un prólogo de Lía Schwartz, tristemente fallecida el pasado 31 de mayo de 2020, y de una introducción a cargo de Jorge García López, de la Universidad de Girona, que fue quien me dio a conocer este texto de Lipsio y me indicó la necesidad de traducirlo.

En este año 2024 aparece como monografía de la prestigiosa revista *Studia Aurea* la segunda edición de aquel trabajo con algunas novedades importantes. De entrada, hemos contado con la colaboración de una investigadora española, experta en humanismo neolatino, Delia Macías Fuentes, de la Universidad de Málaga. En esta nueva edición, hemos optado por transcribir el texto latino a partir de la edición de 1605, publicada en Amberes, en la imprenta de Plantino, que por entonces estaba a cargo de su otro yerno Jan Moretus, edición que fue la última publicada en vida de Lipsio y que no presenta apenas diferencias con la original de 1591. Asimismo, como ya se hiciera en la primera, hemos tenido presente la excelente edición bilingüe de Young y Hester (1996), que nos ha sido de gran ayuda por la información que ofrece en su magnífica introducción y en sus notas, aunque en el establecimiento del texto latino hemos aplicado criterios diferentes, como luego detallaremos. Al texto latino le hemos añadido el aparato de fuentes, que en la primera edición iba entre las notas de la traducción española, y en esta segunda hemos optado por poner el texto latino y la traducción española *a fronte*, como es de rigor en las ediciones bilingües al uso. En nuestra edición del texto latino hemos incluido junto al aparato de fuentes varias anotaciones que en el texto de Lipsio se ofrecían como notas al margen, algo que faltaba en nuestra primera edición.

Otra de las grandes novedades de esta segunda edición es la inclusión de una segunda traducción, en este caso al inglés, del texto de Lipsio. Tanto la traduc-

ción española como la inglesa han intentado ser respetuosas con el original latino, ofreciendo al mismo tiempo un texto claro y asequible para un lector contemporáneo, no necesariamente especialista en el tema.

Tanto la versión española como inglesa llevan un importante aparato de notas, muchas de las cuales no figuraban en nuestra primera edición. También se ha añadido un índice de nombres propios y de fuentes, ausente en nuestra primera edición de la *Epistolica*.

Respecto a la edición del texto latino, hemos intentado ante todo respetar el *usus scribendi* del autor, sin renunciar a la necesaria “modernización” del texto original en aras de su legibilidad. En este sentido, hemos optado por eliminar la diferencia entre la *i* vocálica y la *j* semiconsonántica del original, transcribiendo ambas como *i*. De otro lado, hemos optado por representar la *u* semiconsonante como *u* y no como *v* cuando se trata de palabras en minúscula, manteniendo la *V* en el caso de *u* mayúscula, tal como viene siendo práctica habitual en la edición de los textos latinos. La modernización del texto afecta también a la eliminación de la mayúscula inicial de muchas palabras que en el original se escribían así para resaltarlas. En lo referente a los signos de puntuación, hemos procedido a eliminar el punto seguido de minúscula, y en ocasiones de mayúscula, del original para convertirlo normalmente en una coma. Asimismo, muchos de los dos puntos del original los hemos convertido en punto y coma y, a veces, en simples comas. Se han desarrollado las abreviaturas de las consonantes nasales oclusivas. La nota tironiana (Ϸ) copulativa se transcribe como *et*. La *s* alta se transcribe por *s* normal. Asimismo, hemos optado por eliminar los textos en versalita del original, utilizados para destacar definiciones, y pasarlos a cursiva.

En lo relativo al *usus scribendi*, hemos mantenido aquellas palabras que presentan grafías que, sin ser las más habituales en latín clásico, Lipsio las usa con frecuencia, por lo que son características suyas, como *haue*, *caussa*, *fraenum*, *quotidie*, *sollennis*, *sollennia*, *paullo*, *paullatim*, *paullisper*, *inprimis*, *oportunitas*, *imo* y *quicquid*. Hemos corregido como errata la palabra *epitheta* (cap. III), que Lipsio transcribe como *epitetha*, y el término *interdum* (cap. III), que en el texto de Lipsio aparece como *intedum*.

Bibliografía¹

- CROLL, Morris W. *Style, Rhetoric and Rhythm*, ed. J. M. Patrick *et alia*. Princeton: Princeton UP, 1966.
- DELLANEVA, JoAnn. *Ciceronian Controversies*. Harvard UP, 2007.
- NÚÑEZ GONZÁLEZ, Juan María. “Ciceronianismo y latín renacentista”, *Minerva: Revista de filología clásica*, 5 (1991): 229-58
- SCOTT, Izora. *Controversies over the Imitation of Cicero As a Model for Style and Some Phrases of Their Influence on the Schools of the Renaissance*. New York: New York Teachers College, Columbia UP, 1910.
- YOUNG, R. V., y M. Thomas HESTER. Justus Lipsius, *Principles of Letter Writing*. Carbondale and Edwardsville, Southern Illinois University Press, 1996.

1. La bibliografía aquí recogida incluye algunos trabajos mencionados en las notas a las traducciones española e inglesa.

IUSTI LIPSI
EPISTOLICA
INSTITVTIO,

Excepta è dictantis eius ore, Anno ∞. Io.
LXXVII, mense Iunio.

*Adiunctum est Demetrii Phalerici eiusdem
argumenti scriptum.*

EDITIO VLTIMA.



ANTVERPIÆ,
EX OFFICINA PLANTINIANA,
Apud Viduam & Filios Ioannis Moreti.

CLD. MDG. XIV.

*Cum Priuilegijs Casaræo & ducum Regum
& Principum Belgarum.*

Justo Lipsio.
Tratado sobre cómo escribir cartas.
Edición crítica, traducción anotada

Justus Lipsius
Francisco Raphelengo suo S. D.

Quando ita uis, fiat. Ede libellum, potius quam ut alius alibi eum edat: quod ais te comperisse. Ego tamen non in hanc spem genui: et scis extemporali cura fere ante annos quattuor dictata haec nobis, idque in usum captumque saltem iuuentutis. Iis ipsis multa utiliter tunc interfati sumus aut miscuimus, quae hic non habes, illustrandae scilicet rei aut firmandae. Nam haec breuia, quae tamen ipsa quoniam usui etiam aliis esse posse, tu aliique censent: age, non inuideo, communica. Sed hac lege, ut omnes sciant, discentibus, non doctis; iuuenibus, non adultis, haec a nobis scripta: nec umquam edendi isto fine. Nam haec talia seruabamus dialogis *De instituenda iuuentute*. Sed, ut initio dixi, quoniam uis, fiat: et tu in aliis mage seriis Plantinianum nomen famamque propaga. Vale. V. Kal. Nouembr. MDXC.

Justo Lipsio envía saludos a su querido Frans van Ravelingen¹

Debido a que tú lo deseas así, así sea. Publica el librito antes que otro lo haga en otro lugar —afirmas que tú lo has descubierto—. Sin embargo, yo no lo produje con esta intención. Como sabes, enseñé estas cosas hace unos cuatro años de modo improvisado. Iban destinadas a la práctica de los estudiantes, de acuerdo con sus capacidades. Por aquel entonces hice para ellos muchas digresiones útiles, a veces mezcladas con otros temas particulares, que aquí no tienes para el propósito de ilustrar o consolidar el argumento. Por lo que a estos resúmenes se refiere, viendo que tanto tú como otros juzgan que podrían ser de utilidad para alguien, ¡venga, no me parece mal, compártelos! Sin embargo, haz saber a todo el mundo que los escribí para estudiantes, y no para el que ya sabe; es decir, para los jóvenes y no para los adultos; ni nunca con la finalidad de publicarlos. De hecho, estaba guardando este material para publicar algunos diálogos *Sobre la instrucción de la juventud*. Pero como ya te dije al principio, publícalo si este es tu deseo. Y tú propaga el nombre y la fama de Plantino² en otros escritos más serios. Saludos. A 28 de octubre de 1590.

1. Impresor y librero holandés (Leiden, 27/2/1539-20/7/1597), fundador de toda una dinastía de impresores y yerno del gran impresor flamenco Cristóbal Plantino, fue titular de la cátedra de hebreo en Leiden desde 1587, además de poseer conocimientos de árabe y persa. Redactó el que pasa por ser el primer diccionario de árabe propiamente dicho: el *Lexicon Arabicum* (Leiden 1613). La primera edición de la *Epistolica institutio* fue publicada en la imprenta de Ravelingen en Leiden en 1591.

2. Cristóbal Plantino (St. Avertin ca. 1520-Amberes 1589), fue un famoso impresor y librero flamenco, cuya imprenta estaba ubicada en Amberes. Yernos suyos fueron otros dos grandes impresores, Ravelingen y Jan Moretus. Por privilegio real de Felipe II, tuvo el monopolio de la impresión de los textos religiosos publicados en los dominios regios. Entre sus trabajos más recordados se cuenta la *Biblia Políglota Regia* en colaboración con Arias Montano.

IVSTI LIPSI EPISTOLICA INSTITVTIO

Capvt I

De nominibus uariis epistolae: et de forma apud ueteres

Epistola qui recte et laudabiliter scribatur, praecire mihi propositum iuuentuti. Sed compendio: ad usum, non ad speciem; nec ut omnia quae ad rem, sed quae in rem maxime, dicam.

Epistolae Graecanicum nomen est, ἀπὸ τοῦ ἐπιστέλλειν, quasi *missoriam* dicas: (Isidorus interpretatur *missam*)¹ sed in ueteri tamen Latinorum usu; et Plautus aliquoties usurpat, et Afranius comoediam etiam quampiam, *epistolam* inscripsit. V media Politianus et nonnemo hodie scribunt, freti auctoritate librorum et lapidum, in quibus crebro sic reperias: sed, nisi fallor, numquam ante Vespasiani aeuum. Et per *O* sane rectius scripseris magisque ἀναλόγως.

Aliis etiam nominibus prisci appellauere, *litteras, tabulas, tabellas, codicillos*. Litteras (poetae etiam *litteram*) ob eminentiam, et quia hoc genus creberrimi inter litteras omnes usus. Tabulas, tabellas, codicillos a materie; quia *ante chartae et membranarum usum* (Isidori uerba cito) *in dolatis ex ligno codicellis epistolarum colloquia scribebantur. Vnde et portatores earum tabellarios uocauerunt.*² Quae transcripta moneo ex Hieronymi epist. XLII.³

1. Isid., *Orig.* 6, 8, 17: *Epistolam proprie Graeci uocant, quod interpretatur Latine missa.* 2. Isid., *Orig.* 6, 8, 18: *ante chartae et membranarum usum in dolatis tabulis non solum testamenta, sed etiam epistolarum colloquia scribebantur; unde et portitores earum tabellarii uocabantur.* 3. Hier., *Epist.* 8, 54, 31: *ante chartae et membranarum usum aut in dedolatis ex ligno codicellis aut in corticibus arborum mutua epistularum adloquia missitabant; unde et portitores earum tabellarios et scriptores a libris arborum librarios uocauere.*

JUSTO LIPSIO, *TRATADO SOBRE CÓMO ESCRIBIR CARTAS*

Capítulo I

De los diversos nombres y de la forma que la carta recibió entre los antiguos

Mi objetivo es presentar a los estudiantes que una carta se puede escribir de una forma correcta y admirable. Pero seré breve: hablaré en términos prácticos y no teóricos, y no diré todo sobre el tema, sino lo más importante.

El término *epistola* procede del griego ἀπὸ τοῦ ἐπιστέλλειν [enviar] —como si dijeras *missoria* (Isidoro lo traduce *missa* [misiva])—,³ no obstante, ya aparece empleado por los antiguos latinos. Plauto lo utiliza en unas cuantas ocasiones y Afranio incluso tituló una de sus comedias *Epistolam* [*La carta*].⁴ Basándose en la autoridad de los libros y de las lápidas, en las cuales muy a menudo se encuentra escrito de esta forma, Poliziano y muchos otros lo escriben en la actualidad con una *u* en medio [*epistula*]; sin embargo, si no me equivoco, nunca se escribió de esta forma antes de la época de Vespasiano. Y, sin lugar a dudas, mucho más correcta es la forma análoga con *o*.

Entre los antiguos existían también otros nombres: *litteras*, *tabulas*, *tabellas* y *codicillos*. Usaban *litterae* (los poetas también utilizaban la forma singular *littera*) a causa de su preeminencia, y porque todos utilizaron con frecuencia este tipo en sus cartas. *Tabulae*, *tabellae* y *codicilli* recibían esta designación a causa de sus características físicas, debido a que “antes del uso del papiro y el pergamino” (cito las palabras de Isidoro) “los contenidos de las cartas se escribían en tablillas pulidas de madera”. Por esta razón los mensajeros se llamaron *tabellarii*. Te recuerdo que esta explicación está citada en la *Epistola* 42 de Jerónimo.⁵

3. En el texto original de Lipsio se incluye en el margen como referencia a esta y a otra cita de Isidoro situada algo más abajo el libro 7 de las *Etimologías*, cuando en realidad es el 6. El hecho de que esta errata aparezca en todas las reimpresiones que del libro se hicieron en vida del autor demostraría que estas no fueron supervisadas por Lipsio.

4. Lucio Afranio, comediógrafo, célebre autor de fábula togata, vivió durante el s. II a. C. y fue contemporáneo de Accio. Su obra se ha conservado de forma muy fragmentaria: Fragmentos de *Togatae*, ed. Ribbeck, SRPF II, pp. 193-266.

5. En este caso parece que Lipsio cita de memoria, porque en realidad se trata de la carta 54.

Festus eidem rei: *Tabellis, inquit, pro chartis utebantur antiqui; quibus ultro citroque certiores absentes faciebant: unde adhuc tabellarii dicuntur; et tabellae misae ab imperatoribus.*¹ Inde Plautus epistolam circumscribens Pseudolo:

*Per ceram et lignum, inquit, litterasque interpretes.*²

Et paullo post:

*Pro lignea salute uis argenteam remittere illi?*³

Eiusmodi tabulae Homero etiam notae: apud quem Proetus litteras Bellerophonti tradit scriptas ἐν πίνακι πτυκτῷ, *in tabella plicata*.⁴ Fieri solitae inducta cera, e fago, abiete, buxo, tilia siue phylira, acere, citro, ebore. Quae omnia exemplis firmare non hic locus. Vsi tamen et charta ad hanc rem: idque ex Martialis lemmate facile colligas, *Chartae epistolares*.⁵ Quod nomen hodieque epistolae tribuunt Hispani.

Sed siue tabella, siue charta, paullo alia tamen eius quam hodie forma. Pagellae enim erant, et species minuti libelli. Hinc Ciceronis illa capies: *Extrema pagella pupugit me tuo chirographo*.⁶ Et, *Altera iam pagella procedit*.⁷ Excipio, quod publicas litteras ad S.P.Q. grandiore forma, et transuersa charta scribebant, scilicet quasi historias. Suetonii haec mens in Iulio: *Primus epistolas ad Senatum, ad paginas et formam memorialis libelli conuertisse fertur, cum antea coss. ac duces non nisi transuersa charta mitterent*.⁸ Cui Isidorus dat lucem: *Quaedam nomina librorum apud gentiles certis modulis conficiebantur: breuiore forma, carmina atque epistolae; at uero historiae maiore modulo scribebantur*.⁹ Et hinc Senecam explico: *Epistola non debet sinistram manum legentis implere*.¹⁰ Quod scilicet referendum ad angustias et minutam libelli formam.

1. Fest. 490, 37-492, 3. **2.** Plaut., *Pseud.* 42. **3.** Plaut., *Pseud.* 47. **4.** Hom., *Il.* 6, 169: γράψας ἐν πίνακι πτυκτῷ θυμοφθόρα πολλά. **5.** Mart., *Epigr.* 14, 11: *Chartae epistolares / Seu leuiter noto seu caro missa sodali / omnes ista solet charta uocare suos*. **6.** Cic., *Fam.* 2, 13, 3 (*Ad Caelium*). **7.** Cic., *Fam.* 11, 25, 2 (*Ad D. Brutum*). **8.** Suet., *Iul.* 56, 6: *epistolulae quoque eius ad senatum extant, quas primum uidetur ad paginas et formam memorialis libelli conuertisse, cum antea consules et duces non nisi transuersa charta scriptas mitterent*. **9.** Isid., *Orig.* 6, 12, 1. **10.** Sen., *Epist.* 45, 13: *Sed ne epistulae modum excedam, quae non debet sinistram manum legentis implere*.

Sobre el mismo tema Festo⁶ dice que “los antiguos utilizaron pequeñas tablillas de madera [*tabellis*] en lugar de papiro [*chartis*] con las que acercaban a los ausentes de aquí y de allá. De ahí que aún se denominen *tabellarii* y *tabellae* las enviadas por los emperadores”. Es por ello que Plauto, en *Pseudolus*, al definir una carta, dice que “por la mediación de cera y madera y letras”. Y, un poco después, añade: “¿A cambio de un saludo de madera quieres uno de plata?” Se conocen tablillas de este mismo tipo incluso en la obra de Homero, en la que Preto confía una carta a Belerofonte escrita “en una tablilla plegada”. Eran generalmente tablillas cubiertas de cera, en haya, abeto, boj, corteza de tilo, arce, cidro o marfil. (No hay espacio aquí para confirmarlos todos ellos con ejemplos). Se usó también el papiro [*charta*] para este fin, y, posiblemente, lo puedes deducir fácilmente a partir del título del epigrama de Marcial titulado *Chartae epistolares*. En la actualidad los españoles dan este nombre a las cartas.

Pero tanto si es *tabella* como si es *charta*, su forma difiere poco de la actual, ya que eran páginas que tenían la apariencia de un libro pequeño. Entenderás las siguientes palabras de Cicerón: “La última paginilla de tu manuscrito me noqueó”. Y, “ya se pasa otra pequeña página”.⁷ Hago una excepción con las cartas públicas al Senado y al Pueblo, ya que se escribían de una forma más amplia y con hojas de pergamino escritas de un lado a otro, como si fueran historias. Ese es el criterio de Suetonio, cuando en *Julio* escribe: “Se dice que fue el primero que convirtió las cartas al Senado en páginas con formato de pequeña libreta, mientras que, anteriormente, los cónsules y los generales enviaban solamente hojas escritas de lado a lado”.⁸ Isidoro iluminó un poco este aspecto: “ciertos nombres de los libros fueron establecidos entre los paganos de acuerdo con su extensión: si eran breves *carmina* [poemas] y *epistolae* [cartas]; en cambio, con mayor extensión se redactaban Historias, ya que éstas fueron, ciertamente, escritas a mucha mayor escala”. Como corolario explico a Séneca, para quien: “una carta no debería ser más grande que la mano izquierda de un lector”. Este comentario se refiere seguramente al escaso grosor y tamaño del libro pequeño.

6. Sexto Pompeyo Festo fue un gramático romano del s. II d. C., autor de un “epítome” en 20 volúmenes, *De significatione uerborum*, de una obra aún más amplia, *De uerborum significatione*, de Marco Verrio Flaco, que no hemos conservado, pero que debía consistir en una enciclopedia con temas muy diversos. A su vez, la obra de Festo, que solo nos ha llegado de manera fragmentaria, fue resumida por Paulo Diácono.

7. En el original de Lipsio se incluye una nota al margen que remite esta cita al libro segundo, carta 25 de las *Epistulae Familiares* de Cicerón (dedicada a Bruto). En las ediciones modernas la cita correcta es *Fam.* 11, 25.

8. Suet., *Iul.* 52, 6. No hay unanimidad en el sentido que parece darle Lipsio a este pasaje. Más bien, como por ejemplo refleja Bassols en su traducción (Barcelona: CSIC, 1964), puede referirse a la división en columnas: “[...] él fue el primero que las distribuyó en columnas a la manera de los memoriales, en cambio antes los cónsules y generales las enviaban escritas de arriba abajo de la hoja”.

Capvt II

Quid sit epistola, et quae eius partes

Definio autem epistolam: *scriptum animi nuntium ad absentes, aut quasi absentes*. Animi nuntium dixi: quia finis epistolae duplex; aut affectui testando, aut rei significandae. Illum, ingerit Ambrosius ad Sabinum: *Epistolarum usus est (inquit) ut disiuncti locorum interuallis, adfectu adhaereamus*.¹ Hunc alterum, Cicero ad Curionem: *Hac causa inuenta res ipsa est, ut certiores faceremus absentes, si quid esset quod eos scire, aut nostra aut ipsorum interesset*.² Et ante eum Turpilius: *Sola res est * quae homines absentes, praesentes facit*.³

Recte igitur dixi, *absentes*. Sed addidi etiam *quasi absentes*: quod interdum ea usurpata ad praesentes. Ita Augustus *sermones grauiiores cum Liuia sua non nisi in scriptis et e libello habebat*.⁴ Et idem Iuliam suam in amphitheatro *admonuit scripto*.⁵ Quin mos ille sub Tiberio principe *etiam praesentem scripto adire*.⁶ Quem originem sumpsisse a Iulio Caesare ex Plutarcho colligas: qui *primus (inquit) rationem repperit amicos per litteras conueniendi, cum coram agendi nec occupationes nec magnitudo urbis semper occasionem daret*.⁷ Atque id genus proprie codicillos appellabant. Senecae ea mens epist. LVI. *Video te mi Lucili cum maxime, audio. Adeo tecum sum, ut dubitem an incipiam non epistolas, sed codicillos tibi scribere*.⁸ Haec definitio epistolae. Ex qua partes praecipuas duas facio: materiam et sermonem.

1. Ambr., *Epist.* 7, 37, 4: *interludamus epistulis, quarum eiusmodi usus est, ut disiuncti locorum interuallis affectu adhaereamus*. 2. Cic., *Fam.* 2, 4, 1 (*Ad Curionem*): *cuius causa inuenta res ipsa est, ut certiores faceremus absentes si quid esset quod eos scire aut nostra aut ipsorum interesset*. 3. Hier., *Epist.* 8, 54, 31: *'sola', inquit, 'res est, quae homines absentes praesentes faciat*. 4. Suet., *Aug.* 84, 2: *sermones quoque cum singulis atque etiam cum Liuia sua grauiiores non nisi scriptos et e libello habebat, ne plus minusue loqueretur ex tempore*. 5. Macr., *Sat.* 2, 5, 6: *auerterant in se populum in spectaculo gladiatorum Liuia et Iulia comitatus dissimilitudine: quippe cingentibus Liuiam grauibus uiris, haec iuuentutis et quidem luxuriosae grege circumsedebatur. Admonuit pater scripto*. 6. Tac., *Ann.* 4, 39, 1: *moris quippe tum erat quamquam praesentem scripto adire*. 7. Plu., *Caes.* 17, 5: λέγεται δὲ καὶ τὸ διὰ γραμμάτων τοῖς φίλοις ὀμιλεῖν Καίσαρα πρῶτον μηχανήσασθαι, τὴν κατὰ πρόσωπον ἔντευξιν ὑπὲρ τῶν ἐπειγόντων τοῦ καιροῦ διὰ τε πλήθος ἀσχολιῶν καὶ τῆς πόλεως τὸ μέγεθος μὴ περιμένοντος. 8. Sen., *Epist.* 55, 11.

* *In marg.*: Velim transponi, ut fiat Trochaïcus: *homines absentes quae praesentes*.

Capítulo II

¿Qué es una carta y cuáles son sus partes?

Ahora abordaré la definición de una carta: *Un mensaje de la mente destinado a alguien que está ausente o considerado como ausente*. He dicho “mensaje de la mente” porque el objetivo de una carta es doble: sirve tanto para demostrar un sentimiento como para traer a colación un tema. En este sentido, Ambrosio advierte de la primera idea a Sabino cuando dice: “El uso de las cartas es el de unirnos afectuosamente mientras estamos separados por la distancia”. Cicerón menciona la segunda idea a Curión cuando afirma: “[El escribir cartas] fue creado por esta misma razón, para que informáramos a aquellos que están ausentes de cualquier cosa que deberían saber, de interés ya sea para nosotros o para ellos mismos”. Y, antes de Cicerón, tenemos este comentario de Turpilio: “[La carta] es la única cosa que hace presente al ausente”.⁹ Por tanto, he dicho correctamente “a alguien que está ausente;” pero también he añadido: “considerado como si estuviera ausente”, en la medida en que las cartas a veces se emplean para aquellos que están presentes. Así, por ejemplo, Augusto “solía mantener las conversaciones más importantes con su mujer, Livia, a través de la escritura en un cuaderno de notas”. Y de la misma manera “amonestaba por escrito” a su hija Julia en el anfiteatro. De hecho, bajo el mandato del emperador Tiberio era habitual “dirigírsele por escrito, incluso cuando estaba presente”. Como tú debes haber leído en Plutarco, esta costumbre empezó con Julio César, quien fue “el primero en establecer el procedimiento de hacer consultas con sus amigos a través de cartas, especialmente cuando sus asuntos o el tamaño de la ciudad no le permitían estar personalmente presente en las reuniones”.¹⁰ A este tipo de carta se le llama apropiadamente *codicelli* [*memoranda*]. La noción aparece en la epístola 56 de Séneca:¹¹ “Te veo, mi querido Lucilio; además, te oigo. De verdad, estoy tanto contigo que me pregunto si debería escribirte memoranda en lugar de cartas”. Esta es la definición de una carta. Distingo sus dos partes principales como contenido y estilo.

9. Hier., *Epist.* 8 - *Turpil. ex incertis fabulis frag.* I Rychlewska. En el texto original de Lipsio, en nota al margen se remite a la carta 42. Sexto Turpilio (autor del s. II a.C.) fue un comediógrafo romano, autor de comedias paliatas. Volcacio Sedígito, una especie de crítico literario, lo consideraba superior a Terencio. Conservamos fragmentos y el título en griego de unas trece comedias, cuyo modelo principal parece que fue Menandro. Asimismo, Lipsio incluye la siguiente nota marginal: “Me gustaría transponerla de forma que [el metro] sea trocaico: *homines absentes quae praesentes*” (“que a los hombres ausentes [hace] presentes”).

10. Lipsio da el texto de la cita de Plu., *Caes.* 17, 5 en latín en vez de en griego, lo cual significa que debió manejar algunas de las traducciones latinas de las *Vidas paralelas* que aparecieron durante el xv y el xvi, salvo que se encargara él mismo de traducirlo al latín.

11. En realidad, se trata de la carta 55, por lo que estamos ante otro error de Lipsio al citar un texto clásico.

Capvt III

Materies definita, diuisa et de praemissis epistolae

Materiem dico rem quae subiecta scriptioni. Ea duplex, sollennis et uarians. Sollennis, quae in omni epistola, eadem aut paene eadem, et quasi ex formula recurrit. Qualia sunt, praeloquium et clausula. Praeloquium intellego, quod ex ritu praemittitur: ut nomina et salus. In nominibus olim receptum, ut in ipsa fronte epistolae bina semper ponerent, suum et alienum; illo praeposito, etiam ad digniorem. Cum caussa, quoniam prima legentis cogitatio et desiderium est scire a quo missa. Etiam hoc seruatum, ut nomina nuda, nec blandientia aut laudantia uerba, sibi alteriue tribuerent. Excipio, siquis in imperio aut magistratu. Tum enim uerbo additum, P. Seruilius Rullus Trib. pl. x. uir Cneo Pompeio proconsuli. At epitheta nulla: nisi ad unice caros aut domesticos. Quos interdum humanissimos, optimos, suauissimos, suas animas appellabant, et receptissimo uerbo, suos. Quod postremum interdum etiam ad leuiter notos usurpabant. Vt apud Liuium: Praetores Syracusani Marcello Suo.¹ Prisci interdum: sed labens aetas passim et omnibus dedit. Adeo ut imperatorem ipsum sane quam familiariter suum salutet Plinius in magni operis praefatione. Ab hac mente Martialis:

*Seu leuiter noto, seu caro missa sodali,
Omnes ista solet charta uocare suos.²*

1. Liv. 24, 31, 6: praetores Syracusani consuli Marcello. 2. Mart., Epigr. 14, 11.

Capítulo III

Contenido definido y dividido; sobre los prolegómenos de la carta

Lo que llamo *contenido* es el asunto, el cual es el tema de la escritura. Tiene dos elementos, el convencional y el variable. El convencional es *lo que es igual, o casi igual, en cada carta y se repite como si de una fórmula se tratara*. Es así para los prolegómenos y la conclusión. Entiendo por prolegómenos *lo que por regla general se escribe primero*, tal como los nombres y los saludos. Antiguamente, era costumbre poner ambos nombres, el del remitente y del destinatario, en la parte exterior de la carta. El remitente venía primero, incluso si se escribía la carta para alguien de más importancia. Ello se debe a que la primera preocupación del destinatario es saber quién envía la carta. También era habitual permitir sólo los nombres sencillos sin labia y sin halagos, tanto por parte del remitente como del destinatario. Sin embargo, anoto una excepción para cualquier persona con autoridad o con un alto cargo. En ese caso se añadía el siguiente título: “P. Servilio Rulo,¹² tribuno de la plebe, el hombre, para Cneo Pompeyo, procónsul”. Tampoco se utilizaban epítetos, excepto para las personas que eran excepcionalmente queridas o conocidas, a los cuales se les podía llamar “mi más distinguido”, “mi más noble”, “mi más cortés”, “sus propias almas,”; el término más frecuente era “sus propios”. Este último término a veces se utilizaba incluso para alguien poco conocido, como aparece en Livio: “Los jefes de Siracusa a su propio Marcelo”. Ocasionalmente, los antiguos hacían esto, pero ya en el periodo de decadencia se confería este término a cualquier persona y en cualquier lugar, hasta tal punto que Plinio, en el prólogo de su gran trabajo, saludaba al mismo emperador familiarmente utilizando “su propio”. Como reacción a esta actitud, Marcial escribe:

tanto si va destinada a alguien querido como poco conocido, una carta aún llama a todos “su amigo”.

12. Publio Servilio Rulo fue tribuno de la plebe en el 63 a.C. Se enfrentó con Cicerón a cuenta de una propuesta de ley que presentó para repartir el *ager publicus* de la Campania entre ciudadanos y veteranos del ejército. Cicerón se opuso a través de sus discursos *De lege agraria*, pronunciados en el Senado, consiguiendo la retirada final del proyecto de ley.

Et in Plinii Iunioris epistolis uix aliter legas: sicut et Pandectarum aliquot locis. Olim ista: ego hodie temperem ad usum nostri aeu; et alieno ingenio interdum seruuiam potius quam meo. Ad doctos, probos, simplices simplicia haec seruem: ad magnates aliter; nec temere nomen meum praeposuerim, et appellandi formula potius scripserim, *Maxime Rex, Illustrissime Princeps, Amplissime Domine*, etc. Misera ostentatio scientiae, quae risum aut offensam debet; utique in epistola, quae tum demum recte scripta, cum uidetur illi cui scripta.

At de salute, clarum est olim eam post ipsa nomina adiectam: haud dubie ex colloquiorum more, quo in occurso statim salutamus. Graecis simile: quibus χαίρειν precari in usu fuit, aut εὖ διάγειν, quae Epicuri salutatio; aut εὖ πράττειν, quod disputatiuncula quadam praefert Plato ad Dionysium.¹ Horatius, non praeter solitum Graecus, expressit ista:

*Celso gaudere et bene rem gerere Albinouano
Musa rogata refer.*²

Omittebant haec interdum, et praesertim reges, quasi per maiestatem. Plutarchus notat, *Alexandrum, uicto Dario, abstulisse ab epistolis, τὸ χαίρειν (illud saluere) exceptis quas Phocioni scribebat. Quem unum, sicut Antipatrum, compellabat post salutem dictam.*³ Pertinere etiam ad praeloquium uideatur uetus ordiendi formula, S.V.B.E.E.V. Quae in priuatis litteris frequens; in publicis perpetua, etiam posteriore aeuo. Concipi solet et his notis: S.V.G.E.V., id est, *Si uales, gaudeo, ego ualeo*. Quae apud Oppium de bello Hispaniensi lectae, frustra turbant, et ad mutandum impellunt eruditos.

1. Cf. Diog. Laert. 3, 61: Ἐπιστολαὶ τρεῖσκαίδεκα, ἡθικαὶ — ἐν αἷς ἔγραφεν εὖ πράττειν, Ἐπίκουρος δὲ εὖ διάγειν, Κλέων χαίρειν— πρὸς Ἀριστόδορον μία, πρὸς Ἀρχύταν δύο, πρὸς Διονύσιον τέτταρες, πρὸς Ἑρμίαν καὶ Ἑραστον καὶ Κορίσκον μία, πρὸς Λεωδάμαντα μία, πρὸς Δίωνα μία, πρὸς Περδίκκαν μία, πρὸς τοὺς Δίωνος οἰκείους δύο. Καὶ οὗτος μὲν οὕτω διαφεῖ καὶ τινες. Ἔνιοι δέ, ὧν ἔστι καὶ Ἀριστοφάνης ὁ γραμματικὸς, εἰς τριλογίᾳς ἔλκουσι τοὺς διαλόγους, καὶ πρώτην μὲν τιθέασιν ἥς ἡγεῖται Πολιτεία Τιμαῖος Κριτίας. 2. Hor., *Epist.* 1, 8, 1-2. 3. Plu., *Phoc.* 17, 6: ὡς μέγας γενόμενος καὶ Δαρείου κρατήσας ἀφέιλε τῶν ἐπιστολῶν τὸ χαίρειν πλὴν ἐν ὄσας ἔγραφε Φωκίωνι: τοῦτον δὲ μόνον, ὥσπερ Ἀντίπατρον, μετὰ τοῦ χαίρειν προσηγόρουε.

Y en las cartas de Plinio el Joven, apenas se lee otra cosa. Lo mismo ocurre en varios pasajes de las *Pandectas*. Así eran las cosas antes. Hoy adaptaría su uso de acuerdo con nuestra época, y, a veces, me inclinaría a usar otra que no fuera la mía. Para los hombres eruditos, virtuosos y simples, me reservaría esta manera sencilla de dirigirme; con los grandes hombres lo haría de diferente manera. De ninguna forma me atrevería a poner mi propio nombre primero y después escribir, simplemente, según la fórmula correcta de dirigirse a alguien, “el Rey más grande”, “El Príncipe más ilustre”, “El Señor más poderoso”, etc. Tal cosa sería una demostración de erudición lamentable, que seguramente provocaría la risa u ofendería —al menos en una carta, la cual está escrita de forma correcta sólo cuando así se lo parece a aquel para quien va dirigida—.

En cuanto al saludo, está claro que antes se añadía inmediatamente después de los nombres mismos, sin lugar a dudas a la manera de las conversaciones, en las cuales uno saluda al otro de forma inmediata. Los griegos lo hacían de esta misma manera; ellos, para desear algo bueno a alguien, usaban las expresiones *que seas feliz* o *que estés bien*, la cual era la que Epicuro empleaba como saludo. También existía otra, *actúa bien*, que Platón la prefirió en un pequeño tratado a Dionisio. Horacio, no más griego que de costumbre, expresaba lo siguiente:

A Celso Albinovano, [le deseo] felicidad y éxito.
Satisface, ¡oh Musa!, mi petición.

A veces omitían estas cosas, especialmente los reyes, casi por dignidad. Plutarco señala que “con Darío conquistado, Alejandro quitó de sus cartas el término *saludos*, excepto en las que escribió a Foción, a quien sólo se dirigió, como Antípatro, después de un saludo”.¹³ La antigua fórmula con la que se empezaba de principio, S.V.B.E.E.V.,¹⁴ también parece pertenecer a los prolegómenos. Era frecuente en las cartas privadas; en las públicas era universal, incluso en una época más tardía. Por regla general, también se expresa con estos caracteres, S.V.G.E.V.; es decir, *Si uales, gaudeo, ego ualeo* [Si tú estás bien, me alegro, yo también estoy bien]. Esto, que se encuentra en *De bello Hispaniensi* [*La guerra de España*] de Opio,¹⁵ crea problemas del todo innecesarios a los eruditos, a la vez que les incita a hacer una enmienda.¹⁶

13. Lipsio da nuevamente el texto de la cita de Plutarco en latín.

14. Se trata de la fórmula epistolar *si uales, bene est, ego ualeo*, es decir, “si estás bien, bien está, yo estoy bien”.

15. Se trata de Gayo Opio, amigo de César, y a quien se ha atribuido la autoría del *Bellum Alexandrinum*, *Bellum Africum* y el *Bellum Hispaniense* junto con Hircio. Sobre la duda acerca de la autoría de estas tres obras menores del *Corpus Caesarianum*, cf. Suet., *Iul.* 56, 1, donde el biógrafo reconoce su ignorancia sobre el particular, lo cual demostraría que César no es su autor.

16. Lipsio critica la excesiva tendencia de los humanistas del xvi, editores de textos latinos, a enmendar los originales. Tanta importancia le dio a la cuestión que le dedicó su *Somnium*, con la cual recuperó el género de la sátira menipea antigua.

Capvt IV

De iis quae ad finem epistolae, itemque de signo

Ad clausulam uenio, quam appello *terminum epistolae et finem*. In ea haec quinque sollennia fere insunt: I. *Valedictio*, quae inserta pariter ex sermonis ritu, quo abeuntes alter alteri bene precamur. Expressa antiquis simplici uerbo *Vale*. Ouidius:

*Accipe, quo semper finitur epistola uerbo,
Atque meis distent ut tua fata, Vale.*¹

Interdum *Haue, Salue*: nec indecore cum adiectiuuncula *mi anime, mi suauissime*. Aut alio uerbo ad argumentum apto: *Vale et ueni, Vince et uale*. Interdum et uoto concepta: *Deum precor ut te seruet, consilia tua fortunet*, etc. Quae omnia cum iudicio imitanda aut immutanda pro re et persona. II. *Loci adiectio*, quae necessaria inter absentes, nisi si de eo plane constet. Itaque Ciceroni crebro ommissa; et in pari causa omittenda nobis. III. *Temporis*, in quo dies semper, annos plurimum, horas interdum notatas inuenies. IV. *Subscriptio*, quae priscis ignota, nisi forte in litteris ad imperatores; quibus subscriptum per speciem honoris et obsequii, *Deuotos se esse*.² Nos tamen usurpamus, nec damno apud grandes aut ignotos; apud familiares uacuum uideatur, imo uile. V. est *Superscriptio*, quae nobis inter legitima,* ueteribus raro fortasse usurpata. Dabant enim plerumque et mittebant per pueros suos aut tabellarios notos; nec aliud in exteriori epistola, quam signum et linum.

1. Ov., *Trist.* 5, 13, 33-34. 2. Suet., *Tib.* 32, 2: *Cum Rhodiorum magistratus, quod litteras publicas sine subscriptione ad se dederant, euocasset, ne uerbo quidem insectatus ac tantum modo iussos subscribere remisit.* D. C., *Hist. Rom.* 57, 11: *Τὸ τε σύμπαν τοσαύτην ἐπιείκειαν ἤσκει ὥστε, ἐπειδὴ ποτε οἱ Ῥοδίων ἄρχοντες ἐπιστειλαντές τι αὐτῷ οὐχ ὑπέγραψαν τῇ ἐπιστολῇ τοῦτο δὴ τὸ νομιζόμενον, εὐχὰς αὐτῷ ποιούμενοι, μετεπέμψατο μὲν σφας σπουδῆ ὡς καὶ κακόν τι δράσων, ἐλθόντας δὲ οὐδὲν δεινὸν εἰργάσατο, ἀλλ' ὑπογράψαντας τὸ ἐνδέον ἀπέπεμψε.*

* *In marg.*: Et priscis lapidd. D.N.M.Q.E. Id est, *Deuotus Numini Maiestatique eius*.

Capítulo IV

Sobre las partes finales de una carta, y también sobre el sello

Ahora hablaré de la *conclusión*, que es lo que yo llamo *el límite de una carta y su final*. Generalmente incluye estas cinco partes convencionales: I) la *ualedictio* [*despedida*], que es similar a lo ceremonioso de la conversación, cuando nos deseamos todo lo mejor en el momento de separarnos. Esta idea entre los antiguos se expresaba con una sola palabra: ¡*Adiós!* De ahí dice Ovidio:

Accepta la palabra con la que siempre acaba una carta:
“Adiós”. Y que tu destino sea diferente del mío.

A veces se añade *Aue* o *Salve* [*Buenos días*], y tampoco es impropio añadir algo como *mi vida* o *mi querido*. También se puede añadir otra palabra apropiada para la ocasión: *Adiós y vuelve*, o *Adiós y buena suerte*. A veces la despedida incluye un deseo: *Ruego que Dios te guarde y que te sea propicio*, etc. Todos estos mecanismos deben ser imitados con el debido juicio o alterados de acuerdo con la ocasión y la persona. II) *Indicación de lugar*: esto es necesario entre aquellos que están separados, a menos que sea bastante claro. Y por este motivo a menudo se omite en los escritos de Cicerón; por la misma razón también nosotros deberíamos omitirla. III) *Indicación de tiempo*: en este apartado se encuentra siempre anotado el día, generalmente el año y, a veces, la hora. IV) *Final elogioso*: entre los antiguos se desconocía, excepto cuando se trataba de cartas dirigidas a los gobernantes; en tal caso se ponía una demostración de respeto y de lealtad, algo así como *Suyo, con devoción*. Sin embargo, nosotros lo usamos, y no me parece mal, en cartas dirigidas a grandes hombres o a extraños. Usarlo entre amigos me parece inútil, incluso despreciable. V) *Firma*: Aunque es algo habitual para nosotros,¹⁷ los antiguos probablemente lo usaron mucho menos, incluso en escasas ocasiones, porque generalmente dictaban sus cartas y, después, sus propios esclavos o sus mensajeros las enviaban y no había nada en la parte exterior de la carta, a excepción del sello y del hilo.

17. Se incluye aquí una nota marginal que dice: “En las antiguas tablas de piedra, D.N.M.Q.E., *Deuotus Numini Maiestatique eius* (“Consagrado a su divinidad y a su majestad”).

Illud plerumque erat *imago propria, aut alicuius e maioribus, impressa cerae siue cretae. De cera notum est; de creta, uenisse in hunc usum Cicero ostendit IV. in Verrem: *Signum iste animaduertit in cretula*.¹ Et pro Flacco, *Asiaticam cretam*² in hac re appellat. Linum fuit, uinclum quo epistola obligata et cui signum ipsum impositum impressumque. Plautus:

Cedo tu ceram ac linum: age, obliga, obsigna cito.³

Nec aperire epistolam fuit, nisi illo soluto. Inde apud Curtium: *At Parmenio uinclum epistolae soluit*.⁴ Apud Ciceronem: *Incidere linum*.⁵ Et passiuua uulgataque phrasi, *Soluere epistolam*. Fere autem signum cum eo fractum. Ideoque iubebant semper ante apertionem signa agnosci, fidei causa. In Plautinis:

Accipe, hem cognosce signum.⁶

Iterum:

Cape, signum nosce.⁷

Cicero in Catil. *Ostendi tabellas Lentulo, et quaesiui cognosceretne signum? Annuit. Est uero inquam imago aui tui clarissimi uiri*.⁸ Sallustius: *Pellectis litteris, cum prius omnes signa sua cognouissent*.⁹ Hoc curiose ideo: quia signo corrupto facile et tutum negare a se scriptam. Vtique cum dictassent (ut saepe) et aliena manu esset. Ita olim. Nec tamen rigide abnuo, quin aliquando superscriptum. Plutarchus in Dione, inter plures epistolas quae adlatae, *μῖα δ' ἦν, inquit, ἕξοθεν ἐπιγεγραμμένη, τῷ πατρὶ παρ' Ἰππαρίνον: Vna erat exterius inscripta, patri ab Hipparino*.¹⁰

1. Cic., Verr. 4, 26, 58. 2. Cic., Flacc. 37: *erat creta illa Asiatica quae fere est omnibus nota nobis*. 3. Plaut., Bacch. 748: *Cedo tu ceram ac linum actutum. Age obliga, obsigna cito*. 4. Curt. 7, 2, 25: *Parmenion uinclum epistolae soluens, quidnam rex ageret, requirebat*. 5. Cic., Catil. 3, 10, 27: *nos linum incidimus; legimus*. 6. Plaut., Pseud. 988. 7. Plaut., Curc. 423. 8. Cic., Catil. 3, 5, 10. 9. Sall., Catil. 47, 2. 10. Plu., Dio. 31, 1.

* In marg.: *Siue alia aliqua vs Augustus Sphynge signare solebat; postea imagine Alexandri, postremum sua*.

Este sello, impreso en cera o arcilla, era generalmente el de la familia, o el de alguno de los antepasados.¹⁸ En cuanto a la cera, su uso era muy conocido; por lo que a la arcilla se refiere, Cicerón en el cuarto discurso de las *Verrinas* demuestra que se utilizaba: “Se fijó en el sello en arcilla blanca”. Y, también, en el *Pro Flacco*, la llama “arcilla asiática”. La cinta que ataba la carta era un hilo de lino, sobre el cual se marcaba y colocaba el sello. Así, encontramos en Plauto:

Tú, ahí, pasa la cera y el hilo: espabílate, átaló, séllalo rápidamente.

Y era imposible abrir la carta sin romper el hilo. Así, leemos en Curcio: “Pero Parmenio desató la cinta de la carta”. Por su parte, en Cicerón: “Para cortar el hilo”. Y en todas partes, se repite la misma frase: “Romper [el hilo] para abrir la carta”. Normalmente, además, el sello se rompía con ello y por lo tanto, por una cuestión de credibilidad, siempre exigían que el sello fuera identificado antes de abrir una carta. Y de ahí, por tanto, que en las comedias de Plauto se lea:

Cógelo (¡bien!), identifica el sello.

Y también:

Cógelo, fijate en el sello.

Cicerón, en uno de los discursos de las *Catilinarias*, escribe: “Mostré los envíos a Léntulo, y le pregunté si reconocía el sello. Asintió con la cabeza. Es verdaderamente la imagen de tu abuelo, dije, un hombre de los más distinguidos”. Salustio escribe: “Con las cartas repasadas, cuando anteriormente todos habían reconocido sus propios sellos”. Por consiguiente, esto se hacía con mucho cuidado, porque si el sello estaba mutilado, era fácil y no había riesgo para negar la propia escritura de uno, por lo menos cuando la carta había sido dictada (como sucedía muy a menudo) y con la letra de otra persona.

Antiguamente se hacía así, y, sin embargo, no niego rotundamente que a veces también había firma. Plutarco, en el *Dion*, entre unas cuantas cartas que aduce, cita lo siguiente: “Una ponía en la parte exterior, ‘de Hiparino para el Padre’”.

18. Se incluye aquí una nota marginal que dice: “O algo más, como Augusto solía firmar con una esfinge, luego con una imagen de Alejandro, finalmente con la suya propia”.

Quod pro eorum opinione sit, qui uolunt ea quae in capite ac fronte epistolarum ueterum semper legimus, fuisse tabellarii caussa in earum dorso. Sed quidquid huius sit, nobis superscriptio usurpanda; siue ob ignotos ignorantesque tabellarios, siue magis ob receptissimum morem, cum quo frustra pugnemus. Quin et titulis, eodem auctore, uti suadeam: sine ambitione tamen aut professa nimis adulatione.

Haec sollennis materies epistolae, in quam licet aduocem epistolas totas, quas *formales* Suetonius appellat.¹ Eae de una aliqua re, una ac simili forma, ad plures scribuntur: in negotiis publicis, inque aulis principum etiam hodie usitatae, quas ipsas *canonicas* (nisi fallor) Cassiodorus appellat.²

1. Suet., *Dom.* 2. 2. Cassiod., *Var.* 12, 11, 23: *Hic itaque epistularum canonicarum curam prouectus accipiat, ut amplius momenta suae integritatis exhibeat, quando fidem publicam sibi respicit esse commissam.*

Parece que esto apoya la opinión de aquellos que mantienen que lo que siempre leemos como un encabezamiento en la parte frontal de las cartas de los antiguos estaba en la parte trasera, para el buen uso de los mensajeros. Sea como fuere, entre nosotros se usa la firma; sea porque desconocemos a los mensajeros y ellos tampoco nos conocen, o, quizás, por la fuerza de la costumbre, la verdad es que contra ello lucharíamos inútilmente. De hecho, por el mismo autor de la carta, déjame sugerir el uso de una tarjeta de presentación —sin embargo, sin ánimo de autopromoción o de halagos excesivos—.

Este es el contenido convencional de una carta, aunque para ello incluyo todas las cartas que Suetonio llama “cartas modelo”. Se escriben a mucha gente sobre una cuestión específica, siguiendo una misma forma; incluso hoy en día se usan en los negocios públicos y en las cortes de los príncipes, y, a menos que me equivoque, Casiodoro las llama “cartas oficiales”.

Capvt V

De materie uaria, eiusque sectione

At uariantem materiem appello, *quae diuersa in quaque epistola est: ipsa occasio scribendi et caussa*. Ea multiplex, nec minus late patet quam haec uita. Quid enim rei diuinae aut humanae est, quod non sermone communicamus? Ergo et litteris, quae alter sermo. Sed tamen diffusam coercere his terminis posse uideor, ut omnis ea sit triplex: *seria, docta, familiaris*.¹ *Seriam* dico, *quae ad publica aut priuata pertinet, sed uberius ea tractat, et cum cura*. Id genus inter publica sunt: *narrationes, dissertationes, deliberationes, de statu rerum, de militia, de pace* et his talibus. Inter priuata: *consolationes, admonitiones, petitiones, obiurgationes, excusationes, suasiones, laudationes*; et uno uerbo, quicquid paullo magis serio scribimus, et una in re uelut figentes pedem. Quod genus saepe incurrit, et plerumque necessario, interdum animi caussa, usurpatur. *Doctam* dico, *quae ea quae ad scientiam aut sapientiam, continet; et res non epistolae, epistolae ueste uelat*. Talis triplex: aut enim *philologa* est, et in amoenioribus studiis occupatur; ut olim Varronis Quaestiones Epistolicae, Valgii Ruffi Quaesita per Epistolam. Aut *philosopha*, et de natura uel moribus agit, ut Senecae nostri epistolae; sed et Platonis.

1. Cic., *Fam.* 2, 4, 1: *Reliqua sunt epistularum genera duo, quae me magno opere delectant, unum familiare et iocosum, alterum seuerum et graue.*

Capítulo V

Sobre su variado contenido y su organización

Ahora me ocupo de lo que llamo el *contenido variado*, esto es, *lo que diferencia a una carta de otra: es la verdadera ocasión y motivo de escritura*. El contenido es variado y abarca el mismo terreno que la vida misma. ¿Qué asunto divino o humano hay que no se comunique en una conversación? Y lo mismo se aplica para las cartas, que es otra forma de conversación. Aún así, y por muy amplio que sea su contenido, creo que es posible delimitarlo en estos tres términos: *serio, erudito, familiar*. Llamo “seria” a una carta *que está relacionada tanto con temas públicos como privados, pero también que los trata con todo detalle y cuidado*. Entre los asuntos públicos cabe incluir los informes, explicaciones y consultas sobre el estado de las cosas, de los asuntos militares, sobre la paz y sobre otras cosas semejantes. Entre los asuntos privados se incluye el pésame, las notificaciones, las peticiones, las reprimendas, los remordimientos, las recomendaciones, las felicitaciones, y, en suma, todo lo que escribimos de una manera un tanto más seria, como si de pisar seguro en un asunto se tratara. Como muy a menudo ocurre, este tipo de carta se utiliza frecuentemente por necesidad, aunque también algunas veces por mero placer. Llamo “erudita” a una carta *cuyo contenido tiene que ver con el conocimiento o a la sabiduría; en otras palabras* [y metafóricamente hablando], *envuelve un tema no epistolar con la vestimenta de una carta*. Este tipo de carta presenta una triple condición en función de:

1) si es *literaria*, y, por tanto, se ocupa de los intereses más deliciosos, como, verbigracia, antiguamente sucedió con los temas que Varrón trató en sus *Cuestiones epistolares*, o *Las cuestiones que investigó por carta* Valgio Rufo;¹⁹

2) si es *filosófica* y trata sobre temas relacionados con la naturaleza o la moralidad, como sucede en las cartas de nuestro Séneca y aquellas de Platón;²⁰

19. Gramático, poeta, rétor y político romano del s. I a.C. Su obra, que abarca desde la elegía a la técnica epistolar, pasando por los epigramas, un elogio a Quintiliano y un texto sobre plantas medicinales, nos ha llegado de forma fragmentaria. Asimismo, las dos obras aquí mencionadas, *Cuestiones epistolares* de Varrón y *Las cuestiones que investigó por carta* de Rufo, según parece, se referían a asuntos gramaticales. De ellas apenas conservamos algunos fragmentos y noticias llegados por vía indirecta.

20. Nos han llegado un total de dieciocho cartas atribuidas a Platón, de las cuales cinco son completamente apócrifas, mientras que sobre las demás se sigue discutiendo. Sin embargo, hay una sobre la que hay bastante acuerdo en que es auténtica, la carta VII, escrita seguramente después del tercer viaje a Sicilia del maestro ateniense. En ella expone una parte de su doctrina ética y política y justifica sus viajes a Sicilia y su relación con los tiranos de Siracusa, Dioniso el Viejo y Dioniso el Joven.

Aut denique *theologa*, quae in sacris rebus dedita, ut sunt Augustini, Hieronymi, Cypriani, Basilii, Gregorii utriusque. Denique *familiarem* dico, *quae res tangit nostras aut circa nos, quaeque in assidua uita*. Ea propria et creberrima epistolae materies et, si uerum fateri uolumus, germanae illius una. Cui priora illa duo, *seria*, inquam, et *docta* saepe admixta; sed admixta, uariumque ei semper nec simplex argumentum.

3) o si, finalmente, es *teológica*, es decir, que se dedica a los asuntos sagrados, como las cartas de Agustín, Jerónimo, Cipriano, Basilio y los dos Gregorios.²¹

Finalmente llamo “familiar” a una carta que toca nuestros asuntos, o los de aquellos que nos rodean, o cualquier otra cosa de nuestro discurrir vital. Estrictamente hablando este es el tema más propio y más común de una carta y, si estamos dispuestos a admitir la verdad, el único que realmente le pertenece. Los dos tipos anteriores —me refiero a la *seria* y la *erudita*— a menudo se mezclan con las cartas familiares; pero aunque mezcladas, su contenido será variado, y no único.

21. Los dos Gregorios son Gregorio Nacianceno (329-389) y Gregorio de Nisa (c. 332-395), hermano este de Basilio el Grande (330-379), mencionado también en el texto. Los tres constituyen el grupo denominado los “padres capadocios”, que desempeñaron un papel fundamental en la historia de la Iglesia, sobre todo en la etapa de los Padres de la Iglesia, pues gracias a sus profundos conocimientos de filosofía griega contribuyeron al desarrollo de la teología cristiana, a la que colocaron en pie de igualdad con la filosofía pagana.

Capvt VI

De inuentione pauca et ordine

Satis de uniuersa materie dictum; de inuentione et ordine addendum aliquid est, sed breuiter. Nam ad inuentionem uberibus praeceptis quid opus? Cum semper ea prompta; nec ad epistolam scribendam ueniatur nisi argumento concepto, et mente (ut ita dicam) tumente. Quod in *familiaribus* uerisque epistolis perpetuum est; in *seriis* aut *doctis* paullo aliter, quibus quomodo aggerenda aut amplificanda materies sit, nihil hic ego; sed rhetorum te libri docebunt. Nec in *ordine* quidem admodum laboro, qui optimus in epistola, neglectus aut nullus. Vt in colloquiis incuriosum quiddam et incompositum amamus, ita hic. Adeo ut nec in responsionibus ordine et distincte ad capita semper respondeamus; sed ut uisum, atque ut hoc illudue in mentem aut calamum uenit. Omnino decora est haec incuria, et magnus magister recte monuit, *Epistolas debere interdum hallucinari*.¹ Itaque ille ipse haesitat, reuocat, turbat, miscet; nec quicquam magis curasse uidetur, quam ne quid curae praeferret. Tamen in *seriis*, non nego de ordine paullo magis satagendum, sed ita, ut semper infra oratoriam illam diligentiam consistas, et imitere eam, non aequas. Praeceptis cur te alliges? Vt imperatori in acie certus aliquis ordo est, nec tamen unus, sic tibi in omni materie; quam pro re, pro iudicio dispone.

1. Cic., *Ad Q. fr.* 2, 10, 1: *sic epistulae nostrae debent interdum alucinari.*

Capítulo VI

Unas palabras acerca de la invención y del orden

Se ha hablado ya lo suficiente sobre el contenido en general, sin embargo queda algo aún por añadir, aunque de manera breve, sobre la invención y el orden. Por lo que a la invención se refiere, ¿qué necesidad hay de dar abundantes pautas? No en vano, como es sabido, siempre está al alcance de la mano y uno no escribe una carta si no es con el argumento en mente y (como lo diría) a punto de estallar. Para el caso de las *cartas familiares*, el argumento es continuo; no digo nada aquí sobre *las cartas serias o eruditas*, en las cuales, al contrario de las *familiares*, el contenido ha de ser amplificado o desarrollado de alguna manera; pero los libros de los retóricos te enseñarán esto. Tampoco me extenderé mucho sobre el tema del *orden*, que, en el mejor de los casos, en una carta se desatiende o, simplemente, es inexistente. Como en una conversación cualquiera nos encanta el estilo un tanto despreocupado y desorganizado, y lo mismo se puede decir aquí. Por tanto, no es preciso que siempre contestemos punto por punto, sino más bien como a cada uno le guste, con lo que le venga a la mente o a la pluma. Generalmente, una negligencia de este tipo es pertinente, y por este motivo el maestro aconseja con razón que en “las cartas, a veces, se debería divagar”.²² Y, de este modo, él mismo duda, reanuda su argumento, lo interrumpe y mezcla cosas; y tanto es así que parece que el autor no se preocupe por nada, ya que no manifiesta cuidado alguno. Por otra parte, en las *cartas serias*, no niego que se requiera de algo más por lo que al orden se refiere, pero sin que pongas el mismo cuidado que cuando se elabora un discurso, que lo imites, pero no que lo hagas igual; ¿Por qué atenerse a las reglas? De la misma manera que en la formación de un combate el comandante sigue un orden determinado, aunque no haya uno solo, tú deberías tratar cada tema, organizándolo según tu propio criterio, y no con respecto al asunto.

22. En el texto original de Lipsio, en el margen, se apunta a que se trata de una cita de las cartas de Cicerón, a Ático, cuando en realidad pertenece a las cartas a su hermano Quinto (20, 10, 1).

Capvt VII

De sermone quae de eo dicenda; et primum de breuitate

Venio ad sermonem, cuius caussa, fateor, Institutio haec suscepta. Nam de materie, totum mediocris cuiusdam prudentiae est; et uix peccatur. At in sermone, labor et error est; nec corpus illud hodie crebro cultum uidimus (libere effero) decenti hac ueste.

Sermonem appello, *elocutionem et stili modum epistolae aptum*. Is ut talis fiat, dupliciter eum considerabo: *uniuerse et distincte*. Vniuerse, in toto habitu et conformatione epistolae; distincte, in partibus, id est *phrasi et uerbis*. De habitu igitur sermonis epistolici, praecipio ut quinque ista serues: *breuitatem, perspicuitatem, simplicitatem, uenustatem, decentiam*. Prima illa, prima mihi sermonis uirtus est, adeoque epistolae propria; ut, si longior (cum Demetrio sentio) libri iam nomen assumat, epistolae amittat.¹ Cum tam multa ea nuntiet; qui debet multis? Addo, quod ut in sermone aut fabulis, sic in epistolis odiosa garrulitas. Quam tamen, quod obserues, imperitissimus quisque affectat; et loquentes fere plurimum, qui minimum eloquentes. Vt corpore tenues, ueste se dilatant; sic qui ingenii aut sapientiae inopes, diffundunt se uerbis. At breuitas mihi amata, et iis qui sapiunt, si tamen cum iudicio ea usurpata et modo. Peccari enim et hic posse scio, et ut in sagitta mittenda: non minus aberrat qui citra scopum, quam qui ultra iaculatur; sic in scribendo, quisquis pauciora quam pro re, aut plura dicit.

1. Dem. Phal., *Eloc.* 228.

Capítulo VII

*Sobre el estilo: lo que se debe decir al respecto;
y, primeramente, sobre la brevedad*

Ahora me ocupo del estilo familiar, por el bien del cual, debo confesar, está dedicada la empresa de escribir estos *Principios*. En cuanto al contenido, este es completamente un asunto de prudencia moderada; por lo que apenas debería emplearse de manera errónea. Ahora bien, el estilo implica prueba y error, y hoy en día con demasiada frecuencia no se ve el cuerpo de una carta (lo proclamo francamente) vestido decentemente con esta prenda.

Llamo *estilo a la manera de expresarse y al tipo de composición apropiados para una carta*. Como tal, debo plantear dos aspectos: uno, de una manera general, y, otro, de una manera particular. De manera general, en el carácter y la estructura general de la carta; de manera particular, en los detalles —es decir, en la sintaxis y el discurso—. Dado el carácter del estilo epistolar, te invito a observar estos cinco puntos: *brevedad, claridad, sencillez, elegancia, decoro*. El primero de estos es de los más importantes, y, a mi modo de ver, es la virtud más importante del estilo familiar; y, por consiguiente, es bastante característico de una carta. Por este motivo, si es demasiado larga (en esto estoy de acuerdo con Demetrio)²³ asume el nombre de “libro” y pierde el de “carta”. Aunque en una carta se informa de muchas cosas, ¿se necesitan muchas palabras para hacerlo? Respecto a esto considero que, como en la conversación o en las narraciones, el exceso de palabras es igualmente odioso a la hora de escribir cartas. Y sin embargo, como se advierte constantemente, a los menos especialistas en el arte de las cartas, esto les encanta, y, por lo contrario, los más locuaces son, generalmente, los menos elocuentes. [Sirva para ilustrarlo la siguiente comparación:] de la misma forma que los que tienen cuerpos enclenques se ensanchan con la ropa, los desprovistos de inteligencia o de sabiduría son pródigos en palabras. Pero la brevedad la prefiero tanto yo como cualquiera que tenga buen gusto, al menos si ésta se usa juiciosamente y con moderación. Por lo que sé, incluso en esto es posible equivocarse, como sucede con el tiro con arco: no falla menos aquel cuyo tiro no alcanza la diana, que el que la sobrepasa; y lo mismo con la escritura, yerra tanto aquel que emplea menos palabras de las que exige el tema que trata, como aquel que emplea más de la cuenta.

23. Este Demetrio es Demetrio de Falero (350-c. 280 a.C.), un político ateniense y filósofo peripatético, al que se le atribuye un tratado *Sobre el estilo*, obra a medio camino entre un tratado de retórica y una obra de crítica literaria, que, entre otras cosas, destaca por señalar la existencia de cuatro estilos y por recoger numerosos ejemplos de escritores antiguos. Hoy día, se tiende a pensar que el autor de este tratado sería más bien Demetrio de Tarso, de la segunda mitad del siglo I d.C. Hay que destacar que Lipsio añadió a su edición de la *Epistolica* un apéndice con la traducción latina de la parte del tratado *Sobre el estilo* dedicada a las cartas (Young y Hester 1996: XIX).

Modum autem a materie specto. Si *seria* epistola aut *sapiens*; diffundi paullo magis uelim, et rei per se graui addi uerborum aliquod pondus. Si *familiaris*, contrahi, nec res tenues ac multas onerari lacinia sermonis. Scilicet ut uela pro magnitudine nauium, sic uerba debent esse, pro rerum. Iudicium porro sumo a personis; idque dupliciter: A *qualitate*, a *capto*. Ab illa, ut si ad ignotos aut magnates scribitur, uberius et floridius paullo epistola sit, quia stricta illa breuitas apud hos tales, non abest a contemptu. Aliter, si ad amicos aut aequales. A *capto*, ut si ad leuiter doctum aut acutum; si ad iuuenem, extendam tunc profecto, nec tenebras ingeniis offundam per se parum claris. Atque id mihi in omni persona ualde nota: ut illi, inquam, te stilumque tuum attemperes, quoniam caput artis, scribere accommodate.¹ Qui fiet igitur sermo breuis? Obseruatione triplici: *rerum*, *compositionis*, *uerborum*. *Rerum*, ut superuacuum nihil admisceas, nil repetas; in primis non capita ad quae respondes. *Compositionis*, ut structuram et periodum longiorem omnem fugias: membris utare, et asyndetis saepe. *Uerborum*, ut laetior omnis phrasis, allegoria, imago abdicetur; parca et pura oratio sit, necessaria supellectile uerborum contenta.

Habes de breuitate: quae uiris mihi dicta, non iuuentuti, sunt, adeo enim hanc ad eam non uoco, ut etiam absterream; siue quia tuto adsumere uix potest, et breuitatis imitatio facillime aetatem hanc decipit; siue quia nec utiliter potest, et iuuenili illo breuitatis studio (saepe uidimus) aridus plerumque et exsuccus stilus euadit. Nec facile ad laudatam illam temperiem uenitur, nisi initio ubertas quaedam et luxuries sit, quam aetas paulatim depascit.

1. Cic., *Orat.* 21, 7, 5: *est autem quidam interiectus inter hos medius et quasi temperatus nec acumine posteriorum nec fulmine utens superiorum, uicinus amborum, in neutro excellens, utriusque particeps uel utriusque, si uerum quaerimus, potius expers, isque uno tenore, ut aiunt, in dicendo fluit nihil afferens praeter facultatem et aequalitatem aut addit aliquos ut in corona toros omnemque orationem ornamentis modicis uerborum sententiarumque distinguit.*

Sin embargo, en mi caso, busco una medida adecuada para este asunto. En una carta seria o erudita, sería un tanto más prolijo y agregaría al tema que es grave por sí mismo palabras de más peso. En una carta familiar, por lo contrario, sería más conciso, y los temas, diversos y claros, no deberían cargarse de ornamentos estilísticos. Naturalmente, al igual que el tamaño de las velas debe ser proporcional al de los barcos, el lenguaje debe ser el adecuado al tema. Además de esto doy por sentado un criterio en lo que concierne a las personas, y lo hago de dos maneras: con respecto al *estatus* y a la *capacidad*. En cuanto al primero, si se escribe una carta a un extraño, o a alguien importante, ésta debería ser algo más amplia y florida, porque una brevedad estricta con tales personas no dista mucho del desprecio. Lo contrario pasa con los amigos o con nuestros semejantes. Por lo que a la capacidad se refiere, hay que tener en cuenta si se escribe a alguien poco docto o a alguien inteligente. Si va dirigida a un hombre joven, yo me explayaría mucho más, y no hablaría de forma oscura a los que no son lo suficientemente brillantes. Y mi consejo en el caso de una persona muy conocida es que te moderes a ti mismo y a tu estilo, puesto que la clave de este arte [de escribir cartas] estriba en escribir apropiadamente. Por consiguiente, ¿cómo hacerlo para que el estilo sea breve? Utilizando una práctica triple: de temas, de redacción y de lenguaje. Sobre los *temas*, para no mezclar cosas superfluas, no repitas nada, especialmente los puntos a los cuales se está contestando. Sobre la *redacción*, para evitar toda estructura y periodo largo, utiliza oraciones, frecuentemente sin conjunción. Sobre *el lenguaje*, para que las frases sean más vivas, descarta las alegorías y las imágenes; permite que tu lenguaje sea austero y puro, conténtate únicamente con proveer las palabras necesarias.

Hasta aquí lo referente a la brevedad. Estas palabras van destinadas a los hombres, no a los jóvenes, ya que nada más lejos está de mi voluntad animarlos al uso de la brevedad de la que incluso yo los disuadiría. Sea porque apenas serían capaces de usarla con seguridad —y la imitación de la brevedad muy fácilmente cautiva a esta edad—, o porque no le puede resultar provechosa. El ansia por usar la brevedad por parte del joven (como vemos a menudo) generalmente resulta en un estilo estéril y árido. Y uno no logra fácilmente esta moderación digna de elogio a menos que primero haya alcanzado cierta plenitud y exuberancia que poco a poco se poda con la edad.

Capvt VIII

De perspicuitate: qui peccetur in eam, qui paretur

Virtus altera, *perspicuitas*; de industria a me breuitati subtexta, quia periculum magnum huic ab illa. Quam ardua, quam rara illa breuitas, quae non praeteruollet aures aut defraudet? In qua legentis sensus non opus sit intendi? Atqui semel hoc imbibe: summum in sermone uitium esse, non solum non capi, sed etiam aegre capi. In quo peccant quidam natura, qui ipsi obscuri et reconditi talia efferunt; plures, studio; qui nihil doctum aut laudabile putant, nisi reconditum, et quod fugiat uulgares mentes. Stulti! quia male ingeniosus ille, ad quem capiendum opus est ingenio, praesertim in epistola, quae arbitrum aut interpretem non quaerit. Clare ergo scribito: si potes, et breuiter, sed ita, ut hoc laudis esse scias; illud necessitatis. Clarus autem sermo erit, praecepto triplici: si uerba in eo propria, si usitata, si collocata.

Capítulo VIII

Sobre la claridad: cómo se viola y cómo se alcanza

La segunda virtud es la *claridad*. La he situado, muy a propósito, después de la brevedad porque está grandemente amenazada por esta última. ¡Qué difícil, qué rara aquella brevedad que no pasa desapercibida al oído ni la engaña! ¡En la cual no es preciso que el lector tenga puestos los cinco sentidos! Entonces, ten esto siempre presente: el defecto de estilo más grande no es sólo ser malentendido, sino ser entendido con dificultad. En este defecto incurren por naturaleza algunos que, oscuros y herméticos, producen cosas oscuras y enigmáticas; hay otros más que hacen esto por diligencia, que no consideran nada como docto o laudable, a menos que sea abstruso, y en la medida que eluda al intelecto común. ¡Tontos! Es poco ingenioso aquel que puede ser entendido únicamente a través de un esfuerzo de ingenio, especialmente en una carta, la cual no exige ningún juez o intérprete. Por lo tanto, tú debes escribir claramente —y, si puedes, brevemente; pero con la condición de que sepas que la brevedad es por una cuestión de elogio, la claridad de necesidad—. Por consiguiente, el estilo será claro si se reúnen tres condiciones: si las palabras son adecuadas, si son comunes y si son coherentes.

Capvt IX

De simplicitate duplici; et ad hanc monita

Tertiam uirtutem posui simplicitatem: intellectu duplici, quia et in stilo eam exigo, et in mente. De stilo, certum, et ueterum exemplo testatum est, simplicem eum esse debere, sine cura, sine cultu; simillimum cottidiano sermoni. Itaque Demetrius, ut dialogum, epistolam scribi uult;¹ et ipse Cicero, *texi eam quotidianis uerbis.*² Seneca apposite: *Qualis sermo meus esset, si una sederemus aut ambularem, illaboratus et facilis: tales uolo esse epistolas meas.*³ Quod feminas ornare dicitur, non ornari,⁴ hoc epistolam, quam sequi decor debet, non ab ea aut in ea affectari. At de mente, ita intellego, ut simplex quiddam et ingenuum in tota scriptione eluceat, et aperiat candorem quemdam liberae mentis. Nulla enim ex re magis natura cuiusque et certa indoles elucet (Demetrio uere scriptum)⁵ quam ex epistola. Itaque optima ea tibi repraesentanda; et imprimis illi ad quem scribis amica. Vt inquam lenium affectuum et beneuolentiae illud, ut sic dicam, saccharum, inspergatur; fiatque delectabilis, et ad legentis gustum. Quo in genere Cicero unicus, et unice imitandus. Praeceptis enim aliis res non continetur.

1. Dem. Phal., *Eloc.* 223. 2. Cic., *Fam.* 9, 21, 1: *epistulas uero cottidianis.* 3. Sen., *Epist.* 75, 1. 4. Cic., *Orat.* 78, 27: *nam ut mulieres <pulchriores> esse dicuntur nonnullae inornatae quas id ipsum deceat, sic haec subtilis oratio etiam incompta delectat.* 5. Dem. Phal., *Eloc.* 227.

Capítulo IX

Sobre dos tipos de sencillez, con recomendaciones específicas

He propuesto la *sencillez* como la tercera virtud. Ésta debe ser entendida de dos maneras, debido a que la necesito de ambas formas: tanto de estilo como de pensamiento. Con respecto al estilo, es cierto que —y los ejemplos de los antiguos lo atestiguan— debe ser simple, descuidado, no rebuscado, y, en el mejor de los casos, lo más semejante posible al habla cotidiana. En este sentido, Demetrio espera que una carta sea escrita como un diálogo; y el mismo Cicerón dice: “la he urdido a partir de las palabras cotidianas”. A propósito dice Séneca: “Igual que si estuviéramos sentados o caminando juntos, mi forma de expresarme no sería nada trabajoso y fácil, de esta manera deseo que sean mis cartas”. De la misma manera que se dice que las mujeres se adornan sin parecer adornadas, con el mismo propósito únicamente los ornamentos deberían acompañar a una carta, y no hacerla artificial ni cambiarla. Con respecto al pensamiento, considero que un tipo de sencillez y franqueza debería brillar a través de toda la composición, y revelar el candor especial de una mente libre. Por eso, nada revela con más claridad la naturaleza y el carácter de una persona (como Demetrio ha escrito tan acertadamente) que una carta. Por tanto, debes mostrar lo mejor de ti en una carta, especialmente para aquella persona a quien escribes en amistad; por eso, digo, deja que tu carta esté llena de sentimientos tiernos y de buena voluntad, como con dulces; y deja que sea deliciosa para el paladar del lector. En este género, Cicerón es el único que ha de ser imitado, y de una única manera. De ahí que el tema no se componga de otros preceptos.

Cautionem addo siue exceptionem: pro re interdum epistolam assurgere, et paullo studiosius scribi (ut in seriis); sed tamen ita, ut simplicitatem totam non exuat; et ornamenta interdum habeat, lenocinia numquam. Nam illae quae ad pompam et ostentationem ingenii scriptae (quales Philostrati et Phalaridis, item Synesii et Plinii nonnullae) nescio an tueri nomen uerae epistolae possint apud iudices ueros.

Déjame añadir una precaución o una excepción: que de vez en cuando se eleve el tenor de la carta en función del tema y escriba con un poco más de exigencia (como en las cartas serias); pero, aun así, que no pierda del todo su sencillez. Y que aunque la carta algunas veces tenga ornamentos, el exceso de artificios nunca es admisible. Por eso no sé si aquellas cartas escritas para mostrar ostentosamente el ingenio (como las de Filóstrato²⁴ y Fálaris,²⁵ así como algunas de Sinesio²⁶ y de Plinio) podrían seguir llamándose cartas verdaderas ante verdaderos jueces.

24. Filóstrato de Atenas (c. 160/170-c. 249) fue un sofista griego, autor de la *Vida de Apolonio de Tiana* por encargo de la emperatriz Julia Domna. El tal Apolonio era un filósofo pitagórico, y aunque Filóstrato pretendió hacer pasar su obra como una biografía, mucho de lo que cuenta parece pura ficción. Entre sus obras se le atribuyen también unas *Cartas*.

25. Este Fálaris debe ser el famoso tirano de Acragas, actual Agrigento (isla de Sicilia), durante una parte del siglo VI a. C., quien llegó a gobernar casi toda la isla. Fue famoso por su crueldad, en particular por el conocido como toro de Fálaris, un instrumento de tortura terrible consistente en la escultura de bronce hueca de un toro. Se le atribuían unas cartas que en realidad parece que fueron escritas por Adriano de Tiro, el secretario del emperador romano Cómodo.

26. Sinesio de Cirene (c. 370-413 o 414), filósofo neoplatónico, discípulo de Hipatia de Alejandría, filósofa neoplatónica e hija del matemático Teón, llegó a ser obispo de Ptolemaida. Las cartas de Sinesio son un documento fundamental para conocer no solo aspectos de su vida o de sus ideas, sino que también son una de las pocas fuentes de que disponemos para acercarnos a la figura de Hipatia.

Capvt X

Iunctim de uenustate et decentia

Reliquae mihi duae uirtutes, *uenustas* et *decentia*, etsi uix reliquae. Vtraque enim eiusmodi, ut admonere de ea breuiter possim, non docere. Illa ab ingenio tota est; haec a iudicio: quorum utrumque spernit ligari praeceptorum his uinclis. *Venustatem* appello, *cum sermo totus alacer uiuus, erectus est, et allicientem quamdam gratiam ueneremque praefert*. Quod natura fere dat, nonnihil tamen et duplex haec monitio. Primum, ut adagia allusionesque ad dicta aut facta uetera, uersiculos aut argutas sententias utriusque linguae interdum immisceas. Secundum, ut iocis salibusque opportune condias; quos animam et uitam epistolae esse non fugiam dicere.

At *decentiam* intellego, id quod Graeci τὸ πρέπον; quae tum in epistola, cum omnia apte et conuenienter scripta. Quod fiet aspectu duplici: *personae* et *rei*. *Personae*, dupliciter: si tuam respicis, et eius ad quem scribis; *rei* autem, simpliciter, ut omnia pro argumento; et sententiarum phrasiumque uestis apta sit corpori rerum. Magna haec, sed occulta uirtus; nec immerito Cicero monuit, *ut in uita sic in oratione, nihil difficilius esse, quam quid deceat, uidere*.¹ Nec uerba hic perdam, quia scio iudicii totam hanc rem esse: quod a Deo et a natura pete, non ab arte.

1. Cic., *Orat.* 70, 24.

Capítulo X

Sobre la elegancia y el decoro en conjunto

Quedan dos virtudes, *la elegancia y el decoro*, a pesar de que casi no queda nada por discutir. Puesto que ambas son de tal manera que puedo darte algunas breves recomendaciones, pero no enseñártelas. La primera es completamente una cuestión de talento, la segunda una cuestión de juicio; ambas desdeñan los lazos del precepto. Considero elegante el estilo cuando es a la vez *completamente dinámico, vivo y elevado, y pone de manifiesto una cierta gracia atractiva y un encanto*. A pesar de que la elegancia es generalmente un don de la naturaleza, aún hay algo en este doble mandamiento: primero, algunas veces deberías entremezclar proverbios y alusiones a antiguos dichos y hechos, y fragmentos de versos o máximas ingeniosas en ambos lenguajes. Segundo, deberías sazonar oportunamente con bromas y ocurrencias, y no dudo en decir que estos son la vida y el alma de una carta.

Entiendo por decoro lo que los griegos llaman *lo adecuado*; el decoro reside en una carta cuando todo está escrito acertada y apropiadamente. Implica dos aspectos: la *persona* a quien escribimos y el *tema* sobre el cual escribimos. El carácter personal debe ser considerado de dos maneras: con respecto a ti mismo y a quien escribes. El tema, de cualquier manera, es unívoco: todo debe concordar con el contenido, y el atuendo de las oraciones así como las frases deben ser apropiadas para la estructura del tema. El decoro es una gran, aunque oculta, virtud y no de manera ociosa Cicerón nos recuerda que “de la misma manera que en la vida, en el habla nada es más difícil que ver lo que es adecuado”. Y no debería desperdiciar palabras aquí, puesto que yo sé que este tema es cuestión de juicio: mira a Dios y a la naturaleza, no al arte.

Capvt XI

*Ad sermonem distincte transitum. Eum parari imitatione:
ad hanc tria praecepta, et primum de iis qui, et quando legendi*

Dixi uniuerse de sermone; magis distincte ad partes eius transeo, *phrasim* et *uerba*. Illam appello, *uoces duas aut plures in sententia iunctas*: haec, *uoces ipsas singulas*. In illis *elegantia* et *nitor* requiritur; in his *latinitas* et *proprietas*. Ea omnia hodie, uel ex *auditu* haurienda sunt; uel ex *lectione*. Ex illo leuiter; quia nec adhaerent audita animis, aequae ac lecta; nec est fere ut optima audiantur, quia et rarus Latinus sermo, et pauci ea cura loquuntur qua scribunt. Itaque doctissimi ac disertissimi, saepe in sermone alii; nec temere exemplum uidimus aut uidebimus eloquentiae, quam formauit auditio sola. Lectio igitur magis tuta, magis utilis, sic tamen, ut *imitatio* ei adiuncta sit: sine qua languida haec, imo uana. *Imitationem* dico, *sermonis nostri ad sermonem ueterem, aptam conformationem, et stilo expressam*. A qua (uno uerbo dicam) spes omnis crescendi huic segeti phrasium et uerborum. Nam ars alia, quidquid conentur, non magis disertos fecerit, quam uates somnium in Parnasso.¹

De illa igitur cum cura et ad usum dicam: et quidem haec tria, *quos et quando legas, quid et e quibus seligas, quid exprimas et quid uites*. In primo, utinam ea copia scriptorum hodie, ut iure ambigua haberi haec lis possit! Pauci relictos ueteres: quis controuertet quin ii legendi omnes sint? Nisi forte nuper aliquot Itali, qui in arctum reductam eloquentiam, concluderunt finibus tantum Tullianae lectionis. O uani et fastidiosi! non solum praeter mentem magistrorum ueterum, sed praeter rationem praeterque usum. Quos nunc non refello; et adhaesisse olim me scio paullo iuuenilius, donec repressit et reuocauit maturioris iudicii fraenum. Tu mecum, omnes legendos imitandosque tibi certo statue; non simul tamen aut omni aeuo. Discrimen aliquod temporum est, quod utiliter enotabo.

1. Pers., *Prol.* 1-3: *Nec fonte labra proliu caballino, / Nec in bicipiti somniasse Parnasso/ Memini, ut repente sic poeta prodirem.*

Capítulo XI

*El estilo visto en detalle:
su adquisición por medio de la imitación; tres preceptos sobre esto,
de los cuales el primero concierne al cómo y al cuándo de la lectura*

He hablado en general del estilo; me refiero más específicamente a sus elementos —*la redacción y el discurso*—. Con respecto al primer término lo defino como *dos o más palabras unidas dentro de una oración*; sobre el segundo, lo entiendo como *las palabras propiamente dichas*. En la primera la *elegancia* y el *lustre* son requeridos; en la segunda, *el uso idiomático y la propiedad*. Hoy en día todas estas cualidades se deben sacar ya sea de *escuchar* o de *leer*. El efecto de escuchar es mínimo, porque las cosas oídas no se adhieren a la mente tan bien como las cosas leídas; ni por lo general se oyen las mejores cosas, puesto que no sólo es raro hablar en latín, y muy pocos hombres hablan con el mismo cuidado con el que escriben. Consecuentemente, los hombres más eruditos y elocuentes lo son por lo general en otras cosas y no en la conversación; y raramente hemos tenido ocasión de ver, ni tampoco veremos, un modelo de elocuencia que se haya formado únicamente escuchando. La lectura es, por lo tanto, más segura y más útil, pero únicamente si va unida a la imitación. Sin ésta es poco convincente, y aún vana. Llamo *imitación* a la formación de nuestro propio estilo consistente, de acuerdo con el estilo de los antiguos. De esto proviene (en una palabra) toda la esperanza de incrementar esta cosecha de frases y palabras. Puesto que ningún otro arte, sin importar aquel que el hombre intente probar, los hará más elocuentes que un sueño sobre el Parnaso hace a los poetas.

Sobre la imitación, por tanto, debo hablar cuidadosamente y de una forma práctica en todo caso de estos tres puntos: a quién debes leer y cuándo, qué y de quién debes tomar prestado, qué debes imitar y qué debes evitar. En primera instancia, ¡ojalá que esta cuestión pudiera ser considerada dudosa, como en el derecho, por ser muy grande el número de escritores hoy en día! Nos han llegado pocos escritores antiguos: ¿Quién discute que valga la pena leerlos a todos ellos? Tal vez sólo unos pocos italianos que han limitado tanto la elocuencia que la han reducido exclusivamente a la lectura de Tulio. ¡Oh, qué vanos y pedantes! No sólo es contrario al pensamiento de los antiguos maestros, sino contrario a la razón y a la costumbre. Yo no los refutaré ahora; y sé que hace tiempo, cuando era un tanto joven, me uní a ellos, hasta que un criterio más maduro me frenó y me hizo reconsiderar las cosas. Decidamos tú y yo juntos todos los autores que tienes que leer e imitar; sin embargo, no todos a la vez o a la misma edad. Hay algunas distinciones en cuanto al momento, que explicaré en términos prácticos.

Est *puerilis* quaedam et prima imitatio, est *crescens*, est *adulta*. In illa prima, Italorum haeresis mihi placeat: et aliquamdiu Cicero non praecipuus solum legatur, sed solus. Cui fini? Vt corpus scilicet illud et contextus orationis primum serio formetur uno quodam habitu, et aequabili sermonis filo. Nescio an idem censerem, si Caluus, Caelius, Brutus, Caesar et alii e classe oratorum extarent. Sed, ut hodie res est, quis praeter Tullium periodos, membra, numeros et continuatam illam orationis seriem nobis suggesserit? A qua, me quidem iudice, necessario initium faciendum iuuentuti. Vt pictor cum tabulam accepit, primum hominem totum delineat; colores mox aptos quaerit, et addit cuique parti; sic meus imitator, corpus eloquentiae suae formet, pigmenta deinde uarie conquirat. Nisi facit (crede iuuentus, aut sero credes) hiulca semper, incomposita, et e uariis uaria quaedam stili forma gignetur, nec satis sibi constans, quotidie uideo; et peccati causam non ignoro. Cicero igitur primus primas teneat: et teneat solus. Sed quamdiu? Pro ingeniis tempus definiam: in molliore aliquo, annum; in duriore, alterum etiam annum.

Hay un tipo de imitación básica para los *niños*, otro tipo para los *jóvenes* y otro para *la edad adulta*. En la primera fase, la opinión de los italianos me satisface: durante bastante tiempo Cicerón no sólo debería ser el autor principal que leer, sino incluso el único. ¿Con qué finalidad? Para que la estructura y la coherencia de la prosa en principio se forme estrictamente de acuerdo con un hábito determinado y con una línea de discurso consistente. No sé si aconsejaría lo mismo si Calvo, Celio, Bruto,²⁷ César y otros del grupo de los oradores aún existieran. Pero, tal y como está hoy el asunto, ¿quién además de Tulio nos debería proporcionar los puntos, las cláusulas, los ritmos y la ilación continuada del discurso? A partir de aquí, al menos a mi juicio, el joven debe necesariamente comenzar. De igual manera que el pintor, cuando coge una tela, primero esboza el hombre entero y, a continuación, busca los colores adecuados y los agrega a cada parte; de la misma manera, mi imitador, primero, debe dar forma al cuerpo de su elocuencia, y, después, buscar colores variados. De no hacerlo así (créeme, joven, o lo harás demasiado tarde), siempre se produce una elíptica, desorganizada y heterogénea combinación de estilos, que no es lo bastante consecuente consigo mismo. Diariamente veo esto y no desconozco la causa de este error. Deja, por tanto, que sea Cicerón el que ocupe el primer lugar y que mantenga esta posición solo. Pero, ¿por cuánto tiempo? Yo definiría el periodo de acuerdo con la habilidad: para un estudiante despierto, un año; para un ingenio más rígido, incluso un segundo año.

27. Cayo Licinio Calvo (82-47? a.C.) fue poeta y orador romano, uno de los principales representantes de la denominada escuela ática, que propugnaba una oratoria sin demasiados artificios ni adornos. Como poeta formó parte del grupo de los *poetae novi*, llegando a escribir epigramas y el epilión *Io*. Marco Celio Rufo (82?-48 a.C.), político romano de familia plebeya y famoso orador, fue defendido por Cicerón en un discurso que conservamos de la acusación de Clodia, la amada del poeta Catulo, de intentar envenenarla. Marco Junio Bruto (85-42 a.C.), político y militar romano que participó en la conjura que acabó con la vida de César en marzo del 44 a.C. Debió ser también un importante orador, pues a él se refiere Cicerón en el *Orator*, un tratado de retórica publicado en el 46 a.C., y en el *Brutus*, una especie de historia de la oratoria romana hasta su época, escrita en forma de diálogo. Todos estos oradores, cuyas obras no nos han llegado, son mencionados por Lipsio como representantes de la escuela ática y, por tanto, rebeldes al "asianismo" dominante en Cicerón.

Et addo non inutiliter: sub hanc ipsam curam, Manutii epistolas, Sadoleti, Bembi, Bunelli atque in primis Longolii nostri, legi posse, non quia ipsi (libere dicam) ualde probi; sed quia puerili quodam affectu Ciceronis illam orbitam anxio pede presserunt, ideoque per eorum uestigia tutior et facilius tibi cursus.

At in *crescentem et iuuenilem* imitationem alios admitto, sed successu tamen; nec ut saltu pergas, sed per quosdam uelut gradus. Itaque meo consilio, eos hic primum adeas qui a Cicerone minimum abeunt, et qui copia, suauitate, fluxu dictionis, referant beatam illam facilemque naturam. Qualis Fabius in primis, et nonnihil Q. Curtius, Velleius, Liuius, Caesar; similiores futuri, nisi retinisset et stitisset alia species argumenti. Hos igitur tunc lege, sed leuiter; at cum omni studio Plautum et Terentium; qui semel corpore illo sermonis et tamquam aedificii forma constituta, utilissime adhibebuntur ad poliendas omnes partes. Verborum proprietas a quibus petatur melius? A quibus phrasium ille nitor Atticus? Iam uenus et lepor et comitas a quibus uberius hauriatur, quam a meo comico? Plautum enim hic solum intellego; et praepono (nec impono, quia ex animo ita sentio) omnibus, qui in Latio aut Graecia imbuerunt chartaceum hoc aequor.

Y añadido este consejo práctico: inmediatamente después de esta tarea, se pueden leer las cartas de Manuzio, de Sadoleto, de Bembo, de Bunel, y, especialmente, las de de nuestro propio Longolio²⁸ —no porque estos (para ser franco) sean muy superiores, sino porque, con un cierto espíritu infantil, ellos han pisado con pie firme el camino abierto por Cicerón, y, por lo tanto, siguiendo sus huellas tu viaje será más seguro y más fácil—.

Ahora, para la imitación juvenil y madura, admito a otros, pero, aun así, gradualmente, para que no avances a saltos, sino paso a paso. En consecuencia, siguiendo mi consejo, acudiría primero a aquellos que menos se desviaron de Cicerón y que recuerdan ese genio feliz y preparado por la riqueza, suavidad y fluidez del lenguaje. De esta manera eran especialmente Fabio y hasta cierto punto Q. Curcio, Veleyo,²⁹ Livio y César; habrían sido más parecidos a Cicerón, si rápidamente otros no hubieran desviado su atención a otro tipo de temas. Por tanto, léelos durante esta fase, pero sólo con moderación; en cambio, con mucha atención lee a Plauto y a Terencio, quienes, una vez que el cuerpo del discurso está organizado como la estructura de un edificio, es muy útil recurrir a ellos para pulir todas las partes. ¿En quién se puede buscar mejor la propiedad de las palabras? ¿En quién este lustre ático de las frases? ¿De quién, además, proviene el encanto, la hermosura y la gracia más abundantemente sino de mi cómico? Porque aquí me refiero únicamente a Plauto; y yo lo prefiero (no sólo lo digo, sino que sinceramente lo siento así) a todos aquellos que en Grecia o el Lacio han llenado con su escritura este mar de papel.

28. Aldo Manuzio (1449-1515) fue un humanista e impresor italiano, fundador de la imprenta Aldina, en Venecia, que editó un buen número de clásicos griegos. Jacopo Sadoleto (1477-1547) fue un eclesiástico y humanista italiano, famoso como poeta neolatino y por su *Carta a los romanos*, su obra más conocida. Pietro Bembo (1470-1547) fue un importante cardenal, humanista y escritor italiano. Fue secretario personal del papa Clemente VII y encargado de redactar en un perfecto latín ciceroniano las bulas papales. Pierre Bunel (Petrus Bunellus) (1500-1547), humanista francés, nacido en Toulouse, fue considerado uno de los más grandes humanistas de la época, el nuevo Cicerón, muy conocido por su correspondencia. Christophe de Longueil, conocido también como Longolius (1490-1522), fue un humanista francés de origen flamenco, admirador incondicional de Cicerón y defensor del ciceronianismo, tanto lingüístico como filosófico, tanto en Francia como en Roma.

29. La mención que se hace a Fabio debe referirse, según Young & Hester (1996: 60, n. 73), a M. Fabio Quintiliano (c. 35-95 d.C.), retórico y pedagogo romano de origen hispano, autor de la *Institutio oratoria*, obra en doce volúmenes que recoge lo fundamental para la formación del orador. Se ha perdido un tratado cuyo donde analizaba las causas de la crisis del arte de la elocuencia en su época (*De corruptione elocuentiae*). Quinto Curcio (s. I d.C.) es conocido por su biografía de Alejandro Magno titulada *Historias de Alejandro Magno*, en diez libros, de los que los dos primeros están perdidos y los ocho restantes nos han llegado con bastantes lagunas. Gayo Veleyo Patérculo (c. 19 a.C.-31 d.C.) fue autor de un *Compendio de historia romana* en dos libros. Fue muy poco conocido en la Antigüedad.

Hi ad epistolam (de orationibus enim aliter censeo) et familiarem scriptionem inprimis apti, quia reuera epistola quid aliud, quam cottidiana dissertatio? Vt non errarit Artemo apud Demetrium, qui censet eodem modo dialogum et epistolam scribi.¹ Et Plinius ab eadem caussa, epistolas matronae cuiusdam dilaudans, cum Plauto et Terentio metro solutis eas componit.² Quin ipsum Plinium, in secunda hac classe iure colloco, tersum, acutum, nitidum, sed non sine deliciis molliculum interdum, et parum uirum. Cui comitem nouum do, sed maiorem nouis, Etruscum illum Angelum, qui (nisi quod affectatae interdum et quaesitae in eo argutiae) cum illis ipsis priscis pari passu decurrere posse uideatur epistolarum hunc campum.

Hoc uelut tirocinii biennium sit, quo manus haec stili coercenda nonnihil intra puram togam. Cui iam deinceps, in *adultae* imitatione, libere permittam exserat se et uagetur per scriptorum omne genus. Legat, uideat, et flores ex omni prato carpat ad eloquentiae hanc corollam. Sed inprimis suadeam Sallustium, Senecam, Tacitum, et id genus breuium subtiliumque scriptorum iam legi, quorum acuta quasi falce luxuries illa paullisper recidatur; fiatque oratio stricta, fortis et uere uirililis.

Finii de parte prima; nisi quod leuiter addo, perutile futurum eumdem illum Ciceronem legi cottidie et relegi; uespertinis praesertim horis, et, si oportunitas feret, sub ipsum somni tempus. Mens tunc nescio quomodo melius arripit, retinet et concoquit per quietem. Tenta, reperies in leui monito non leue momentum.

1. Dem. Phal., *Eloc.* 223. 2. Plin., *Epist.* 1, 16, 6: *Legit mihi nuper epistulas; uxoris esse dicebat: Plautum uel Terentium metro solutum legi credidi.*

Estos dos son especialmente apropiados para la carta (aunque los juzgo de manera diferente respecto a las composiciones formales) y la escritura familiar, porque, de verdad, ¿qué es una carta sino una comunicación cotidiana? De ahí que Artemón, en Demetrio, no se equivocara al proponer que la carta y el diálogo fueran escritos de la misma manera.³⁰ Y Plinio, por la misma razón, elogiando las cartas de una cierta dama, las compara a Plauto y a Terencio sin medida alguna. De hecho, incluyo a Plinio por derecho propio en un segundo grupo, puesto que es terso, ingenioso, refinado, pero no sin delicadeza, incluso delicado a veces, y sin suficiente fuerza. Le concedo a él un compañero moderno, pero más grande que los modernos, el toscano Angelo,³¹ quien (excepto por su ocasional vanidad inverosímil y fingida) parece capaz de mantener el ritmo de los antiguos mismos en el campo de las cartas.

Deja que sea este periodo de dos años de formación y entrenamiento, por así decirlo, en el cual hay una mano que restringe el estilo de alguna manera dentro de una toga pura. Ahora, siguiendo el orden, en la imitación *para la edad adulta*, te permito avanzar libremente y pasearte a través de todo tipo de escritores. Lee, examina y recoge las flores de cada pradera para lograr esta guirnalda de elocuencia. Pero especialmente te animo a la lectura de Salustio, Séneca, Tácito y ese tipo de escritores concisos y sutiles, con cuya afilada hoz se pueda recortar en poco tiempo el lujo y la exuberancia, y el discurso se haga terso, fuerte y masculino de verdad.

He concluido con esta primera parte; excepto lo que añado ahora rápidamente; esto es, que será útil leer y releer diariamente a Cicerón, especialmente durante las horas de la tarde y, si lo permite la ocasión, únicamente en el momento de retirarse a dormir. Entonces, la mente, no sé de qué manera, aprehende mejor, retiene y asimila en la tranquilidad. Pruébalo: descubrirás en este pequeño consejo mío algo de una importancia no precisamente menor.

30. En el tratado *Sobre el estilo*, atribuido al filósofo peripatético Demetrio de Falero, en IV, 223, se menciona a este Artemón, del que se refiere su labor como recopilador de las cartas de Aristóteles. Este personaje, que debió de vivir sobre el s. II a.C., se ha identificado unas veces con Artemón de Pérgamo y otras con Artemón de Casandrea. En este pasaje, se afirma, en efecto, que las cartas deben escribirse igual que los diálogos y que la carta es como una de las dos partes del diálogo.

31. Se trata de Agnolo o Angelo Ambrogini, más conocido como Poliziano, por su patria de origen, Montepulciano (en latín, *Mons Politianus*), quien fue un importante humanista, poeta y dramaturgo italiano (1454-1494), considerado el más grande poeta italiano del siglo XV. Fue un férreo opositor del ciceronianismo. Al respecto pueden leerse: Izora Scott (1910); Morris W. Croll (1966); Juan María Núñez González (1991); y más recientemente Joann DellaNeva (2007).

Capvt XII

De excerptis: quo ordine ea instituenda, et a quibus singula carpenda

Quid *seligas* et *a quibus*, partem feci alteram, de qua etsi exemplis dicere facilius possem, quam scriptis; tamen breuiter haec habe. Lectionem ipsam non sufficere, ne repetitam quidem, imo nec felicissima memoria; sed opus esse *excerptis* quibusdam et *notis* rerum uerborumque singularium, quas imitemur. Quae excerpta memorialibus libellis, tamquam aerario, contineri uelim, unde sermonis illae opes per tempus et ad usum promantur. Fieri autem libellos triplices: unum, quem *formularum* dixerim; alterum, quem *ornamentorum*; tertium, quem *dictionis*. Duo illi ad sermonem uniuersum magis pertineant; tertius ad distinctum. In primo, formulae mihi duplices: ad *contextum*, istae: *ordiendi, narrandi, continuandi, transeundi, abrumpendi, claudendi*; ad *materiem*, istae: *rogandi, gratias agendi, operam offerendi, laudandi, uituperandi, asseuerandi*; et quicquid istarum rerum communium est, quae in epistolam creberrime incurrunt. Secundus, *ornamentorum* liber est, in quo distincte et per capita collocauerim haec: *similitudines, allegorias, imagines, acutiora dicta, sententias* et siqua eiusmodi illustria lumina sermonis. Tertius, *dictionis*, quam diuido in duas partes: *phrasium* et *uerborum*. Phrases quidem enotari uelim, quaecumque insigniores aut nitidiores occurrent; uerba, quaecumque rara, noua, aut nouo sensu siue flexu usurpata. In phrasibus dispositionem non uideo; nisi quod seorsim eas poni uelim, pro discrimine scriptorum: Tullii solas, Plauti et Terentii solas, historicorum solas; quod quisque pro iudicio suo aut industria facito. In uerbis ordinem solum seruem alphabeti.

Capítulo XII

Sobre los pasajes: cómo deben ser organizados y de quién deben ser tomados algunos pasajes en particular

He dedicado una sección adicional a la cuestión de *qué se debe seleccionar y de quién*, aunque podría discutir este asunto más fácilmente utilizando ejemplos que unas notas escritas. No obstante, aquí te lo presento de una forma resumida. Una mera lectura no basta, ni siquiera una lectura repetida, ni siquiera para una memoria prodigiosa. Por el contrario, es el trabajo con pasajes particulares y notas sobre pasajes individuales y palabras el que debemos imitar. Yo tendría estos pasajes guardados en libros de tópicos, como si se tratara de un tesoro, de donde poder extraer oportunamente y según se necesite los recursos lingüísticos en ellos contenidos. Hagamos tres libros: uno que llamo *formulario*,³² el segundo un *ornamentario* y, el tercero, un *diccionario*. Los dos primeros se refieren a una amplia variedad de rasgos estilísticos y el tercero, a los detalles. En el primero pongo dos tipos de *fórmulas*: aquellas para la *composición* (organización, narración, coherencia, transición, partición, final) y aquellas para el *contenido* (petición, agradecimiento, declaraciones, elogios, culpas, insistencias y todos aquellos tópicos que frecuentemente surgen en las cartas). El segundo es el libro de *ornamentos*, que recopiló bajo los siguientes encabezamientos: símiles, alegorías, imágenes, dichos ingeniosos, *sentencias* y cualquier otro énfasis de tal estilo. El tercero es el *diccionario*, que divido en dos partes: *frases* y *palabras*. Aconsejaría que se apunten ejemplos cuando surjan frases singulares y brillantes, y cada vez que las palabras sean raras, nuevas o usadas con un nuevo sentido o flexión. No sigo ninguna organización específica de las frases, salvo que recomendaría disponerlas por separado, según los diferentes escritores: las de Tulio solas, las de Plauto y Terencio por separado, las de los historiadores aparte —dejemos que cada uno lo haga según su propio criterio y habilidad—. Entre las palabras sólo mantengo el orden alfabético.³³

32. En los manuales para escribir cartas, ya desde el Medievo (*artes dictaminis*), era habitual la inclusión de fórmulas de inicio y cierre de las cartas, que siguieron conservándose en el Renacimiento (cf. Young & Hester 1996: 61, n. 79). La recopilación en libros de estas *formulae* daba origen a auténticos *libelli formularum*, como el que Lipsio recomienda aquí elaborar a sus alumnos.

33. Estos “libros” que recomienda Lipsio hacer nos recuerdan la técnica del *codex excerptorius*, esos cuadernos que los alumnos solían redactar durante el periodo humanístico, en los que, fruto de sus lecturas, iban anotando aquellas expresiones que les hubieran llamado la atención, distribuidas en diferentes títulos y encabezamientos. Erasmo, además, recomendaba servirse de esos pasajes para componer los escritos propios.

Haec sunt quae selegi uelim. Sed a quibus? Non enim promiscue ab omnibus: sed ad iudicium paucis tibi praeibo. *Formularum* liber a Cicerone maxime compleatur; addo Plinium, Politianum aut si quid aliunde transferre aut haurire poteris opportune. *Ornamentorum*, a Cicerone, Fabio, Plinio, historicis, Seneca, etiam a Graecis, et in primis Plutarcho. *Phrasium* exempla a Cicerone maxime, et comicis petantur: nonnihil ab historicis, atque etiam ab aliis quos non attigi, Varrone, Agellio, Suetonio, iurisconsultis, imo et interdum Appuleio. *Verborum*, uno uerbo, ab omnibus: nec inutiliter etiam a grammaticis et glossariis antiquis.

Estas son las cosas que me gustaría ver recogidas. Pero, ¿de quiénes? Ciertamente no de todo el mundo y de manera casual —sino debo guiarte a discreción con unas pocas—. Primero de todo, deja que un libro se llene con *fórmulas* de Cicerón; añadiría Plinio, Poliziano o cualquier otra fuente de la que puedas extraer o copiar de manera conveniente. Los ornamentos tómalos de Cicerón, Fabio, Plinio, los historiadores, Séneca e, incluso, de los griegos, principalmente de Plutarco. Ejemplos de *frases* deben buscarse especialmente en Cicerón y en los poetas cómicos, algunas veces en los historiadores, e, inclusive, en otros a quienes no he mencionado, tales como Varrón, Gelio, Suetonio, los juristas y, de hecho, algunas veces en Apuleyo. De *palabras* —en resumidas cuentas—: tómalas de quien sea; en este sentido ni siquiera son inútiles ni los gramáticos ni los antiguos glosarios.

Capvt XIII

De expressione et formatione stili, per tria genera imitationum

Tertium illud utilissimum sequitur: quid exprimas, et quid uites. Frustra enim priora illa duo, si non istud: nec lectio aut selectio adiuuerint, sine proba expressione. Ea ut talis sit, per triplicem imitationem distincte te ducam, et quid sequare in unaquaque dicam, et quid uites.

In *puerili*, duo haec tibi propono. Primo, ut formulas inprimis et communia illa contextus totius imitere; secundo, ut ductum, numeros, lineamenta et faciem Tullianae orationis. Et imitere, non industrie solum, sed paene adfectate et cupide: sic inquam, ut color quaesitus et fucus appareat, imo et furtum. Vt pueros nihil pudet, cum scribere discunt, per singulos litterarum apices aliena manu duci, non item hic te. Clausulas, membra et periodi cuiuspiam partem cum uenia saepe inseres; et centonem e Tullii purpura contexes, paullo post daturus tuam. Exercitii genus quod olim in Germania huic rei proposui, dicere operae pretium habeo, etsi non dictare. Fuit tale. Haec sequere: quid fugies? Nihil, nisi ea quae grammatici uitant.

At in *crescente*, crescat mihi paullisper iudicium, et seruari praecipiam haec tria. Primum, ut in furtis iam uerecundior sis; non enim ultra decet. Secundum, ut in formulis exprimendis remissior; non enim ultra opus. Sicut digiti in cithara aegre et cum intentione initio ponuntur, iidem postea ad chordas et numeros sponte ueniunt, sic mens istis paullum assuefacta. Tertium, ut phrases et uerba meliora undique assumas; et formes, ut sic dicam, cutem illam orationis tuae externam.

Capítulo XIII

Sobre la expresión y de cómo dar forma al estilo a través de tres tipos de imitación

El tercer punto es especialmente útil: *qué deberías expresar y qué evitar*. De hecho, sin esto, aquellas dos primeras prácticas son vanas: ni la lectura ni los pasajes serían provechosos sin la justa expresión. Debido a que este es el caso, te guiaré a través de los tres niveles de imitación y en cada uno te explicaré qué deberías seguir y qué evitar.

En la imitación para los chicos, te propongo estas dos cosas: primero, en la composición, como un todo, imita las *fórmulas* y los tópicos bien conocidos; segundo, la forma, el ritmo, características y textura de la expresión ciceroniana. Imita no sólo de manera laboriosa, sino casi con honda emoción y con vehemencia. Digo esto para que el colorido deseado y el disfraz sean visibles, y por supuesto también lo robado. De la misma manera que no es vergonzoso para un niño que cuando está aprendiendo a escribir sea guiado por la mano de otro a través de las variadas formas de las letras, de igual manera que no lo sea tampoco para ti en esto. A menudo es perdonable si insertas oraciones, frases y partes de una oración de otra persona y tejes un mosaico a partir de los colores púrpuras de Tulio, añadiendo lo tuyo un poco más tarde. Vale la pena mencionar, aunque no entraré ahora en detalles, este tipo de ejercicio el cual una vez presenté sobre el tema en Alemania.³⁴ Era tal: sigue todos estos. ¿De qué deberías huir? De nada, excepto de lo que los gramáticos evitan.

Ahora en cuanto a la imitación de los *jóvenes*; desde mi punto de vista el juicio debería poder madurar gradualmente, y aconsejo para ello que se observen estas tres recomendaciones: primero, sé más modesto en tus robos, porque ya no son dignos; segundo, sé más relajado cuando copies fórmulas, porque ya no son necesarias. Exactamente igual que los dedos, cuando al principio es difícil colocarlos sobre una cítara, pero después se desplazan naturalmente sobre los acordes y las notas, la mente se acostumbra poco a poco a estas técnicas. Tercero, toma las mejores palabras y frases de cada fuente, utilizándolas para dar forma, por decirlo así, a la piel exterior de tu discurso.

34. No olvidemos que Lipsio fue profesor en la universidad de Jena, situada en la región alemana de Turingia, donde ejerció durante más de un año.

Atque haec sane praecipua hic cura: quid uitandum? Vitium agnatum uerborum delectui, nimia asperitas aut antiquitas. Quod in comicis imitandis praecipue mihi caue, et ne quid aut sordidum ab iis dictio tua trahat, aut obsoletum. Nam ut imperiti pictores in facie exprimenda, rugam, naeuum, uerrucam facile imitantur; indolem negligunt, et ipsum uultum: sic saepe adolescentes rara aut exstantia uerba excerpunt, ingenium omittunt et genium dictionis. Quae autem uerba sordida? Quae iacent, repunt, e faece uulgi et e triuiis sumpta, nec nisi iudicio discernenda. Quae obsoleta? Notae duplicis: natura et opinione. Illa dixerim, quae reuera talia sunt: haec, quae sensu dumtaxat uulgi. Nam hodie ita inualuit, ut quicquid ignotum, nec tritum auribus imperitorum, obsoletum censeatur; quamquam ab optimis auctoribus petum, et ab optimo illo aeuo. Priora igitur aut plane uitabis, aut non nisi cum excusatione et interfatiuncula uteris; ista etiam appetes et intexes sermoni tuo tamquam gemmas. De quo toto genere, opportunius monebo et instruem per exempla.

Superest imitatio ultima, siue *uirilis*, in qua hoc praecipio, non tam exteriorum illum ornatum spectari debere, quam uirtutes et cultum internum: id est, figuras, imagines, acumina, et ea quae appellaui ornamenta. In quo una cautio, ut cum oratio perfici iam incipiat et summa illi manus imponi, *κακοζήλεια*¹ uitetur et affectatio; infelix sane uitium, et quod obrepit specie uirtutis. Ea est, nimium cultus studium, et sine modo. Quod per te aegre uideas aut uites, felix cui doctor hic aliquis aut monitor amicus.

Haec dictanda mihi nunc super epistolis censui: cum fructu nonnullo eorum, spero, qui audierunt; uereor ut exiguo, qui tantum legent.

1. Quint., *Inst.* 2, 3, 9: *Nam tumidos et corruptos et tinnulos et quocumque alio cacozeliae genere peccantes certum habeo non uirium, sed infirmitatis uitio laborare, ut corpora non robore, sed ualetudine inflantur, et recto itinere lassii plerumque deuertunt. Inst.* 8, 6, 73: *quamuis enim est omnis hyperbole ultra fidem, non tamen esse debet ultra modum nec alia uia magis in cacozelian itur.*

Y, sin lugar a dudas, en esto reside la principal preocupación: ¿Qué es lo que se tiene que evitar? El vicio inherente al seleccionar palabras es la excesiva dureza o el arcaísmo. Especialmente cuídate de esto al imitar a los poetas cómicos, no vaya a ser que tu discurso extraiga algo sórdido u obsoleto de ellos. Pues justo como los pintores inexpertos, al dibujar una cara, fácilmente copian una arruga, una verruga o un lunar, pero descuidan la calidad innata y el rostro mismo, así también los jóvenes seleccionan con frecuencia palabras raras o llamativas, mientras dejan de lado la calidad natural y el gusto del lenguaje. ¿Cuáles son las palabras sórdidas? Aquellas que reposan o que se arrastran de la hez del vulgo, y aquellas tomadas de las plazas públicas, y no pueden organizarse sino con una fina discriminación. ¿Cuáles están obsoletas? Existen dos criterios, el de la naturaleza y el de la opinión. Respecto al primero mencionaré aquellas palabras que realmente son tales. Respecto al segundo, únicamente aquellas en sentido vulgar. Porque actualmente hemos llegado a tal punto que cualquier cosa que no sea familiar, cualquier cosa que no esté trillada a los oídos de los incompetentes, es censurada como obsoleta, aún cuando derive de las mejores autoridades y de la mejor época. La primera categoría, entonces, la debes simplemente evitar o usar sólo excusándote o explicándola; la segunda categoría de palabras la buscarás también y la entretejerás en tu discurso como si fueran gemas. Acerca de todo este tipo, te aconsejaré en mejor ocasión y te instruiré mediante ejemplos.³⁵

Falta la última imitación, la de la edad adulta. Respecto a esto sostengo que los adornos externos no deberían ser considerados al mismo nivel que las virtudes y el adorno internos; con esto quiero decir las figuras, imágenes, conceptos y lo que he llamado los ornamentos. En este punto una precaución —cuando el discurso está a punto de finalizarse y están a punto de darse los últimos retoques, evita el malgusto y una naturalidad fingida—. Éste es un vicio desafortunado y uno que entra sigilosamente bajo el disfraz de la virtud; es un ansia excesiva por el refinamiento, sin medida. Sólo con dificultad puedes verlo y evitarlo por ti mismo: afortunado es aquel que tiene un maestro o un consejero amistoso sobre este asunto.

Estos comentarios resumen mis consejos sobre las cartas. Espero que de ellos obtengan algún provecho los que los han escuchado —pero me temo que demuestren ser poca cosa para los que únicamente los leen—.

35. Según Young & Hester (1996: 61, n. 81), este tratado, si en verdad Lipsio llegó a escribirlo alguna vez, no se ha conservado.

Justus Lipsius,
Treatise on letter writing.
English translation

Justus Lipsius sends greetings to his dear Frans van Ravelingen¹

Because you wish it so, so be it. Publish the booklet before someone else does it elsewhere—you claim you have discovered it—. However, I did not produce it with this intention. As you know, I taught these things about four years ago on the spur of the moment. They were intended for the students' practice, according to their abilities. At that time, I made many valuable digressions for them, sometimes mixed with other specific topics you do not have here to illustrate or consolidate the argument. As far as these summaries are concerned, seeing that both you and others judge that they might be helpful to someone, go ahead; I do not think it is wrong; share them! However, let everyone know that I wrote them for students and not for the one who already knows; that is, for the young and not for adults, nor ever to publish them. I was saving this material to publish some dialogues *on the instruction of youth*. But as I told you at the beginning, publish it if you wish. And you propagate Plantinus' name and fame² in other more serious writings. Greetings. October 28, 1590.

1. Dutch printer and bookseller (Leiden, 27/2/1539 - 20/7/1597), founder of a whole dynasty of printers and son-in-law of the superb Flemish printer Christopher Plantin held the chair of Hebrew in Leiden from 1587. In addition to his knowledge of Arabic and Persian, he wrote the first proper dictionary of Arabic: The *Lexicon Arabicum* (Leiden 1613). The first edition of the *Epistolica institutio* was published at Ravelingen's press in Leiden in 1591.

2. Christopher Plantin (St. Avertin ca. 1520-Antwerp 1589) was a famous Flemish printer and bookseller whose printing house was in Antwerp. His sons-in-law were two other great printers, Ravelingen and Jan Moretus. Through the royal privilege granted by Philip II, Plantino was bestowed with the monopoly on printing religious texts within the royal domains. Among his most famous works is the *Complutensian Polyglot Bible*, in which he collaborated with Arias Montano.

JUSTUS LIPSIUS, *TREATISE ON LETTER WRITING*

Chapter I

Of the various names and forms, the letter was received among the ancients

I aim to introduce students to the fact that a letter can be written correctly and admirably. But I will be brief: I will speak in practical and not theoretical terms, and I will not say everything about the subject, only the most essential things.

The term *epistola* comes from the Greek ἐπιστολή [send] —as if you say *missoria* (Isidore translates it *missa*)—;³ however, it is already used by the ancient Latins. Plautus uses it occasionally, and Aphiarianus even titled one of his comedies *Epistolam* [*The Letter*].⁴ Relying on the authority of books and tombstones, on which it is very often found written in this form, Politiziano and many others write it nowadays with a *u* media [*epistula*]; if I am not mistaken, however, it was never written in this form before the time of Vespasian. The analogous form with *o* is much more accurate.

Among the ancients, other names were *litteras*, *tabulas*, *tabellas* and *codicillos*. They used *litterae* (the poets also used the singular form *littera*) because of their preeminence, and because they frequently used this type in their letters. *Tabulae*, *tabellae* and *codicilli* received this designation because of their physical characteristics, because “before the use of papyrus and parchment” (I quote Isidore’s words) “the contents of letters were written on polished wooden tablets”. For this reason, the messengers were called *tabellarii*.⁵ I remind you that this explanation is quoted in Jerome’s *Epistle* 42.⁶ On the same subject Festus⁷ says that “the

3. Isid., *Orig.* 6, 8, 17. Lipsius’ original text to reference this in the margin and another quotation from Isidore below, as in book 7 of the *Etymologies*, when it is book 6. The fact that this typo appears in all the reprints of the book that were made during the author’s lifetime would show that Lipsius did not supervise these.

4. Lucius Aphiarianus, comedigrapher and celebrated author of *Togatiae* fables, lived during the 2nd century BC and was a contemporary of Accius. His work has been preserved in a very incomplete form: *Fragments of Togatae*, ed. Ribbeck, SRPF II, pp. 193-266.

5. Isid., *Orig.* 6, 8, 18.

6. Hier., *Epist.* 8, 54, 31. Lipsius seems to be quoting by heart in this case because it refers to letter 54.

7. Sextus Pompeius Festus was a Roman grammarian from the 2nd century AD. He authored an epitome in 20 volumes, titled *De significatione uerborum*. This was derived from a much more extensive work, *De uerborum significatione*, by Marcus Verrius Flaccus, which has not been preserved. Flaccus’s original work, likely consisted of an encyclopedia covering of various topics. Unfortunately, Festus’s work has only reached us in fragments. Additionally, Festus’s epitome was later summarized by Paul the Deacon.

ancients used small wooden tablets [*tabellis*] instead of papyrus [*chartis*], and they approached the absent here and there. Hence, they are still called *tabellarii* and *tabellae* those sent by the emperors”.⁸ That is why Plautus, in *Pseudolus*, in defining a letter, says that “by the mediation of wax and wood and letters”. And, a little later, he adds: “In exchange for a greeting of wood do you want one of silver?”⁹ Tablets of this same type are known even in the work of Homer, in which Proetus entrusts a letter to Bellerophon written, “on a folded tablet”.¹⁰ They were generally wax-covered tablets in beech, spruce, boxwood, linden bark, maple, citron, or ivory. (There is no space here to confirm them all with examples.) Papyrus [*charta*] was also used for this purpose, and you can possibly deduce this from the title of Martial’s epigram titled *Chartae Epistolares*.¹¹ Nowadays, the Spaniards give this name to letters.

However, whether it is *tabella* or *charta*, its form differs little from today’s, as the pages appeared to be small books. You will understand Cicero’s words: “The last little page of your manuscript knocked me out”. And “another little page is already turned”.¹² I make an exception for public letters to the Senate and the People, as they were written in a broader form and with sheets of parchment written back and forth as if they were histories. That is Suetonius’s criterion when Julius writes: “It is said that he was the first who turned the letters to the Senate into pages in the format of a small notebook, whereas, previously, consuls and generals sent only sheets written side by side”.¹³ Isidore shed some light on this aspect: “Certain names of the books were established among the pagans according to their length: if they were short *carmina* [poems] and *epistolae* [letters]; on the other hand, with greater length were written Histories, since these were certainly written on a much larger scale”.¹⁴ As a corollary I explain Seneca, for whom: “a letter should not be larger than the left hand of a reader”.¹⁵ This comment indeed refers to the small thickness and size of the small book.

8. Fest. 490, 37-492, 3.

9. Plaut., *Pseud.* 42, 47.

10. Hom., *Il.* 6, 169.

11. Mart., *Epigr.* 14, 11.

12. Two sources are identified here: Cic., *Fam.* 2, 13, 3 (*Ad Caelium*) and Cic., *Fam.* 11, 25, 2 (*Ad D. Brutum*).

13. Suet., *Iul.* 56, 6. Lipsius seems to give this passage no unanimity. Instead, Bassols reflects in his translation (Barcelona, CSIC 1964) that it may refer to the division into columns: “[...] he was the first who distributed them in columns in the manner of the memorials, whereas before the consuls and generals sent them written from top to bottom of the sheet”.

14. Isid., *Orig.* 6, 12, 1.

15. Sen., *Epist.* 45, 13.

Chapter II

What is a letter, and what are its parts?

I will now address the definition of a letter: *A message from the mind intended for someone absent or considered absent*. I have said “message of the mind” because the purpose of a letter is twofold: it both demonstrates a feeling and brings up a subject. In this sense, Ambrose warns Sabinus of the first idea when he says: “The use of letters is to unite us affectionately while we are separated by distance”.¹⁶ Cicero mentions the second idea to Curio when he states, “[Letter writing] was created for this very reason, that we might inform those who are absent of anything they ought to know, of interest either to us or themselves”.¹⁷ And, before Cicero, there is this comment by Turpilius: “[The letter] is the only thing that makes the absent present”.¹⁸ I have, therefore, correctly said “to one who is absent”, but I have also added: “considered as if he were absent” since letters are sometimes employed for those who are present. For example, Augustus “used to hold the most important conversations with his wife, Livia, through writing in a notebook”.¹⁹ In the same way, he “admonished in writing” his daughter Julia in the amphitheatre.²⁰ In fact, under Emperor Tiberius, it was customary to “address him in writing, even when he was present”.²¹ As you must have read in Plutarch, this custom began with Julius Caesar, who was “the first to establish the procedure of making consultations with his friends through letters, especially when his affairs or the size of the city did not permit him to be personally present at meetings”.²² This type of letter is appropriately called “codicil” [*memoranda*]. The notion appears in Seneca’s Epistle 56:²³ “I see you, my Lucilius; moreover, I hear you. Truly, I am so much with you that I wonder if I should write you memoranda instead of letters”. This is the definition of a letter. I distinguish its two main parts as content and style.

16. Ambr., *Epist.* 7, 37, 4.

17. Cic., *Fam.* 2, 4, 1 (*Ad Curionem*).

18. Hier., *Epist.* 8 - *Turpil. ex incertis fabulis frag.* I Rychlewska. In the original text of Lipsius, the margin note refers to the letter 42. Sextus Turpilius (author of the 2nd century BC) was a Roman comedigrapher and author of *Palliatae* comedies. Volcatius Sedigitus, a literary critic, considered him superior to Terence. We have fragments and the Greek title of some thirteen comedies, whose primary model seems to have been Menander. Lipsius also includes the following marginal note: “I would like to transpose it so that [the metre] is trochaic: *homines absentes quae praesentes* (“which makes absent men present”).

19. Suet., *Aug.* 84, 2.

20. Macr., *Sat.* 2, 5, 6.

21. Tac., *Ann.* 4, 39, 1.

22. Plu., *Caes.* 17, 5. Lipsius gives the text of the quotation from Plu., *Caes.* 17, 5 in Latin rather than Greek, which means that he must have handled some of the Latin translations of the *Parallel Lives* that appeared during the 15th and 16th centuries unless he had it translated into Latin.

23. Sen., *Epist.* 55, 11. It is letter 55, so Lipsius made another mistake in quoting a classical text.

Chapter III

Content is defined and divided based on the prolegomena of the charter

What I call *content* is *the subject, which is the subject of the writing*. It has two elements: the conventional and the variable. The traditional is *what is the same, or almost the same, in each letter and is repeated as if it were a formula*. This is the case for the prolegomena and the conclusion. By prolegomena, I understand *what is generally written first, such as names and salutations*. In the old days, it was customary to put both the sender's and the addressee's names on the outside of the letter. The sender came first, even if the letter was written for someone of more importance. This is because the recipient's first concern is to know who is sending the letter. It was also customary to allow only simple names with no lip service and no flattery on the part of either the sender or the addressee. However, I note an exception for anyone in authority or high office. The title was added in that case: "P. Servilius Rullus, tribune of the plebs, the man, to Cnaeus Pompeius, proconsul". Nor were epithets used, except for persons who were exceptionally dear or well known, who might be called "my most distinguished", "my most noble", "my most gracious", "my most courteous", "their souls"; the most frequent term was "their own". The latter term was sometimes used even for someone little known, as appears in Livy: "The chiefs of Syracuse to their own Marcellus".²⁴ Occasionally, the ancients did this, but already in the period of decadence, this term was conferred on anyone and anywhere, to such an extent that Pliny, in the prologue of his great work, greeted the emperor himself familiarly using "his own". In reaction to this attitude, Martial writes:

Whether intended for someone dear or little known, a letter still calls everyone "his friend".²⁵

And in the letters of Pliny the Younger, one hardly reads otherwise. The same is true of several passages in the *Pandects*. This is the way things used to be. Today, I would adapt its usage according to our times, and, at times, I would be inclined to use something other than my own. For learned, virtuous and straightforward men, I would reserve this simple manner of address; with great men, I would do it differently. On no account would I dare to put my name first and then write, simply, according to the correct formula of addressing someone, "The greatest King", "The most illustrious Prince", "The most powerful Lord", and so forth? Such a thing would be a pitiful display of erudition, which would surely provoke laughter or offence—at least in a letter written correctly only when it seems so to the one to whom it is addressed.

24. Liv. 24, 31, 6.

25. Mart., *Epigr.* 14, 11.

As for the salutation used to be added immediately after the names themselves, no doubt in conversations in which one greets the other immediately. The Greeks did it this way; for them, the expression *may you be happy* or *maybe well* was used to wish something good to someone, which was Epicurus' greeting. There was also another, *act well*, which Plato preferred in a little treatise to Dionysius.²⁶ Horace, no more Greek than usual, expressed the following:

To Celsus Albinovanus, [I wish] happiness and success.
Satisfy, O Muse, my request.²⁷

Sometimes, they omitted these things, especially kings, almost out of dignity. Plutarch notes that "with Darius conquered, Alexander removed from his letters the term *salutations*, except in those he wrote to Phocion, whom he only addressed, as Antipater, after a salutation".²⁸ The old formula with which he began at the beginning, S.V.B.E.E.V.,²⁹ also seems to belong to the prolegomena. It was frequent in private letters; in public letters, it was universal, even at a later period. As a rule, it is also expressed with these characters, S.V.G.E.V.; that is, *Si uales, gaudeo, ego ualeo* [If you are well, I rejoice, I am well too]. This, which is found in Opium's ³⁰*De Bello Hispaniensi, creates entirely unnecessary problems for the scholars* while at the same time inciting them to an emendation.³¹

26. Diog. Laert. 3, 61.

27. Hor., *Epist.* 1, 8, 1-2.

28. Plu., *Phoc.* 17, 6. Once again, Lipsius provides the quotation of the text by Plutarch in Latin.

29. It refers to the epistolary formula *si uales, bene est, ego ualeo*, which means, "If you are well, which is good, I am well".

30. This is Gaius Opium, a friend of Caesar, who has been attributed the authorship of the *Bellum Alexandrinum*, *Bellum Africanum* and the *Bellum Hispaniense* together with Hirtius. On the doubt about the authorship of these three minor works of the *Corpus Caesarianum*, cf. Suet., *Iul.* 56, 1, where the biographer acknowledges his ignorance on the matter, which would prove that Caesar is not their author.

31. Lipsius criticised the excessive tendency of 16th-century humanists, editors of Latin texts, to amend the originals. He attached such importance to the issue that he dedicated his *Somnium* to it, with which he revived the genre of ancient Menippean satire.

Chapter IV

About the final parts of a letter and the seal

Now I will talk about the *conclusion*, which I call *the end of a letter and its finish*. It generally includes these five conventional parts: I) the *ualedictio* [farewell], which is like the ceremoniousness of the conversation, when we wish each other all the best now of parting. This idea among the ancients was expressed in a single word: *Farewell!* Hence, Ovid says:

Accept the word with which a letter always ends:
“Goodbye”. And may your fate be different from mine.³²

Sometimes *Aue* or *Salue* [Good morning] is added, and adding something like “my life” or “my dear” is not improper. Another word appropriate to the occasion may be *Farewell and come again*, or *Farewell and good luck*. Sometimes, the farewell includes a prayer: *I pray that God will keep you and be propitious to you*, etc. All these mechanisms should be imitated with due judgment or altered according to the occasion and the person. II) *Indication of place*: this is necessary between those who are separated unless it is clear. For this reason, it is often omitted in Cicero’s writings; when necessary, we too should omit it. III) *Indication of time*: in this section, we always note the day, usually the year, and sometimes the hour. IV) *Praiseworthy ending*: among the ancients, it was unknown, except in letters addressed to rulers; in such a case, a demonstration of respect and loyalty was put, something like *Yours, with devotion*.³³ However, we use it, and I do not condemn it, in letters addressed to great men or strangers. To use it among friends seems to me useless, even miserable. V) *Signature*: Although it is commonplace for us,³⁴ the ancients probably used it much less, even sparingly, because they generally dictated their letters, and then their slaves or their messengers sent them, and there was nothing on the outside of the letter except the seal and thread.

This seal, marked in wax or clay, was generally that of the family or that of one of the ancestors.³⁵ As for wax, its use was well known; as far as clay is concerned, Cicero, in the fourth speech of the *Verrines*, shows that it was used: “It was fixed on the seal in white clay”.³⁶ In the *Pro Flacco*, he calls it “Asiatic

32. Ov., *Trist.* 5, 13, 33-34.

33. Suet., *Tib.* 32, 2 and D. C., *Hist. Rom.* 57, 11.

34. A marginal note is included here: “On the ancient stone tablets, D.N.M.Q.E., *Deotus Numini Maiestatique eius*” (“Consecrated to his divinity and majesty”).

35. A marginal note is included here: “Or something else, as Augustus used to sign with a sphinx, then with an image of Alexander, finally with his own”.

36. Cic., *Verr.* 4, 26, 58.

clay”.³⁷ The ribbon that bound the letter was a linen thread, on which the seal was marked and affixed. Thus, we find in Plautus:

You pass the wax and the thread there: hurry up, tie it, seal it quickly.³⁸

And it was impossible to open the letter without breaking the thread. Thus, we read in Curtius: “But Parmenius untied the ribbon of the letter”.³⁹ For his part, in Cicero: “To cut the thread”.⁴⁰ And everywhere, the exact phrase is repeated: “To break [the thread] to open the letter”. Usually, moreover, the seal was broken with it; therefore, for credibility, they always demanded that the seal be identified before opening a letter. And hence, in Plautus’ comedies it reads:

Take it (good!), identify the seal.⁴¹

And again:

Take it; look at the seal.⁴²

Cicero, in one of the speeches of the *Catilinaries*, writes: “I showed the dispatches to Lentulus and asked him if he recognized the seal. He nodded his head. It is truly the image of your grandfather, I said, a most distinguished man”.⁴³ Sallust writes: “With the letters gone over when previously all had recognized their seals”.⁴⁴ Consequently, this was done with great care because if the seal was mutilated, it was easy and safe to deny one’s handwriting, at least when the letter had been dictated (as was very often the case) and in someone else’s handwriting.

Formerly, it was done this way, yet I do not deny that sometimes there was also the signature. Plutarch, in the *Dion*, among a few letters he adduces, quotes the following, “One was put on the outside, ‘from Hipparinus to the father’”.⁴⁵ This seems to sustain the opinion of those who maintain that what we always read as a heading on the front of the letters of the ancients was on the back for the good use of the messengers. Be that as it may, among us, the signature is used; whether because we are ignorant of the messengers, or through their ignorance, or, perhaps, on account of the force of habit, the truth is that against it,

37. Cic., *Flacc.* 37.

38. Plaut., *Bacch.* 748.

39. Curt. 7, 2, 25.

40. Cic., *Catil.* 3, 10, 27.

41. Plaut., *Pseud.* 988.

42. Plaut., *Curc.* 423.

43. Cic., *Catil.* 3, 5, 10.

44. Sall., *Catil.* 47, 2.

45. Plu., *Dio.* 31, 1.

we would fight uselessly. In fact, on the same authority, let me suggest using titles –without, however, in the spirit of self-promotion or excessive flattery.

This is the conventional content of a letter, though I include all the letters that Suetonius calls “model letters”.⁴⁶ They are written to many people about a specific matter, following the same form; even today, they are used in public business and the courts of princes, and unless I am mistaken, Cassiodorus calls them “official letters”.⁴⁷

46. Suet., *Dom.* 2.

47. Cassiod., *Var.* 12, 11, 23.

Chapter V

On its varied content and organization

I now turn to the *varied content*: what is different in each letter: the *actual occasion and motive for writing*. The content is varied and covers the same ground as life itself. What is there about divine or human affairs that is not conveyed in speech? And the same applies to letters, which are an alternative to speech. Even so, and as broad as their content is, I think it is possible to limit it to these three terms: *serious, scholarly, and familiar*.⁴⁸ I call “serious” a letter *concerned with public and private matters, but also one that treats them with great detail and care*. Public matters include reports, explanations, consultations, military affairs, peace, etc. Private matters include condolences, notifications, petitions, reprimands, regrets, recommendations, congratulations, and, to sum it up, everything that we write in a somewhat more profound way as if to settle a matter. As is often the case, this type of letter is frequently used out of necessity, though sometimes also for mere pleasure. I call “scholarly” a letter *that pertains to knowledge or wisdom; in other words, [metaphorically speaking], it dresses a non-epistolary subject in the garb of a letter*. This type of letter presents a threefold condition depending on 1) if it is *literary* and, therefore, deals with the most delightful interests, as, formerly happened with the subjects which Varro treated in his questions, or, another example, if it is devoted to the investigations by letter of Valgius Rufus;⁴⁹ 2) If it is *philosophical* and deals with subjects related to nature or morality, as happens in the letters of our Seneca and those of Plato;⁵⁰ 3) Or if, finally, it is *theological*, that is, it is devoted to sacred matters, such as the letters of Augustine, Jerome, Cyprian, Basil, and the two Gregories.⁵¹ Finally, I

48. Cic. *Fam.* 2, 4, 1.

49. Roman grammarian, poet, rhetor and politician of the 1st century B.C. His work, which ranges from elegy to epistolary technique, including epigrams, a eulogy to Quintilian and a text on medicinal plants, has come down to us in fragmentary form. Likewise, the two works mentioned here, Varro’s *Epistolary Questions* and *Inquiries by Epistle of Valgius Rufus* apparently dealt with grammatical matters. Of these, we barely retain some fragments and indirect accounts.

50. Eighteen letters credited to Plato exist today. Five are entirely deemed forgeries. The authenticity of the remaining letters continues to be a subject of debate. However, there is considerable agreement that one of them is authentic, letter VII, written after the Athenian master’s third journey to Sicily. In it, he presents part of his ethical and political doctrine. He justifies his trips to Sicily and his relationship with the tyrants of Syracuse, Dionysius the Elder and Dionysius the Younger.

51. The two Gregorians are Gregory Nazianzen (329-389) and Gregory of Nyssa (c. 332-395), brother of Basil the Great (330-379), also mentioned in the text. The three of them constitute the group known as the “Cappadocian Fathers”, who played a fundamental role in the history of the Church, especially at the time of the Church Fathers because of their profound knowledge of Greek philosophy they contributed to the development of Christian theology, which they placed on an equal footing with pagan philosophy.

call “familiar” *a letter that touches on our affairs, those around us, or anything else*. Strictly speaking, this is the most proper and familiar subject of a letter, and if we are willing to admit the truth, it is the only one that belongs to it. The two former types—the *serious* and the *scholarly*—are often mixed with familiar letters, but they are combined so that the contents are varied and not simple.

Chapter VI

A word about invention and order

Enough has already been said about content in general, but there is still something to be added about invention and order, albeit briefly. As far as invention is concerned, what is needed to give abundant guidelines? Not in vain, as is well known, it is always at hand, and one does not write a letter if it is not with the argument in mind and (as I would say it) about to burst. For the case of *family letters*, the argument is continuous; I say nothing here about *serious or scholarly letters*, in which, unlike *family letters*, the content must be amplified or developed in some way, but the books of the rhetoricians will teach you this. Nor will I dwell much about order, which, at best, in a letter is neglected or simply non-existent. As in conversations, we love the somewhat carefree and disorganized style, and the same can be said here. So let us not always answer point by point, but instead, as everyone likes, with whatever comes to mind or the calamus. Generally, negligence of this kind is decorous, so the master rightly advises that in “letters, sometimes, a digression should be freely made”.⁵² In this way, he hesitates, resumes his argument, interrupts it, and mixes things up, so much so that it seems that the author does not care about anything since he manifests no care. On the other hand, in *serious letters*, I do not deny that something more is required as far as order is concerned, but you should not take much care in the diligence of oratory; why stick to the rules? Just as in the formation of combat, the commander follows a particular order, even if there is not only one, but you should also deal with each subject, arranging it according to your judgment and not concerning the topic.

52. In the original text of Lipsius, in the margin, it is noted that this is a quotation from Cicero’s letters to Atticus, when, in fact, it belongs to the letters to his brother Quintus (20, 10, 1).

Chapter VII

On family style: what should be said about it; and first, on brevity

I now turn to the familiar style, for which I must confess, the enterprise of writing these *Principles* is devoted. As to content, this is entirely a matter of moderate prudence, so it should scarcely [hardly] be misused. Now, style involves trial and error, and nowadays, too often, the body of a letter (I frankly proclaim it) is not seen decently clothed in this garment.

I qualify as “familiar” with the *style and manner of writing appropriate for a letter*. As such, I must raise two aspects: one, in a general way, and another, in a particular way. In a general way, in the general character and structure of the letter; in a specific way, in the details—that is, in syntax and discourse. Given the character of epistolary style, I invite you to observe these five points: *brevity, clarity, simplicity, elegance, and decorum*. The first of these is among the most important and, in my opinion, is the most essential virtue of the familiar style; consequently, it is characteristic of a letter. For this reason, if it is too long (in this, I agree with Demetrio),⁵³ it assumes the name of “book” and loses that of “letter”.⁵⁴ Although a letter informs about many things, is it necessary to use many words? To this end, I propose that an excess of words is equally odious in letter writing as in conversation or stories. And yet, as is constantly noticed, the lesser specialists in the art of letters love this, and, on the contrary, the most loquacious are generally the least eloquent. [Let the following comparison illustrate this:] Just as puny bodies swell with clothes, those devoid of intelligence or wisdom are prodigal with words. But brevity appeals to me as much as to anyone with good taste, at least if it is used sparingly and judiciously. As far as I know, even in this, it is possible to go astray, as in archery: he fails not less whose shot misses the target, but he who overshoots it; and the same with writing, he errs who says less than the very subjects required of him, or he who says more.

In my case, however, I am looking for an appropriate measure for this matter. In a serious or scholarly letter, I would be somewhat more prolix and add to the subject matter, which is serious words of more weight. On the contrary, I would be more concise in a family letter, and the diverse and transparent sub-

53. This Demetrius is Demetrius of Phalerum (350-c. 280 BC), an Athenian politician and Peripatetic philosopher, to whom is attributed a treatise *On Style*, a work halfway between a treatise on rhetoric and a work of literary criticism, which, among other things, is notable for pointing out the existence of four styles and for collecting numerous examples from ancient writers. Today, there is a tendency to think that the author of this treatise is Demetrius of Tarsus, from the second half of the 1st century AD. It should be noted that Lipsius added an appendix to his edition of the *Epistolica* with the Latin translation of the part of the treatise *On Style* devoted to letters (Young and Hester 1996: XIX).

54. Dem. Phal., *Eloc.* 228.

jects should not be loaded with stylistic ornamentation. Naturally, as sails should be cut to the size of ships, the language should be proportionate to its subject. In addition to this, I take for granted a criterion as far as people are concerned, and I do this in two ways: concerning *status* and *ability*. About the former, if a letter is written to a stranger or someone important, it should be somewhat broader and flowery because strict brevity with such people does not avoid contempt. The opposite happens with friends or with our fellow men. As far as ability is concerned, it is necessary to consider whether one is writing to someone unlearned or someone intelligent. If it is addressed to a young man, I would elaborate much more, and conversely, I would not speak obscurely to those who are not sufficiently bright. As far as I am concerned, this criticism applies in addressing any eminent person. You must adapt yourself and your style to him since the key to this art [of letter writing] lies in writing correctly.⁵⁵ Therefore, how do you do it so that the style is brief? By using a threefold practice: of topics, wording, and language. Regarding *topics*, be careful not to mix up superfluous things; do not repeat anything, especially the points you are replying to. Regarding the *wording*, try to avoid any lengthy and periodic structure; use sentences, often without conjunction. Regarding *the discourse*, discard the most overloaded phrases, allegories, and images; let your language be austere and pure, and content yourself only with providing the necessary words.

So much for brevity; these words are addressed to men, not to the young, for nothing could be further from my wish to encourage them to use brevity than to dissuade them. Either because they would scarcely be able to use it with confidence—and the imitation of brevity very quickly captivates at this age, or because a young man cannot find it helpful. The eagerness to use brevity on the part of the young (as we often see it) generally results in a sterile and dry style. One does not quickly achieve this commendable restraint unless one has attained fullness and vitality that gradually prunes with age.

55. Cic., *Orat.* 21, 7, 5.

Chapter VIII

On clarity: how it is violated and how it is achieved

The second virtue is *clarity*. I have placed it, very deliberately, after brevity because the latter significantly threatens it. How difficult, how rare that brevity which neither evades attention nor deceives it! In which the reader's understanding is not impaired! So, always keep this in mind: the greatest vice of style is not only to be misunderstood but to be understood with difficulty. Hence, some err by nature, who bring in obscure and enigmatic things spontaneously; there are others more who do this by diligence, who regards nothing as learned or praiseworthy unless it is abstruse, and in so far as it eludes the ordinary intellect. Fools! He is excessively witty and can only be understood through an effort of wit, especially in a letter, which should not demand any judge or interpreter. Therefore, you should write clearly —and, if you can, briefly, on condition that you know that brevity is a matter of praise, clarity of necessity. Therefore, the style will be apparent if three conditions are met: if the words are adequate, standard, and coherent.

Chapter IX

On two types of simplicity, with specific recommendations

I have proposed *simplicity* as the third virtue, which must be understood in two ways because I need it in both ways: both in style and in thought. Concerning style, it is true that —And the ancients' examples affirm this— it should be simple, careless, unstudied, and, in the greatest of cases, as much like everyday conversation as possible. In this sense, Demetrius expects a letter to be written like a dialogue,⁵⁶ and Cicero himself says: “I have contrived it from everyday words”.⁵⁷ Incidentally, Seneca says: “My conversation would be such as if we were sitting and walking together, nothing laborious and easy—in this way, I wish my letters to be”.⁵⁸ Just as it is said that women adorn themselves so as not to appear adorned,⁵⁹ so for the same purpose only ornaments should accompany a letter, and not make it artificial or change it. I think simplicity and directness should shine through the composition and reveal the unique candour of a free mind. Thus, nothing of the nature and individuality of any person shines more clearly (as Demetrius has so aptly written)⁶⁰ than in a letter. Therefore, your best traits should be shown here, especially to that person you write to in friendship; thus, let your letter be sprinkled with tender sentiments and goodwill, as with sweets, and be delicious to the reader's palate. In this genre, Cicero is unique to be imitated. Hence, the subject matter is not composed of other precepts.

Let me add a caution or an exception: now and then inflate the letter concerning the subject and write with a little more exigency (as in serious letters), but, even so, do not abandon simplicity in general. And if the letter sometimes has ornaments, flattering subtleties are never admissible. Therefore, I do not know whether those letters written to ostentatiously display wit (such as those of Philostratus⁶¹ and Phalaris,⁶² as well as those of Syne-

56. Dem. Phal., *Eloc.* 223.

57. Cic., *Fam.* 9, 21, 1.

58. Sen., *Epist.* 75, 1.

59. Cic., *Orat.* 78, 27.

60. Dem. Phal., *Eloc.* 227.

61. Philostratus of Athens (c. 160/170-c. 249) was a Greek sophist and author of the *Life of Apollonius of Tyana* commissioned by the Empress Julia Domna. This Apollonius was a Pythagorean philosopher, and although Philostratus pretended to pass his work off as a biography, much of what he tells seems pure fiction. Among his works, some letters are also attributed to him.

62. This Phalaris must be the famous tyrant of Acragas, present-day Agrigento (island of Sicily), during part of the 6th century B.C., who came to rule almost the entire island. He was famous for his cruelty, for the so-called bull of Phalaris, a terrible instrument of torture consisting of a hollow bronze sculpture of a bull. Attributed to him were letters that seemed to have been written by Hadrian of Tyre, the secretary of the Roman emperor Commodus.

sius⁶³ and some of Pliny) can still be called actual letters according to proper judges.

63. Synesius of Cyrene (c. 370-413 or 414), a Neoplatonic philosopher, disciple of Hypatia of Alexandria, a Neoplatonic philosopher and daughter of the mathematician Theon, became bishop of Ptolemais. The letters of Synesius are a fundamental document to know not only aspects of his life or his ideas but also one of the few sources from which we should approach the figure of Hypatia.

Chapter X

On overall elegance and decorum

Two virtues remain: *elegance* and *decorum*, even though almost nothing is left to discuss. Since both are in such a way, I cannot speak to you briefly about them without teaching them to you. The first is entirely a matter of talent, the second a matter of judgment; both disdain the bonds of precept. I consider that style elegant when it is thoroughly dynamic, lively, and elevated *and evinces a certain attractive grace and charm*. Although elegance is generally a gift of nature, there is still something in this double commandment. First, you should sometimes intermingle proverbs and allusions to old sayings, facts, and fragments of verse or witty maxims in both languages. Secondly, you should season it appropriately with jokes and witticisms, and I do not hesitate to say that these are the life and soul of a letter.

I understand decorum, what the Greeks call *propriety*; decorum resides in a letter when everything is written accurately and appropriately. It involves two aspects: the *person* we write to and the subject we write about. The personal character must be considered in two ways: concerning yourself and to whom you are writing. The subject, however, is univocal: everything must agree with the content, and the attire of the sentences and phrases must be appropriate to the structure of the subject. Decorum is an excellent, if hidden, virtue, and not idly Cicero reminds us that “just as in life, in speech nothing is more difficult than to see what is proper”.⁶⁴ And I should not waste words here since I know this subject is a matter of judgment: look to God and nature, not art.

64. Cic., *Orat.* 70, 24.

Chapter XI

Familiar style is seen in detail: its acquisition using imitation; three precepts on this, of which the first concerns the how and when of reading

I have generally spoken of the familiar style; I refer more specifically to its *elements* and *speech*. For the former term, I designate two or more words joined together within a sentence; for the latter, I consider *the words themselves*. Elegance and polish are required; idiomatic usage and propriety are necessary for the latter. Today, all these qualities must be drawn from listening or *reading*. The effect of listening is minimal because things heard do not stick to the mind as well as things read, nor are the best things generally heard; hence, the familiar style of Latin is rare, and very few men speak with the same care with which they write. Consequently, the most learned and eloquent men are generally so in other things and not in conversation, and we have no occasion to see, nor shall we ever see, a model of eloquence formed only by listening. Therefore, reading is safer and more practical, but only if imitation is added. Without it, it is unconvincing and even vain. By imitation, I mean the very formation of our consistent style, following the style of the ancients. From this comes (in a word) all hope of increasing this harvest of phrases and words. For no other art, no matter what that which man tries to try, will make them more eloquent than a dream about Parnassus makes poets.⁶⁵

On imitation, therefore, I must speak carefully and in a practical way at any rate of these three points: whom you should read and when, what and from whom you should borrow, what you should imitate and what you should avoid. In the first instance, this dubious argument would be justified only if writers abounded today. Few of these old ones are left: who can argue that they are all worth reading? At least, perhaps, a few Italians have recently been limited in their eloquence by the restriction of reading only Tullius. Oh, how vain and pedantic! It is not only contrary to the thought of the ancient masters but contrary to reason and custom. I will not now refute them, and I know that I joined them when I was somewhat young until a more mature judgment restrained me and turned me back. Take my part, reading and imitating everything; however, not all at once or at the same age. There are some distinctions between maturity levels, which I will explain in practical terms.

There are some basic imitations for children, there are juvenile imitations, and there are adult imitations. In the first phase, the sect of the Italians satisfies me: for some time, Cicero should not only primarily be read, but only be read. For what purpose? The structure and coherence of the prose, in principle, could be strictly formed according to a given habitus and in a consistent line of dis-

65. Pers., *Prolog.* 1-3.

course. I do not know whether I would advise the same if Calvus, Caelius, Brutus,⁶⁶ Caesar, and others in the group of orators still existed. But, as the matter stands today, who besides Tullius should provide the points, the clauses, the rhythms, and the continuous ilation of the discourse? In this sense, in my judgment, the young man must necessarily begin. Just as the painter picks up a canvas, he first sketches the whole man and, next, looks for suitable colors and adds them to each part; in the same way, my imitator first forms the body of his eloquence and, next, looks for varied colors. If this is not done (be careful now, young man, or you will do it too late), an elliptical, disorganized, and heterogeneous combination of styles is always produced. Every day, I see this, and I am not unaware of the cause of this lack. Let Cicero, therefore, first have first place and let him hold this position alone. But for how long? I would define the period according to ability: for a nimble student, one year; for a more rigid wit, even a second year. And I add this practical advice: immediately after this task, you can read the letters of Manutius, of Sadoleto, of Bembo, of Bunellus, and, especially, those of our own Longueuil⁶⁷ —not because these (to be frank) are far superior, but because, in a particular childlike spirit, they have trodden with firm footing the path flattened by Cicero, and, therefore, your course becomes more secure and their trajectories more accessible.

Now, for youthful and mature imitation, I admit others, but, even so, gradually, so that you do not proceed with leaps, as was the custom, but by degrees. Consequently, following my advice, I would go first to those who deviated least

66. Caius Licinius Calvus (82-47 BC) was a Roman poet and orator, one of the leading representatives of the so-called Attic School; this school advocated for a style of oratory that emphasized simplicity and avoided embellishment. In addition to his poetry, Calvus was part of the *poetae novi* group writing epigrams and the captivating epilion *Io*. Marcus Caelius Rufus (82-48 BC), Roman politician of plebeian family and famous orator, was defended by Cicero in a speech that we preserve from the accusation of Clodia, the beloved of the poet Catullus, of trying to poison her. Marcus Junius Brutus (85-42 BC) was a Roman politician and military man who participated in the conspiracy that killed Caesar in March 44 BC. He must also have been an important orator, as Cicero refers to him in the *Orator*, a treatise on rhetoric published in 46 BC, and in the *Brutus*, a kind of history of Roman oratory up to his time, written as a dialogue. All these orators, whose others have not come down to us, are mentioned by Lipsius as representatives of the Attic school and, therefore, rebels against Cicero's dominant "Asianism".

67. Aldus Manutius (1449-1515) was a scholar and printer known for founding the Aldina printing house in Venice, which gained recognition for publishing Greek classics. Jacopo Sadoleto (1477-1547) was a clergyman and Italian humanist renowned as a neo-Latin poet for his well-known work *Letter to the Genevans*. Pietro Bembo (1470-1547) was a prominent Italian cardinal, humanist, and writer. He served as secretary to Pope Clement VII and was responsible for composing papal bulls in flawless Ciceronian Latin. Pierre Bunel (Petrus Bunellus) (1500-1547), a scholar born in Toulouse was highly regarded as one of the greatest humanists of that era, known as the new Cicero, who gained fame for his correspondence skills. Christophe de Longueuil, also known as Longolius (1490-1522), was a French humanist with Flemish origins who wholeheartedly admired Cicero and passionately advocated for Ciceronianism linguistically and philosophically in France and Rome.

from Cicero, and who remember that happy and ready genius in the richness, smoothness, and fluency of language. In this way, it was especially Fabius and, to some degree, Q. Curtius, Veleius,⁶⁸ Livius and Caesar; they would have been more like Cicero had they not quickly diverted their attention to other subjects. Therefore, read them during this phase, but only sparingly; but with great attention, read Plautus and Terence, who, once when the body of speech is arranged like the structure of a building, are most usefully consulted to polish all the parts. From whom is the capacity of words best sought? From whom is this attic luster of phrases? From whom does, moreover, come charm, loveliness, and grace more abundantly but from my comedian? For here, I refer to Plautus alone, and I prefer him (I not only say it but sincerely feel it so) to all those who in Greece or Latium have stained this sea of paper. These two are especially appropriate to the letter (since I judge it differently concerning formal compositions) and to familiar writing, for what a letter is. What is a letter but everyday communication? Hence, in Demetrius, Artemon was not wrong in proposing that the letter and the dialogue were written similarly.⁶⁹ For the same reason, Pliny praises a specific lady's letters and compares them to Plautus and Terence without measure.⁷⁰ I include Pliny in his own right in a second group since he is terse, witty, and refined, but not without delicacy, even delicate now and then, and without sufficient force. I grant him a modern companion, but more significant than the moderns, than the Tuscan Angelo,⁷¹ who (except for his occasional implausible and feigned vanity) seems able to keep pace with the ancients themselves in the field of letters.

68. The mention of Fabius must refer, according to Young & Hester (1996; 60, n. 73), to M. Fabius Quintilianus (c. 35-95 A.D.), a Roman rhetorician and pedagogue of Hispanic origin, author of the *Institutio oratoria*, a work in twelve volumes which contains the essentials for the training of the orator. A treatise of his in which he analysed the causes of the crisis of the art of eloquence in his time (*De corruptione elocutionis*) has been lost. Quintus Curtius, who lived in the 1st century A.D., gained recognition for his work titled *Histories of Alexander the Great*, which serves as a biography of Alexander. This piece comprises ten books; unfortunately, the first two books have been lost over time. We still have access to the remaining eight books, although they contain some gaps. On the other hand, Gaius Veleius Paterculus (circa 19 B.C. 31 A.D.), who was not widely known during ancient times, authored a two-book compilation on Roman history titled *Compendium of Roman History*.

69. In the treatise *On Style*, attributed to the Peripatetic philosopher Demetrius of Phalerum, in IV, 223, there is a mention to Artemon, whose work as compiler of Aristotle's letters is mentioned. This person, who must have lived around the second century B.C., has sometimes been identified with Artemon of Pergamum and sometimes with Artemon of Cassandrea. The passage suggests that letters should be written in a way, to dialogues with the letter being one part of the dialogue.

70. Plin., *Epist.* 1, 16, 6.

71. This is Agnolo or Angelo Ambrogini, better known as Poliziano, after his native Montepulciano (in Latin, *Mons Politianus*), who was an important Italian humanist, poet, and playwright (1454-1494), considered the greatest Italian poet of the 15th century. He was a fierce opponent of Ciceronianism. On this subject, see Izora Scott (1910), Morris W. Croll (1966), Juan María Núñez González (1991), and more recently, Joann DellaNeva (2007).

Let it be this two-year period of formation and training, so to speak, in which a hand restrains the style somewhat within a pure robe. Following the order in *adult* imitation, I allow you to move freely and wander through each type of writer. Read, examine, and pick the flowers of each meadow to arrive at this garland of eloquence. But I especially encourage you to read Sallust, Seneca, Tacitus, and those concise and subtle types of writers whose sharp pruning hook cuts away the luxury and exuberance momentarily, and the speech becomes terse, strong, and masculine.

I have concluded with this first part, except what I now quickly add: Cicero himself will be usefully read and reread daily, especially during the evening hours and, if occasion permits, only at the time of retirement. Then, the mind—I know not in what way— apprehends better, retains, and assimilates in tranquility. Try it: You will not find any superficial importance in my slight casual advice.

Chapter XII

On the passages: how they should be organized and from whom passages should be taken

I have devoted an additional section to the question of *what to select and from whom*, although I could more easily discuss this issue using examples rather than written notes. Nevertheless, I present it to you in a summarized form here. Mere reading is not enough, not even repeated reading, not even for a prodigious memory. On the contrary, we must imitate the work with passages and notes on individual passages and words. I would have these passages stored in books of topics, just like a treasury, from which the richness of the discourse can be opportunely extracted and as needed. Let us make three books: one I call a *form*, the second an *ornamentarium*, and the third a *dictionary*—the first two deal with various stylistic features and the third with details. In the first, I put two types of *formulae*:⁷² those for *composition* (organization, narration, coherence, transition, partition, ending) and *content* (petition, thanks, declarations, praise, blame, insistence, and all those topics that frequently arise in letters). Second is the book of *ornaments*, which I compile under the following headings: similes, allegories, images, witty sayings, *sententiae* and any other emphasis of such style. Third is the *dictionary*, which I divide into two parts: *phrases* and *words*. I would advise that examples be noted when distinguished and polished phrases arise and whenever words are rare, new, or used in a new sense. I do not follow any regular organization of sentences, except those which I like and which I put in writing and separately according to the classes of writers: those of Tullius alone, those of Plautus and Terentius separately, those of the historians separately let each one do so according to his judgment and industry. Among the words, I keep only an alphabetical order.⁷³

These are the things I would like to see collected. But from whom? Indeed, not from everyone and casually, but I must guide you at discretion with a few. First, let a book be filled with *formulae* from Cicero; I would add Plinius, Politian, or any other source you can conveniently draw or copy. Ornaments take them from Cicero, Fabius, Pliny, the historians, Seneca, and even the Greeks, chiefly Plutarch. Examples of *phrases* are to be sought especially from Cicero and

72. As early as the Middle Ages, *artes dictaminis*, manuals for writing letters, commonly included *formulae* for opening and closing letters, which continued to be preserved in the Renaissance (cf. Young & Hester 1996: 61, n. 79). The compilation in books of these *formulae* gave rise to authentic *libelli formularum*, such as the one Lipsius recommends here to his pupils.

73. Lipsius recommended “books” that resemble the *codex excerptorius* technique. These notebooks were written during the humanistic period by students who wrote down expressions that caught their attention from their readings. They organized these expressions under various titles and headings. Erasmus also advised using these passages to craft one’s writings.

the comic poets, sometimes from the historians, and even from others whom I have not mentioned, such as Varro, Gellius, Suetonius, the jurists, and, indeed, sometimes from Apuleius. From *words* —in a word: take them from anyone; in this sense, neither grammarians nor ancient glossaries are useless.

Chapter XIII

On expression and how to shape the style through three types of imitation

The third point is especially useful: *what you should express and what to avoid*. In fact, without this, those first two practices are futile: neither the reading nor the passages would be profitable without the correct expression. Because of this, I should guide you through the three levels of imitation and, at each one, explain what you should follow and what to avoid.

Among the boys, I propose these two things for you: first, in composition, imitating the well-known *formulae* and clichés; second, the form, rhythm, characteristics, and texture of Ciceronian oration. It imitates not only laboriously but almost with deep emotion and vehemence. I say this so that the desired coloring and color are apparent or, on the contrary, stolen. Just as it is not shameful for a child to be guided by the hand of another through the varied forms of letters when learning to write, one at a time, it is not shameful for you here. It is often forgivable if you insert sentences, phrases, and parts of a sentence from someone else and weave a mosaic from Tullius's purple colors, adding your own a bit later. Although I will not go into details now, I once presented this exercise in Germany.⁷⁴ It was such: follow all these. What should you run away from? From nothing, except what grammarians avoid.

Now, among *mature students*, from my point of view, judgment should be able to mature gradually, and I advise them to observe these three points: first, be more modest in your stealing because they are no longer worthy; second, be more relaxed when you copy formulas, because they are no longer necessary. Like the fingers, when they are hardly placed on a zither but then move naturally over chords and notes, the mind gradually becomes accustomed to these techniques. Third, take the best words and phrases from each source, using them to shape, as it were, the outer skin of your speech.

Undoubtedly, the main concern lies in what should be avoided. The inherent vice in selecting words is of great harshness or archaism. Be especially aware of this when imitating comic poets; lest your speech draw something sordid or obsolete from them. For just as unskillful painters, in drawing a face, easily copy a wrinkle, a wart, or a mole but neglect the innate quality and the face itself, only to have the young man frequently select odd or gaudy words. In contrast, the natural quality and taste of the language are lost. What are sordid words? Those who lie or crawl from the dregs of the crowd and those taken from the public streets. They cannot be organized without a fine for discrimination. Which ones are obsolete? There are two criteria: that of nature and that of opin-

74. Let us not forget that Lipsius was a professor at the University of Jena in the German region of Thuringia, where he taught for more than a year.

ion. Regarding the former, I would mention those words that are such. Regarding the second, only those in the vulgar sense. For the day has come when anything unfamiliar that is not trite to the ears of the incompetent is censured as obsolete, even when derived from the best authorities and the best of times. The first category, then, you must simply evade or use only with an apology or explanation. But perhaps still strive to reach the latter category of words and weave them as gems, so to speak, into your discourse. Regarding all this kind of situation, I would advise and instruct you by example on a more opportune occasion.⁷⁵ There remains the last or mature imitation. Concerning this, I maintain that ornamented exteriors should not be considered internal virtues and refinement; by this, I mean figures, images, concepts, and what I have called the ornaments. At this point, a caution —when the speech is drawn out is about to be finalized, and the finishing touches are about to be put on, avoid excessive display and a feigned naturalness. This unfortunate vice creeps in under the guise of virtue; it is an excessive craving for refinement without measure. Only with difficulty can you see it and avoid it in yourself: fortunate is he who has a teacher or a friendly counselor on this matter.

These comments express my advice on the letters. They offer some gain, I trust, for those who have heard them —but I do not feel reassured lest they prove meagre for those who only read them.

75. According to Young & Hester (1996: 61, n. 81), this treatise, if indeed Lipsius ever wrote it, has not been preserved.

Index Nominum Rerumque Notabilium

Adecuación / Appropriateness: Cap. X.
Afranio / Afranius: Cap. I.
Alejandro / Alexander: Cap. II.
Ambrosio / Ambrosius: Cap. II.
Augusto / Augustus: Cap. II.
Belerofonte / Bellerophon: Cap. I.
Brevitas: Cap. VII.
Casiodoro / Cassiodorus: Cap. IV.
César / Caesar: Caps. I II.
Cicerón / Cicero: Caps. I, II y III.
Codicillos: Cap. II.
Curcio / Curtius (Q.): Cap. IV, XI.
Darío / Darius: Cap. II.
Decentia (relacionado con Decorum): Cap. X
Decorum: Cap. X.
Demetrio / Demetrius: Cap. VII.
Epicuro / Epicurus: Cap. III.
Epistola: Cap. I.
Epistolica Institutio: Título.
Fabio / Fabius: Cap. XII.
Festo / Festus: Cap. I.
Homero / Homer: Cap. I.
Horacio / Horatius: Cap. III.
Inventio: Cap. VI.
Isidoro / Isidorus: Cap. I.
Jerónimo / Hieronymus: Cap. I.
Julio César / Iulius Caesar: Caps. I y II.
Justo Lipsio / Iustus Lipsius: Prefacio.
Livio / Livius (T.): Cap. IV.
Longolio / Longolius: Cap. XI.

Manuzio / Manutius: Cap. XI.
Marcial / Martial: Cap. I.
Materies: Cap. V.
Ordo: Cap. VI.
Ovidio / Ovidius: Cap. IV.
Pagellae: Cap. I.
Perspicuitas: Cap. VIII.
Platón / Plato: Cap. III.
Plauto / Plautus: Cap. I.
Plutarco / Plutarchus: Cap. II.
Poliziano / Politian: Cap. I.
Preto / Proetus: Cap. I.
S.V.B.E.E.V.: Cap. III.
S.V.G.E.V.: Cap. III.
Salustio / Sallustius: Cap. IV, XI.
Séneca / Seneca: Cap. XI.
Seria: Cap. V.
Simplicitas: Cap. IX.
Suetonio / Suetonius: Cap. XII.
Tabellarii: Cap. I.
Tabellas y Tabulas: Cap. I.
Terencio / Terentius: Caps. XI y XII.
Turpilio / Turpilius: Cap. II.
Valedictio: Cap. IV.
Venustas (relacionado con Decorum): Cap. X.
Vespasiano / Vespasian: Cap. I.

Index Locorum de la *Epistolica Institutio* de Justo Lipsio

Ambrosio / Ambrosius

Ambr., *Epist.* 7, 37, 4

Casiodoro / Cassiodorus

Cassiod., *Var.* 12, 11, 23

Cicerón / Cicero

Cic., *Ad Q. fr.* 2, 10, 1

Cic., *Catil.* 3, 5, 10

Cic., *Catil.* 3, 10, 27

Cic. *Fam.* 2, 4, 1 (*Ad Curionem*)

Cic., *Fam.* 2, 13, 3 (*Ad Caelium*)

Cic., *Fam.* 9, 21, 1

Cic., *Fam.* 11, 25, 2 (*Ad D. Brutum*)

Cic., *Flacc.* 37

Cic., *Orat.* 21, 7, 5

Cic., *Orat.* 70, 24

Cic., *Orat.* 78, 27

Cic., *Verr.* 4, 26, 58

Curcio (Quinto) / Curtius

Curt. 7, 2, 25

Demetrio de Falero / Demetrius of Phalerum

Dem. Phal., *Eloc.* 223

Dem. Phal., *Eloc.* 223

Dem. Phal., *Eloc.* 227

Dem. Phal., *Eloc.* 228

Dion Casio / Dio Cassius
D. C., *Hist. Rom.* 57, 11

Diógenes Laercio /Diogenes Laertius
Diog. Laert. 3.61

Festo / Festus
Fest. 490, 37-492, 3

Jerónimo / Hieronymus
Hier., *Epist.* 8, 54, 31

Homero / Homer
Hom., *Il.* 6, 169

Horacio / Horatius
Hor., *Epist.* 1, 8, 1-2

Isidoro / Isidorus
Isid., *Orig.* 6, 8, 17
Isid., *Orig.* 6, 8, 18
Isid., *Orig.* 6, 12, 1

Livio / Livius
Liv. 24, 31, 6

Macrobio / Macrobius
Macr., *Sat.* 2, 5, 6

Marcial / Martial
Mart., *Epigr.* 14, 11

Ovidio / Ovidius
Ov., *Trist.* 5, 13, 33-34

Perseo / Perseus
Pers., *Prolog.* 1-3

Plauto / Plautus
Plaut., *Bacch.* 748
Plaut., *Curc.* 423
Plaut., *Pseud.* 42
Plaut., *Pseud.* 47
Plaut., *Pseud.* 988

Plinio el Joven / Pliny the Younger

Plin., *Epist.* 1, 16, 6

Plutarco / Plutarch

Plu., *Dio.* 31, 1

Plu., *Phoc.* 17, 6

Quintiliano / Quintilian

Quint., *Inst.* 2, 3, 9

Quint., *Inst.* 8, 6, 73

Salustio / Sallustius

Sall., *Catil.* 47, 2

Séneca / Seneca

Sen., *Epist.* 45, 13

Sen., *Epist.* 75, 1

Suetonio / Suetonius

Suet., *Iul.* 56, 6

Suet., *Aug.* 84, 2

Suet., *Tib.* 32, 2

Suet., *Dom.* 2

